TANCREDO PINOCHET

11(024-44)

ESTE CHILE QUE ES TU PATRIA

Biblioteca de Alta Cultura
SANTIAGO, CHILE
LIRA 363

DE ESTA BIBLIOTECA

En este formato, al mismo precio

De TANCREDO PINOCHET

La Transfiguración de Hitler, 2a. edición.
Bases para una Política Educacional.
Este Chile que es tu Patria.

De HEWLETT JOHNSON
Deán de Canterbury
El Secreto del Poder Soviético.

TANCREDO PINOCHET

ESTE CHILE QUE ES TU PATRIA

Biblioteca de Alta Cultura
SANTIAGO, CHILE
LIRA 363

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
ENE 28 1945
DEPOSITO LEGAL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¿POR QUE ESTE LIBRO?

La Caja Nacional de Ahorros, como uno de los números con que celebró su sexagésimo aniversario, abrió un concurso en el cual ofrecía premiar al mejor libro de lectura que estimulara el sentimiento patrio y el espíritu del ahorro.

Este libro, que obtuvo el segundo premio, se propone satisfacer este anhelo. El libro fué escrito para niños, de seis hasta sesenta años, y más.

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

I

TU, Y CHILE

SE, por tu mamá, Bernardo, que estás haciendo tus estudios con gran deleite, aun cuando todavía ignoras qué vas a estudiar cuando termines con los años de Preparatoria y de Humanidades. No importa qué vayas a ser después, cuando llegues a grande; no importa si vas a ser médico, o aviador, mecánico o agricultor. En todo caso necesitas saber mucho acerca de Chile, que es tu patria. Y en estas cartas que te voy a escribir durante el tiempo que esté ausente, te voy a hablar de Chile.

Una vez, estando yo en tierras extrañas, le oí decir a un chileno, que conversaba con un hombre de otro país:

—¿Quiere Ud. saber más que yo acerca de Chile, Ud. que no ha estado nunca allá, más que yo que soy chileno y he vivido toda mi vida en Chile?

No basta, Bernardo, vivir en Chile para saber

mucho acerca de Chile. Una ballena vive en el mar, y no sabe más acerca de él que un hombre de ciencias que investiga las profundidades del océano, y que sólo visita sus bajos fondos cuando ocasionalmente se sumerge en ellos con su rara vestimenta de buzo. ¿Qué sabe la ballena de cómo llega el agua al océano? ¿Qué sabe de las lluvias, que caen sobre las olas, y de la evaporación que envía el agua otra vez hacia arriba? ¿Puede la ballena explicar por qué es salada el agua del mar? ¿Puede explicar por qué existen las marcas? La ballena ve muchas cosas en el mar, pero no las comprende. Así también muchos chilenos viven en Chile, y ven muchas cosas que no comprenden.

Sí; estás estudiando geografía de Chile y estás estudiando historia de Chile. Pero fuera de lo que aprendas en la escuela acerca de tu patria, tendrás que aprender muchas otras cosas, de las cuales te voy a hablar.

Si te dan un reloj, lo pones en el bolsillo; aprendes a darle cuerda, y a ver la hora. Con eso te conformas. Si fueras más curioso tratarías de quitarle su tapa, de desarmarlo, de ver qué tiene dentro, cómo funciona, por qué después de que está en marcha sigue marchando tanto tiempo, como si estuviera vivo. Podrías aprender también la historia del reloj, cómo fué inventado y cuándo. Todo esto podrías aprenderlo fácilmente, tratándose de un reloj. Pero no puedes tomar a Chile, colocarlo encima de

una mesa y desarmarlo, para ver qué es, cómo funciona, de dónde viene y adónde va.

Tanto como sea posible, esto vamos a hacer en estas cartas. Vamos a ver qué es Chile, de qué se compone, de dónde viene y adónde va, y qué clase de resorte eres tú en este mecanismo asombroso que se llama la Patria Chilena.

Porque tú eres un pedacito de Chile. Tu padre, y madre, y hermanos, toda tu familia son pedazos de Chile. Y el pueblo en que naciste, y la cordillera que mira a tu pueblo, y el río que pasa cerca de tu pueblo, y el bosque cercano, y los animales y los pájaros que ves, todo eso es Chile, tu Chile, mi Chile, nuestro Chile.

Sí, tú eres un pedazo de Chile, como lo son el caliche de Tarapacá, el cobre de Rancagua, el carbón de Lota, las papas de Chiloé, los bosques de Aysén, los corderos de Magallanes, la nieve de la cumbre de nuestra Cordillera, el cururo subterráneo, el cóndor de nuestro cielo, el congrio de nuestro mar. Pero te diferencias de todo lo anterior en que no eres pasivo, como los minerales, o la fauna, o la flora de Chile. Tú eres Chile vivo, Chile consciente, Chile con capacidad de transformación y superación. Tú no eres la simple espiral del reloj al que, enrollándola, se le da cuerda. Eres tú, y son todos los demás chilenos, los que le dan cuerda, hacen marchar, progresar, a este mecanismo tan complejo que se llama Chile.

Vamos a ver qué es Chile, y lo que a ti te corresponde hacer por Chile.

Si no tratas de conocer a Chile, de comprender a Chile, serás sólo una parte de nuestra patria tan pasiva como su fauna y su flora silvestres.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

II

CHILE Y EL MUNDO

TU, te he dicho, eres un pedacito de Chile. Un pedacito. Chile es un pedacito del mundo. Un pedacito. Pero que no te vengan a decir a ti que no eres un pedazo importante de Chile. Y que no te digan tampoco que Chile no es un pedazo importante del mundo

Todo lo que alcanza tu vista y mucho más que no alcanza tu vista, y que hay que mirarlo con telescopios, es el universo con millones y billones de estrellas. Una parte de este universo es el mundo en que vivimos, la Tierra, que da vueltas y vueltas sin fatigarse nunca, alrededor del Sol. El mundo, la Tierra en que vivimos, es un pedacito del universo, a pesar de que pesa 6,000,000,000,000,000,000,000 (seis mil trillones) de toneladas; y de que su diámetro, en el Ecuador, es de poco más de 12,756 kilómetros. Un pedacito. Sólo un pedacito del universo. Pero que no te vengan a decir a ti que la Tierra no es un pedazo importante del universo.

Por mucha que sea la imaginación que tú tengas, no podrás concebir lo inmenso que es el universo. Hay quienes creen que es infinito, que no se acaba nunca. Esto no lo puedes concebir tú. Pero tampoco puedes concebir que se acabe en alguna parte. Porque si en alguna parte termina ¿qué sigue más allá? Una cosa es cierta: que nuestra inteligencia no es infinita, porque no podemos comprender cómo el universo no se acabe nunca, y no podemos comprender cómo pueda acabarse.

¿Cuántas estrellas hay en el cielo? Nadie lo sabe. Con la simple vista podemos ver hasta seis mil. Con grandes telescopios, hasta cien millones. Pero debe de haber billones y billones de estrellas que no podemos ver ni con los más poderosos telescopios.

Cada una de estas estrellas es como nuestro Sol, algunas mucho más grandes. El Sol, estrella relativamente pequeña, es 324,000 veces más grande que la Tierra. La estrella más cercana a nosotros, Alfa del Centauro, dista tanto de la Tierra que su luz, para llegar hasta nosotros, demora más de cuatro años, a pesar de que viaja — esta luz — a razón de 300,000 kilómetros por segundo. Si se pudiera ir allá en un tren que corriera a cien kilómetros por hora — como los más rápidos expresos — el viaje demoraría cuarenta y cinco millones de años.

El sol es una estrella enana comparado con otras; la mayoría de las estrellas son mucho más

grandes que el sol; algunas de ellas millones de veces mayores.

Se cree, con buenas razones, que la Tierra, como los demás planetas, se desprendió del Sol, por la atracción de una estrella pasajera, hace tres o cinco mil millones de años. De manera que nuestra Tierra es un pedazo de estrella. Y tú eres un pedacito de estrella.

¿Estás quieto leyendo estas líneas? ¿Crees que estás inmóvil porque no vas en un tranvía o en un tren? En lo que va de la lectura de una línea a otra has viajado miles, y miles, y miles de kilómetros. Esta Tierra en que vivimos da vueltas alrededor de sí misma — de su Eje, decimos, aunque no es como el eje de un automóvil, sino imaginario — demorándose veinticuatro horas en una vuelta completa. Esto quiere decir que si estuvieras en, o cerca, del Ecuador, en una ciudad como Quito, estarías trasladándote de un punto a otro a razón de 38 mil kilómetros 616 metros en un día. ¿Significa esto que vuelves al mismo punto al cabo de veinticuatro horas? No, porque la Tierra no sólo se mueve alrededor de sí misma como un trompo, sino que se mueve también de un punto a otro, como lo hace el trompo, que al mismo tiempo que gira, se acerca a ti o se aleja de ti en su movimiento.

Gira la Tierra alrededor del Sol. Esto lo hace a razón de 804,500,000 kilómetros en un año. Lleva la Tierra una velocidad de 30 kilómetros por segundo, 108,000 kilómetros por hora para

cubrir los 950 millones de kilómetros, que son su trayectoria alrededor del Sol. Pero esto no es todo. El Sol también va cambiando de lugar a razón de más de veinte kilómetros por segundo. Es posible que gire alrededor de otro centro, y que ese otro centro gire también alrededor de otro. ¿Te das cuenta de lo que has viajado, gratuitamente, durante el rato que has demorado en leer esta carta?

Todo esto se estudia en una ciencia que se llama astronomía, y allí los números y las velocidades están de tal manera fuera de los números que acostumbramos a usar, que algunos han llamado a los estudios astronómicos, "estudios astrocómicos".

Pero no es el universo el tema de mis cartas. Y no es tampoco la Tierra en su conjunto, sino Chile.

Sólo te hablo de esto para que veas qué relación tienes tú, y qué relación tiene Chile, con el mundo y el universo.

En el mundo hay muchos países. Algunos inmensos, tan grandes, que Chile cabría cinco. diez, y más veces en ellos. Otros tan pequeños que cabrían varias veces en Chile.

Algunos dicen que Chile es el último rincón del mundo. Pero la Tierra es una esfera, no tiene esquinas, no tiene rincones. En una mesa redonda no hay cabecera, no hay asientos más importantes que otros. Tampoco en el mundo, redondo, hay asientos privilegiados. En todos los

países hay tierra, suelo; hay cielo; hay montañas; hay ríos; hay lagos. Todos casi tienen mar en sus orillas.

Cada país vale tanto más, o tanto menos, según valgan los hombres que lo habitan. Y los hombres que lo habitan valen más o valen menos, según las virtudes cardinales que cultivan. Si Chile tiene hombres con nobles ideales, con sentimientos humanitarios, con amor a la justicia, a la verdad, al trabajo, al estudio, vale más que otros países que no tengan esas virtudes.

El Chile de mañana valdrá tanto más, o tanto menos, cuanto más o menos se cultiven en ti, y en niños como tú, las virtudes básicas del hombre, que lo hacen contribuir más intensamente a la felicidad de todos.

III

CHILE ES LARGO Y ANGOSTO

TODO lo que existe en el mundo tiene forma. Las cosas que no viven y los seres que viven. Una naranja es redonda. Una anguila es larga. Todas las naranjas son redondas. Todas las anguilas son largas. Pero una piedra puede ser de diferentes formas. Los países son también de diferentes formas. El mundo está dividido en países, pero no como un tablero de ajedrez.

Chile, tu patria, tiene una forma muy peculiar. Es largo y angosto. Algunos han dicho satíricamente que nuestro país es tan angosto, que los chilenos tenemos que sujetarnos en las faldas de la Cordillera, como moluscos, para no caernos al mar.

No es tan angosto, sin embargo. Suponiendo la existencia de un camino muy bueno, que bajara de la Cordillera al mar, en la parte más angosta de Chile, si quisieras recorrer ese trecho

en tu bicicleta, te cansarías antes de llegar al mar, porque tendrías que recorrer cien kilómetros.

Sí; te cansarías en tu bicicleta si quisieras ir de la Cordillera al mar en la parte más angosta de Chile, que no queda muy lejos de Santiago, pues esa parte angosta está en la provincia de Coquimbo al frente casi de Salamanca, sobre el Choapa. Y la parte más ancha de Chile, en Antofagasta, es más de tres veces mayor. Es de 325 kilómetros.

Si tú sumas estas dos cifras de kilómetros, 100, en la parte más angosta de Chile, y 325, en la más ancha, y la divides por 2, te da 212, que no es, sin embargo, el promedio del ancho de Chile. Este promedio es algo menor.

Y este país angosto—no tanto como para que tengamos que sujetarnos de las rocas de la Cordillera para que no nos caigamos al mar — ¿qué largo tiene? Tiene 4,200 kilómetros de largo. Esta, sí, es una distancia larga, aun comparada con el tamaño de toda la Tierra.

¿Cómo determinas tú la superficie del cuarto en que duermes? Mides el ancho y el largo, y multiplicas las cifras respectivas. Si tu pieza tiene cinco metros de largo y tres de ancho, la superficie de esa pieza será de quince metros cuadrados.

Por cierto, no es tan fácil determinar la superficie de Chile porque su ancho tiene muchas

variaciones. Pero hemos tenido bastante tiempo para medir esta superficie, y la hemos medido. Es de muy cerca de 750,000 kilómetros cuadrados, lo que significa que somos un país más grande que casi todos los países europeos.

Pero la verdad es que Chile tiene mucho más de 750,000 kilómetros cuadrados, si contamos la superficie de todas las faldas de todas nuestras montañas. Recuerdo que un señor que viajaba en un coche por caminos muy ásperos, en el campo, yendo de un pueblo a otro, se encontraba muy cansado por el largo viaje, con tantos sacudones, con tantos saltos, del coche. Cuando le dijeron que su viaje había sido sólo de cien kilómetros, él aseguró que había sido a lo menos del doble, si se consideraba lo que había viajado para arriba y para abajo, en cada sacudón del coche. Así también, si consideramos todas las lomas de nuestros cerros, los altos y bajos de Chile, nuestro país tiene una superficie mucho mayor.

En todo lo que se estudia, es necesario medir. Medir y pesar. Todo nuestro lenguaje está lleno de números. Mide la cocinera cuando pone tanto café, y tanta agua y tanta azúcar para preparar tu desayuno. Mide el hombre de ciencia cuando estudia en su laboratorio. Mide y pesa. Se mide de muchas maneras diferentes. Cuando tú dices que tienes doce años estás dando la medida de tu edad. Cuando dices que son las 8 P. M., estás midiendo el tiempo que ha transcurrido desde que el Sol estuvo a su mayor altura.

dos ciudades, o sea 2,220 kilómetros, aproximadamente. De esta manera puedes determinar también cuál es el largo de Chile, viendo en el mapa que está entre los grados 17.30 y 56 de latitud.

IV

EL DURO CEÑO DE LA TIERRA CHILENA

SI te preguntan cómo es el clima de Chile, contestas — como te lo han enseñado — que es de clima templado, uno de los países de clima más agradable y benigno. Este concepto, tan generalmente aceptado, se debe a que creemos que Santiago es Chile. Pero ya te he mostrado lo que es Chile. Partes de Chile son su zona cálida del norte, la zona fría del extremo sur, las altas montañas. En verdad, lo que ocurre con Chile es que tenemos todos los climas del mundo. No se puede hablar "del clima de Chile", como no se puede hablar "del clima de los Estados Unidos", donde hay regiones de fríos glaciales como Chicago, y de calor tropical, como Florida.

Este país nuestro, estos setecientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, tienen una fisonomía muy variada. Un famoso escritor chileno, Benjamín Subercaseaux, ha escrito un libro re-

luminoso, que se llama "Chile, o una loca geografía", libro que tú debes leer, cuando estés más entrado en años. Chile es una policromía del mundo, en miniatura. Aquí hay desiertos, como en el Africa; aquí fiordos, como en Noruega; aquí hay archipiélagos, como los del Japón; aquí hay montañas de belleza infinita como en Suiza; aquí hay valles, dulces y suaves, como los de la Europa Central; aquí hay cataratas como en los Estados Unidos; aquí hay bosques espesos como en Finlandia. Aquí hay cumbres como las más altas del mundo, el Tupungato, de seis mil seiscientos metros, hermano siamés del Aconcagua, de siete mil. Aquí hay volcanes en plena actividad en medio de los ventisqueros. ¡Imagina un colosal árbol de Pascua, todo encendido, y en ascuas, envuelto en fuego, en medio de la nieve! Hay cráteres apagados, con lagos de agua hirviente. Hay grutas tan hermosas como la de Bellamar, en Cuba, o la Mammoth Cave de Tennessee. Hay tierras de hielo, suelos de enorme espejo, como para que la Luna se mire en él y se haga su maquillaje; no lagos o ríos helados, sino tierra permanentemente cubierta con sábanas de hielo. En Chile está el mundo en miniatura, con la belleza en su expresión más alta. Si te dicen que debes salir de Chile para ver cómo los hombres han progresado más que nosotros en otras partes, está bien. Pero que no te digan que tienes que salir de Chile para ver bellezas naturales superiores a las de tu patria.

Es cierto que en el mundo hay muchos animales y plantas que no son originarios de Chile; pero es igualmente cierto que en Chile hay muchos animales y plantas que no hay en el resto del mundo: huemules, huanacos, coipos, pataguas, avellanos, laureles, coigües, piñones.

Tenemos maderas que superan en belleza a la caoba, con vetas que se creería han sido talladas por orfebres. Tenemos robles que son como rascacielos, de superficie tan amplia como tu sala de clases, y de más de cincuenta metros de altura. Tenemos plantas silvestres, como el chagual, que no se consume en nuestros hogares, y que nos da una ensalada que deleitaría a los dioses. Por otra parte, tenemos plantas, cuyo milagro nos parece vulgar. ¿No te extrañarías si te dijera que tenemos un árbol que da jabón, que no existe en otros países? Y eso es, sin embargo, el quillay.

Como miramos con desprecio casi todo lo chileno, no valorizamos nuestras plantas, de frutos alimenticios o de cualidades curativas. Y aun nuestras flores nativas, como nuestro copihue, y nuestros quiscos, son pospuestos en nuestros jardines a las flores exóticas. Tenemos un té silvestre, al que, acaso para desacreditarlo, lo hemos llamado "té de burro". ¿No seremos nosotros los burros, que ponemos el grito en el cielo porque no nos llega té de la China, cuando lo tenemos aquí? Los argentinos han sido más

inteligentes, haciendo de su mate una bebida nacional.

A pesar de nuestra variada fauna, no tenemos animales venenosos, a excepción de una araña de abdomen rojo, que se llama en latín Lactrodectus Mactans, porque has de saber que el latín no sólo sirve para decir misa, sino también para denominar a los animales y las plantas, de manera que todos, en todo el mundo, entiendan sus nombres. Esperamos que un hombre de ciencia nos diga por qué no tenemos animales venenosos.

El patriotismo chileno, el amor a nuestra tierra, la han idealizado. "Ese mar que tranquilo te baña", echa a pique año tras año a muchos de nuestros barcos. "Tu campo de flores bordado" no permite crecer una hebra de pasto en las zonas áridas del norte. En Antofagasta, para plantar árboles en su plaza pública, hubo que hacer hoyos en la roca, llevar tierra del sur para ellos, y hacer llegar el agua por cañerías de muchos kilómetros para regarlos.

Sí; la tierra chilena tiene gran riqueza potencial; pero nada se puso fácilmente al alcance de nuestra mano, como los plátanos silvestres y las guayabas, y los mangos, en las zonas tropicales; ni la tierra estaba lista para cultivarla, como en Argentina; ni se regaba naturalmente con las lluvias de verano, porque, al revés de lo que pasa en otras partes, en nuestros valles agrícolas llueve principalmente en invierno. Nues-

tras riquezas naturales estaban como escondi-
das de nosotros. El cobre, por las alturas de
Chuquicamata y del Teniente, parecía casi
inaccesible, porque las minas ricas de Copiapó
eran sólo una muestra del mucho cobre que tie-
ne el país, difícil de beneficiar. El carbón ocul-
to bajo nuestros mares en Lota. El petró-
leo que nos hace "huiches", todavía escondién-
dose, como desafiando nuestra paciencia. Hay
aún en nuestro país muchas regiones inex-
ploradas, difíciles de penetrar, donde el hombre
se pierde como en un laberinto.

Tú sabes que cuando vino Almagro a esta
tierra chilena, porque le habían dicho que aquí
había tanto oro como en México y en el Perú,
se volvió desilusionado, con la mitad de sus
hombres sacrificados, porque ésta era una tierra
que no ofrecía albergue. Todo lo que es Chile
ahora, con su gran progreso, que sobrepasa al de
muchos otros países de nuestra América, de tie-
rras más feraces y más espontáneamente gene-
rosas, se debe al esfuerzo del hombre. Si para
alguna parte del mundo se dijo con propiedad
"ganarás el pan con el sudor de tu frente", fué
para Chile.

Esta tierra nuestra tiene montañas casi tan
altas como las más altas del mundo. De la Cor-
dillera de los Andes caen cataratas, algunas de
las cuales podrían darnos un millón de caballos
de fuerza. La Cordillera de la Costa, mucho más
baja, es como la sombra granítica de los Andes,

al salir el sol mañanero. Entre ambas cordilleras se extiende lo que llamamos el Valle Central, el Edén de Chile, donde se dan las flores más bellas y las frutas más sabrosas que produce el planeta. Este valle, al llegar al Sur, más allá de Puerto Montt, se hunde en el mar. Recorrer el Valle Central ahora es fácil, tanto más cuanto que se puede hacerlo en ferrocarril; pero aun ahora, si se trata de penetrar en lo alto de la Cordillera, hay que ser un explorador como Almagro o Valdivia. Hace poco se descubrieron unas aguas termales casi milagrosamente curativas en una región del sur. Aunque están sólo a poco más de cien kilómetros del Valle Central, para llegar a ellas, en mula, se necesitan tres días de viaje, con precipicios que significan la muerte para muchos. Y hay partes de nuestro suelo donde necesitaríamos de un día para avanzar un metro, yendo con hacha en mano para derribar a los Goliats de la selva.

Y todavía, esta tierra se estremece con frecuencia, con rudeza, en terremotos que echan abajo en un minuto, ciudades que nos ha demorado siglos construir. Santiago, Concepción, Valparaíso, y, en tus días, Chillán, han sido derribados, como un elefante podría derribar con su trompa un castillo de naipes.

Esta tierra esquiva, este ceño duro de la fisonomía de nuestro suelo ha puesto, y sigue poniendo, su sello en el alma chilena.

Todos los seres vivos del mundo, plantas o

animales, son producto del medio ambiente en que han nacido y vivido. Los peces, que viven en el mar, o los lagos, o los ríos, tienen aletas para nadar. Las aves, que viven en el aire, tienen alas. Los animales de las regiones frías tienen gruesa piel, generalmente con abundante lana ó pelo, para protegerse del frío. En Magallanes, en un Museo, se puede ver un caballo con abundante lana. Los hombres del Africa ardiente, son negros, porque ese color los protege mejor de los rayos del sol.

El aire que respiramos se compone principalmente de oxígeno, nitrógeno y gas carbónico, en determinada proporción, no porque ésa es la composición que necesitan animales y plantas para respirar y vivir, sino porque los animales y plantas respiran ese aire como es, pues así era antes de que ellos nacieran a la vida, y tuvieron que adaptarse a él.

Los animales carnívoros existieron después que los herbívoros. Sólo han podido existir animales carnívoros porque existían antes animales herbívoros. Nacemos, crecemos y nos desarrollamos, de acuerdo con las oportunidades que nos ofrece el medio ambiente.

La vida y la civilización hispano-americanas tuvieron un medio ambiente distinto del que tuvieron la vida y la civilización euroasiática. Hay ciertos detalles que han tenido una importancia trascendental. En los países euroasiáticos, por

ejemplo, había perros, caballos, cabras, vacas, y
muchos otros animales fáciles de domestic
para servir al hombre. En nuestra América n
los había. Por eso, en parte, la civilización am
ricana iba a la zaga de la civilización europe

Pero refiriéndonos en especial a Chile, l
dificultad para ir de un punto a otro, porque l
naturaleza parecía decirle al hombre en todas
partes: "no pasarás", hizo que los hombres estu
vieran en contacto menos íntimo. La pobreza de
suelo hacía que fuera difícil encontrar alimento
y que los hombres de regiones apartadas, cuand
lograban encontrarse, se combatieran para devo
rarse unos a otros, como lobos hambrientos.

En otra ocasión te mostraré que Chile, e
verdad, está por descubrirse. Pero ahora que t
hablo de la fisonomía física de nuestra Patria
del duro ceño de nuestra tierra, debo decirt
que, desde que principió nuestra vida de nació
independiente, y aun antes, hemos venido cam-
biando este ceño, hemos venido cambiando esta
fisonomía. Al principio, en esta tierra nuestra, el
hombre era esclavo de la geografía. Poco a po-
co la va haciendo a ella sierva del hombre. Sabe-
mos, por ejemplo, que el Mapocho, con ser tan
magro, se desbordaba a veces y ponía en peligro
la vida de sus habitantes. El hombre canalizó
el paso de ese río por la ciudad. La Cordillera
de los Andes era una barrera que ponía la natu-
raleza entre Chile y la Argentina, entre Santia-
go y Buenos Aires. El hombre abrió incluso un

túnel para desobedecer a la Cordillera. Los ríos
nuestros van por donde quieren, y por lo gene-
ral, por donde no los necesitamos. El hombre
los dividió en canales que riegan nuestros cam-
pos. Los lagos chilenos están muchas veces, don-
de no nos prestan servicios. El hombre ha hecho
lagos artificiales como el Tranque de Cogotí.
Ha convertido bahías en puertos, ahondando el
fondo del mar. Ahora estamos cortando un
Istmo, el de Ofqui, —lo que no es como cortar el
ala de un pavo— para separar la Península de
Taitao del continente, con el objeto de que los
barcos de cabotaje acorten su camino.

La construcción de nuestros canales de re-
gadío es una obra que, en su conjunto, debe re-
clamar la admiración de todos. Uno solo de
ellos, el Canal de **Las Mercedes**, hecho por ini-
ciativa privada, tiene un recorrido de ciento
veinte kilómetros, cien de ellos en faldas de ce-
rros; atraviesa tres túneles que suman tres mil
metros, pasando además, el canal sobre un río
—el Puangue— en un acueducto de setecientos
metros.

Como ves, no debemos quejarnos de este
duro ceño de la tierra chilena, porque él ha for-
mado este carácter intrépido, esforzado, del
"roto" chileno, y su orgullo de ser chileno, y de
ser "roto". Nicolás Palacios, en su libro "Raza
Chilena", que debes leer cuando tengas ya una
preparación superior para que puedas discrimi-
nar, aceptando unas ideas y rechazando otras, a

la luz de tus conocimientos, cuenta que en una ocasión, en un campo donde trabajaba un inmigrante italiano, éste apareció una mañana en el trabajo con sus pantalones rotos, y le dijo al chileno, mostrándole sus roturas:

—Mira, ahora soy "roto", como tú.

—Rotoso, serás — le contestó el chileno — que para "roto" te falta mucho.

Pero este orgullo tenemos que justificarlo, no con lo que Dios hizo en Chile, sino con lo que los chilenos hacen en Chile. Estamos transformando nuestra geografía, para adaptarla a nuestras necesidades, como te he mostrado; pero es mucho más lo que queda por hacer. Nos queda por labrar mucha más tierra de la que laboramos; nos quedan por aprovechar cien veces más caídas de agua de las que utilizamos; nos quedan por explotar cien veces más yacimientos y minas de metales que las que beneficiamos. Nos quedan por construir más ciudades de las que tenemos, con más hogares, con más escuelas, con más universidades, con más sanatorios, con más lugares de recreo, porque Chile está casi vacío de hombres, y apenas en la infancia de su esfuerzo.

Y nos queda, además, la tarea de agregar belleza a nuestro paisaje, poner jardines en todas partes, hacer los parques humanos que superen en belleza a los naturales. Tallar, inclusive las faldas de nuestras montañas para cincelar

en ellas las figuras, en tamaño heroico, de los grandes hombres de nuestro Chile, que deben ser los ángeles tutelares de esta tierra ceñuda, a la que estamos enseñando a sonreir.

V

EN BUSCA DE CANELA

SI tu mamá quiere comprar canela, no tiene más que pedirte que vayas al almacén de la esquina, y tú le llevas la que necesita, entera o en polvo. La canela es la corteza de un árbol que se llama canelo. En Europa, en España, en Italia, y en Francia y otras partes del Viejo Mundo, se apreciaba mucho la canela, como otras especias, clavo de olor, nuez moscada, vainilla. Y estas especias se llevaban a Europa del Oriente, es decir de los países que quedan al Este de Europa. El viaje para ir a buscar canela en aquellos ayeres, como tú ves, era algo más largo y peligroso que tu viaje a la esquina para ir ahora a comprar la canela que necesita tu madre.

Casi quinientos años antes de que tú nacieras, vivía en Europa, viajando de Italia, a España, a Portugal, a Inglaterra, un hombre acerca de quien mucho has oído, Cristóbal Colón. Este hombre, creyendo, contra la opinión general

de entonces, que la Tierra era redonda y no plana, pensó que podía ir a buscar canela, no viajando hacia el Este, sino hacia el Oeste.

Los coches en que viajaban tus abuelos se llamaban diligencias; tuvieron después muchos otros nombres. Hoy se llaman automóviles, y son muy diferentes de los antiguos. Los barcos del tiempo de Colón, los barcos en que salió su comitiva, se llamaban carabelas. Han venido cambiando de forma y de nombre. Se llamaron vapores. Y hoy van aviones atravesando el mar.

Esas carabelas de Colón significaban un gran progreso comparadas con los antiguas galeras movidas a remo. Eran impulsadas por el viento que recibían las velas. Durante mucho tiempo, y aun ahora, los hombres navegaron los mares en buques de vela. Tú podrías creer que para ir al norte, un barco de vela debe esperar a que el viento sople hacia el norte. Pero no es necesario; el barco puede ser impulsado al norte, por un viento contrario. Esto se consigue logrando que el viento impulse al barco, haciéndolo orzar.

Así y todo, el viaje de Colón, con su tripulación, era algo muy serio y muy peligroso, porque era la primera vez que se hacía tal expedición en esos mares desconocidos.

Todavía se discute si el hombre tuvo una o varias cunas, es decir si la especie humana nació en un lugar y se extendió por todo el mundo azotada por el hambre, en busca de alimentos

o si nació a la vez en varias partes. Todavía se discute si hay un hombre prehistórico americano, así como lo hay europeo. Acerca de esto, como acerca de todas las cosas en que hay divergencias de opiniones de hombres bien informados, yo no te quiero decir nada en forma dogmática, nada en forma categórica, decisiva, asegurándote que es ésta y no otra la verdad que debes creer. Tú leerás mucho acerca de esto más tarde. Debes leer, porque la escuela, si algo te está enseñando, es esto: te está enseñando a aprender. Es decir, estás aprendiendo a aprender. Y, cuando leas opiniones de uno y otro lado, debes pensar por tu propia cuenta, y formarte tus propias opiniones. La opinión mía a este respecto es que el hombre tuvo un origen común y que, buscando su alimento en diversas regiones, encontró un destino diferente en diferentes partes.

En el continente euroasiático, con el Africa del Norte incluída, porque el Mediterráneo era como un lago, y no como un océano, hubo muy distintas civilizaciones, es decir muy distintas maneras de vivir.

El hombre ha dividido la historia en dos grandes porciones. Cuando tú dices que estamos en el año 1944, ¿qué quieres decir? ¿Que el mundo principió hace 1944 años? Pero eso no es así. Sabemos que el Universo probablemente no principió nunca. Creemos, por lo que nos dicen los hombres de ciencia con razones matemáticas, que

la Tierra se desprendió del Sol, por el paso cercano de otra estrella, hace tres o cinco mil millones de años, probablemente algo menos, dicen otros astrónomos. Pero no menos de mil millones de años. La Tierra, que era una bola de fuego, se principió a enfriar, y durante cientos de miles de años no había, no podía haber, vida organizada—animales o plantas—en ella. La primera vida que hubo en la Tierra — éste es un estudio fascinador que espero te apasione más tarde — se cree que apareció hace mil quinientos millones de años. Probablemente algo menos, porque los procedimientos que tenemos para medir este tiempo, muy complicados para que te los explique aquí, no son muy precisos.

Pero no iremos tan lejos. Te dije que los hombres han dividido la historia de la humanidad en dos grandes períodos: que están separados por la aparición de un hombre que los cristianos llaman Hombre-Dios: Jesucristo. Y así decimos "antes de Jesucristo y después de Jesucristo", A. de J. C. y D. de J. C. Antes de Jesucristo, ¿cuántos años hay? Millones y billones, una eternidad. Y después ¿cuántos habrá? Millones y billones, una eternidad. Chile y la Tierra están siempre en medio de la eternidad. Y si el espacio es infinito, estamos en medio del espacio y en medio del tiempo.

Es muy fácil decir: "la eternidad", pero es imposible comprenderla. Un historiador filósofo, Hendrik van Loon —más tarde debes leer

sus libros— trata de objetivizar la eternidad de esta manera: Imaginad, dice, una isla tan gran- de como la Gran Bretaña, en medio del océano. Suponed que cada millón de años un gorrión va allí a afilar su pico en la roca. Cuando la roca hubiera desaparecido, desgastada con el pico del gorrión, habría transcurrido sólo un minuto de la eternidad.

Pero nosotros nos ocupamos sólo del espacio inmediato, nuestra Tierra, y en especial nuestro Chile, y del tiempo relativamente inmediato: el tiempo desde que existe Chile y más en especial, desde que hay chilenos en Chile.

La humanidad estuvo desarrollando separa- damente dos tipos de civilización: la llamada ci- vilización europea, que comprendía el Asia y el norte de Africa, y la civilización americana, des- de uno a otro Polo. El primer tipo de civilización se entrelazaba entre sí, en sus diversas manifes- taciones, en diferentes regiones. Los progresos que hacían unos pueblos beneficiaban a otros. Así, la escritura de los fenicios, fué aprovechada por los griegos, por los romanos, por todos los pueblos de Europa y Asia. Lo que se producía en unas partes era llevado a otras.

En cambio, las civilizaciones americanas, con grandes adelantos de algunos pueblos, como los mayas en Centro América y México, los in- cas en el Perú, los chibchas en Colombia, se des- arrollaban, no sólo independientemente de la

civilización europea, sino independientemente unas de otras en la propia América. Algunos de estos pueblos estaban, en algunos conceptos, más adelantados que la civilización contemporánea de Europa.

De los mayas dice Waldo Frank, escritor norteamericano que mucho ha estudiado nuestra América, que sus edificios eran, más que ninguna otra arquitectura del mundo, un arte escultural. Había siempre en las paredes de sus casas el mismo valor plástico que informaba las pinturas murales. Dice, y esto lo sabemos todos, que el calendario maya era tan perfecto, que el cómputo de la ciencia moderna ha comprobado su exactitud. Agrega lo siguiente: "Acaso México, como ningún otro pueblo del mundo, es el recinto del genio. Desde los primeros mayas hasta el artífice campesino moderno, no ha hecho más que prodigar constantemente la belleza". En cuanto a los incas, que habían eliminado la pobreza y las clases parasitarias, dice el mismo Frank que "el Imperio Inca no era inferior a la Europa del Siglo XVI. Sus artes comunales y su ciencia social lo hicieron superior, como sociedad, a toda la cuenca contemporánea del Mediterráneo.

Cuando los españoles llegaron al Imperio Inca, éste acababa de extenderse, por el norte hasta Quito, y por el sur, estaba en contacto con los aucas indómitos, en las orillas del Maule. El mundo está esperando al historiador-novelista,

visionario de lo que podría haber ocurrido en el curso de los siglos, que nos describa cómo se habría seguido desarrollando la civilización americana, sin la intrusión de la llegada de los españoles a nuestra América.

Se habla del descubrimiento de América, porque los europeos vinieron a América. Si hubieran ido mayas o incas a Europa primero, habría que hablar del descubrimiento de Europa. Colón hizo varios viajes a lo que él llamaba las Indias. Murió sin saber que había descubierto un nuevo mundo. Otros hombres, grandes navegantes, como él, siguieron viniendo a este nuevo mundo, y lo exploraron y conquistaron.

Colón no había descubierto canela en sus viajes; pero había descubierto un Nuevo Mundo, el tuyo y el mío.

VI

VALDIVIA, EL FUNDADOR DE CHILE

CHILE se extiende, como lo sabes, desde la Provincia de Arica, hasta la Tierra del Fuego. Poblada esta región por diversas tribus indígenas, había sido conquistada hasta el río Maule por los incas, que tenían un gran imperio en lo que ahora es el Perú. Más allá del Maule estaban los aucas. Los incas llamaban "aucas" a los enemigos que no podían someter a su dominio. Como estos aborígenes del sur eran tan rebeldes, y celosos de su libertad, los incas que acompañaban a los conquistadores españoles los llamaban "aucas", de donde viene la palabra araucanos, popularizada en el mundo entero por el gran poema épico de Alonso de Ercilla, del cual tú debes conocer a lo menos algunas estrofas.

No vivían muy felices los primitivos pobladores de nuestro Chile. Vivían separados en tribus, que se combatían entre sí.

Francisco Pizarro y Diego de Almagro habían conquistado el imperio de los incas, donde ejercieron crueldades innecesarias. Los incas con el propósito de librarse de ellos, les inventaron la leyenda de que más al sur, en Chile, había más oro que en el Cuzco. Esto tentó a Almagro, quien se propuso conquistar estas "ricas" tierras. Con quinientos soldados españoles, a quienes pagó muy bien, y con algunos miles de indios, salió del Cuzco el 3 de julio de 1533, con rumbo al sur. No había la posibilidad de hacer el viaje por mar. Se vino por la altiplanicie boliviana. Hoy día el viaje de la meseta boliviana a Santiago se hace en pocas horas de vuelo. Pero Almagro demoró casi un año en llegar tan sólo a la altura de Copiapó, donde cruzó la Cordillera. La expedición fué de lo más penosa. Los indios morían por decenas, y los caballos también. Los españoles tenían que comerse la carne de los caballos que morían. A los propios soldados se les helaban, y caían, a la nieve, los dedos de manos y pies.

Almagro llegó a un valle feraz, al cruzar la Cordillera; pero las esperadas riquezas no aparecían. Le llegaba un refuerzo de cien hombres, a los que encontró donde está ahora Copiapó. Esto debería haberlo estimulado para continuar su viaje al Sur; pero recibió la noticia de que el Rey de España había señalado los límites de las regiones que correspondían a Pizarro y a él, en las conquistas que habían hecho. La línea que se

trazaba era de grados geográficos, como los que te he explicado en carta anterior. Pero como ni Almagro ni Pizarro entendían esa manera de medir las tierras, ambos se creían con derecho al Cuzco. Almagro se volvió al Perú, a reclamar lo suyo; pero esta vez no por la Cordillera sino por el desierto de Atacama.

Tal fué la primera visita de hombres europeos a tierras de Chile. Almagro no llevaba oro de nuestro suelo. No llevaba sino la relación de sus padecimientos, y la revelación de que Chile era país muy pobre y atrasado.

A pesar de lo anterior, había interesados en hacer la conquista de este territorio que no se sabía qué sorpresas podía ofrecer más al sur. Salir a conquistar tierras de América entonces era un negocio, que se explotaba como ahora una mina o la organización de la pesca de la ballena. Se formaban compañías, como se forman hoy día las sociedades en comandita, o las sociedades anónimas. Ahora, para formar una sociedad anónima se necesita de la autorización del Gobierno. Entonces, para este negocio de la conquista se necesitaba la autorización del Rey de España.

Para que te formes una idea de cómo se consideraba este "negocio de conquistar la América", te hablaré del contrato que se hizo en Panamá, para emprender la conquista del Imperio de los Incas. Tres empresarios, Francisco Pizarro, Diego de Almagro, y Hernando de Luque,

analfabetos los dos primeros, y Vicario de la Iglesia parroquial el tercero, firmaron un contrato por el cual se comprometieron a efectuar el descubrimiento y la conquista del Perú, debiendo Pizarro y Almagro ser los socios activos y el Vicario, el capitalista; pero debían repartirse los productos — las utilidades — por terceras partes. No teniendo suficiente confianza en el notario del lugar, nombraron a Dios Notario público, y el cura Luque administró el sacramento de la eucaristía a los contratantes, dividiendo la hostia en tres partes, una para cada uno.

Francisco Pizarro, creyéndose autorizado por el Rey, encargó de la conquista de Chile a Pedro de Valdivia, uno de sus más prestigiosos capitanes. Mientras tanto, el Rey había autorizado a Pedro Sancho de Hoz, recién llegado al Perú, para que conquistara las regiones que estaban al sur del Estrecho de Magallanes, y a otro aventurero, Francisco Camargo, que se volvió a España, sin desear embarcarse en la aventura, para conquistar las tierras que quedaban al norte del Estrecho. Al renunciar Camargo a la empresa, quedaban con derechos — uno directa y el otro indirectamente del Rey — para conquistar a Chile, Pedro Sancho de Hoz y Pedro de Valdivia. Francisco Pizarro los invitó a formar una compañía para este negocio, y quedó firmado el convenio que entregaba a la firma "Valdivia y Sancho de Hoz" el negocio de conquistar y explotar a Chile. Según el convenio

cada uno debía aportar una parte de los elementos necesarios para la empresa.

Pero no se puso el capital en iguales proporciones. No había entonces bancos que prestaran el dinero, ni para los más brillantes negocios, pero sí prestamistas. Pedro Sancho de Hoz sólo pudo reunir unos pocos caballos. Pedro de Valdivia pudo juntar a ciento cincuenta españoles bien armados. Consiguió dinero prestado; compró armas; enganchó soldados, y a principios de 1540 salió para Chile. Hubo disputas entre los dos socios. El que no había puesto casi nada quiso hacerse el amo de la empresa. Pedro de Valdivia lo tomó preso y lo hizo firmar un nuevo convenio. Le pagó los caballos que había aportado, y lo contrató como oficial con promesa de darle anchas tierras de las que iban a conquistar.

¿Sabes tú por qué se llama La Serena la capital de la Provincia de Coquimbo? Porque esta ciudad la hizo fundar Valdivia, y le dió ese nombre porque él había nacido en Serena de la Extremadura, en España. Respiró por primera vez Valdivia el año 1500. Su cuna fué pobre; pero sus padres eran hidalgos, y lo consagraron, desde niño casi, a la carrera militar. Como soldado se distinguió en Flandes y en Italia.

En aquellos tiempos en que en España no se hablaba sino de las riquezas del Nuevo Mundo, todo hombre ambicioso sólo deseaba venir a América a hacer fortuna. Aunque casado en Es-

paña, Valdivia se embarcó para América, sin su esposa, en busca de fortuna y de gloria. Llegado al Nuevo Mundo, principió, como soldado, a distinguirse en la conquista de Venezuela. Allí no había muchas oportunidades para hacer fortuna. El Perú atraía como algo mucho más seductor. Ofreció sus servicios a Francisco Pizarro, quien lo hizo su maestre de campo, dándole además extensas tierras en Charcas.

Pero Valdivia, en el Perú, estaría siempre en segundo plano, a las órdenes de Pizarro. El quería ir más allá, más allá, a lo desconocido, a lo inexplorado. Y, a pesar de los informes de Almagro acerca de Chile, insistió ante su jefe en que quería ir a la conquista de ese pueblo. De nuestro pueblo.

No tomó el camino de Almagro, sino que se vino por los desiertos del norte. Fué tan afortunado que llegó hasta lo que es hoy Copiapó sin que hubiera muerto uno solo de sus soldados. Valdivia pudo haber fundado una ciudad allí o en cualquiera otra parte de lo que llamamos ahora el Norte Chico; pero no lo hizo porque no quería que su gente estuviera muy cerca del Perú, con la tentación de volverse hacia allá. Además, quería formar un Gobierno independiente. Ya encontramos en Valdivia, el fundador de Chile, el germen de nuestro espíritu de libertad: no quería depender del Perú.

Llegó Valdivia, con su expedición a las orillas del Mapocho, al pie de lo que es hoy el Ce-

rro Santa Lucía — Huelén llamado por los indios — el 12 de febrero de 1541, fecha que debe estar muy clara en tu memoria porque es el día de la fundación de Santiago. Llamó al villorio que fundaba "Santiago de la Nueva Extremadura". Recuerdas que él nació en España, en Serena de la Extremadura.

Sin duda Valdivia escogió un bello lugar de Chile para fundar la capital de su "reino". Para su propia casa escogió un lugar al pie del Cerro Huelén, que debiéramos seguir llamando así, en vez de Santa Lucía. ¿Una casa para Pedro de Valdivia? ¿Para el que iba a ser el amo y señor de Chile? Tiene Santiago muy bellos palacios, tú lo sabes, y tiene rascacielos también en su Barrio Cívico. Pero si quieres formarte una clara imagen de la casa de Pedro de Valdivia y de las de sus compañeros, que se construyeron cercanas unas a otras en este valle del Mapocho, debes pensar en ranchos construídos con troncos de árboles clavados en el suelo, sin cimientos, ni de cemento, ni de cal y ladrillo. ¿Las paredes? Ramas convertidas en listones, cubiertos de barro. ¿Los techos? Ramas y paja de maíz. El maíz, tenlo presente, era un aborigen de América, como la papa, y otros frutos del suelo que Europa no conocía.

Un paseo por Santiago ahora, por cualquier barrio, te mostrará la actividad febril con que se construyen nuevas casas, palacios en verdad. Ahora todo está organizado para esta labor. El

cemento se fabrica en grandes usinas que producen miles de quintales al día. El acero de las vigas, la madera de pisos, puertas y ventanas, los techos, de metal o de pizarreño, se elaboran en grandes fábricas a máquina. En aquellos entonces todo era muy distinto. Valdivia escribió en una de sus cartas al Rey de España: "Todos cavábamos, arábamos y sembrábamos, estando siempre armados, y los caballos ensillados". Para que tengas un concepto cabal de la realidad de la primera etapa de la construcción de Santiago, imagínate al Presidente de la República, a sus Ministros, a la Corte Suprema, al Arzobispo de Santiago, haciendo barro a las orillas abiertas del Mapocho, clavando postes en la tierra y arando el suelo para sembrar trigo, cada uno con un caballo y un arcabuz al lado, temeroso de que los indígenas lleguen a asaltarlos. Ningún obrero de hoy, que pertenezca a un sindicato, permitiría que se le hiciera trabajar en esas condiciones.

Para comprender y apreciar la obra de Pedro de Valdivia, tienes que ir, con la imaginación, para atrás en la historia, más de cuatro siglos, es decir cuando tú no habías nacido, cuando no había nacido tu padre, cuando no había nacido tu abuelo, cuando no había nacido tu bisabuelo, cuando no había nacido tu tatarabuelo. ¡Qué fácil es ahora crear una ciudad! Si mañana se descubren yacimientos de petróleo, o de cobre, en lo alto de nuestra Cordillera, podríamos

hacer nacer y crecer en sus alrededores toda una gran ciudad, como por obra de magia, como si tuviéramos la lámpara de Aladino, con calles y plazas pavimentadas, con alcantarillado, agua potable, luz eléctrica, teléfonos.

Hace cuatro siglos, construir una ciudad, o un pueblo, o un villorio, no era tan fácil como ves. Hacer un ladrillo costaba casi más entonces que hacer ahora un aeroplano. En cien años se construyeron en Chile menos casas que las que se construyen ahora en un año en Santiago.

Debemos considerar a Valdivia como al primer organizador que tuvo Chile, al fundador de nuestra patria. No vino aquí sin ton ni son, a la buena de Dios, sino con tantos conocimientos como pudo adquirir acerca de esta región, por los informes que llevaron al Perú Almagro y sus compañeros. Sabía que en Chile sólo se producían papas, maíz y algunas frutas. Trajo, en consecuencia, varias fanegas —entonces no existía el sistema métrico— de trigo, algunos cerdos, gallos y gallinas. No pudo traer bueyes ni vacas porque no habrían podido soportar el viaje por tierra. Traían, sí, caballos, él y algunos de sus compañeros.

Tú sabes lo que es hoy el racionamiento que se ha impuesto en casi todo el mundo por la escasez de artículos de consumo, debido a la guerra. Aquí, en Chile, sabes, por ejemplo, del racionamiento de bencina, según el cual se reparte la poca que recibimos de acuerdo con las

necesidades más inmediatas. El que antes consumía doscientos o trescientos litros al mes, se da por muy feliz si ahora le dan cuarenta. Esto del racionamiento no es ninguna novedad. Se practicó en Chile en los primeros días de la fundación de Santiago. No era posible gastar todo el trigo en hacer harina y pan, porque no habrían tenido trigo para después. Había que limitarse en el consumo, para guardar para la siembra. Y este racionamiento se hizo más riguroso después de un ataque de los indios a Santiago ya floreciente, en el que quemaron toda la naciente ciudad, destruyendo hasta los alimentos. Sólo se salvaron tres cerdos, un gallo, una gallina, y, entre los escombros, un poco de trigo. Las cartas de Valdivia al Rey nos dicen que el racionamiento en ese entonces era tan riguroso, que nadie recibía más de cincuenta granos de maíz al día. Considerando que no había casi otros alimentos, esto era peor que estar racionado hoy con la bencina.

En este Santiago naciente había una mujer española, una sola: Inés Suárez. Ella fué la primera profesora de economía doméstica que tuvo Chile. Fué la primera educadora chilena. Bien puede ser que el huevo que te comiste hoy en tu almuerzo, lo haya puesto una gallina, descendiente de la gallina chilena, que, debido a la previsión y al cuidado de Inés Suárez, empolló la primera nidada en 1541.

Valdivia era un gran organizador. Tan

pronto como Santiago pudo ya atender a sus necesidades inmediatas, de alimento y protección, nombró un Cabildo, con las facultades que las leyes españolas daban a esas corporaciones. Este Cabildo nombró a Valdivia primer Gobernador de Chile. Delegando su poder en Santiago, se fué a la costa, cerca del lugar donde desemboca el río Aconcagua, a construir una nave para comunicarse por mar con el Perú.

Mientras tanto, le ocurría a Valdivia, en Chile, lo que ocurrió a Colón en sus carabelas: hombres no tan temerarios como él querían volverse, renunciar a empresa tan dura. Durante la ausencia de Valdivia de Santiago, se tramó una conspiración contra su vida, con el propósito de lograr que todos los españoles regresaran al Perú. Sabedor de esto Valdivia, se volvió a Santiago, y castigó con la pena de muerte a Martínez Solier, cabecilla de la insurrección, y a cuatro de sus cómplices. Fueron los primeros hombres europeos ahorcados en Chile. Pero Valdivia impuso su autoridad, y su disciplina. Ya no tenía que temer a los españoles. Pero, sí, a los indios.

Estos, aprovechando su ausencia, destruyeron el bergantín que estaba haciendo construir en la desembocadura del Aconcagua, y mataron a los obreros. Este fué el fin de la primera tentativa de una flota comercial chilena. Pero el ataque de los indios venía de todas partes. A las orillas del Cachapoal se levantaba un ejér-

cito de ellos. Miles. Con solo noventa jinetes se fué Valdivia a encontrarlos. Pero mientras se ausentaba de Santiago, un jefe indio, Michimalonco, cayó sobre la ciudad. Esto fué en Septiembre de 1541. Los indios, después de un día entero de combate, fueron repelidos. Pero habían destruído a Santiago, quemado sus casas —sus chozas, de techo de paja— y aún las ropas y los alimentos de los fundadores de la capital. Fué entonces cuando hubo que hacer el racionamiento del trigo de que te acabo de hablar. Nunca se ha sentido más hambre en Santigo que entonces. Hoy nos quejamos si hay poco azúcar o té en el mercado. Aquellos hombres no tenían ni azúcar, ni té, ni papas, ni trigo, ni maíz. Tenían hambre, hambre.

Valdivia comprendía que necesitaba más hombres del Perú, más españoles con caballos y con armas, y alimentos. No era fácil obtener estos recursos mientras dominara la impresión de que Chile era una tierra de pobreza. Había, en consecuencia, que recurrir a la propaganda, tal como recurren hoy día las naciones en guerra para la defensa de sus intereses. No podía él entonces, naturalmente, hacer películas cinematográficas, ni editar folletos como los de las empresas de turismo. Tenía que valerse sólo de los recursos de la época, y lo que hizo podría servir de lección a los expertos de la propaganda norteamericana de nuestros días. Recogió todo el poco oro que había logrado obtener en Chile, no

sacado de minas, sino de lavaderos. Con él hizo estribos para los mensajeros que enviaba, y botones para sus casacas, con el propósito de causar impresión de riqueza y opulencia. Esto produjo los resultados que esperaba. ¿Quién no estaría dispuesto a venir a una tierra, donde los jinetes llevaban espuelas de oro? Con los recursos que le llegaron, reedificó la ciudad de Santiago. Esta vez con el progreso de que las paredes no eran de simples listones de madera con barro, sino ¿de ladrillos de oro? no, de adobes.

Pero necesitando Valdivia más recursos todavía, decidió ir él mismo al Perú, y mientras se encontraba allá, habiendo dejado como su substituto en Santiago a Francisco de Villagrán, su primer socio en la empresa de conquistar a Chile, Pedro Sancho de Hoz, de quien ya te he hablado, empezó a preparar una conspiración. Villagrán le hizo cortar la cabeza. Vuelto Valdivia del Perú, se dedicó a explorar a Chile, a fundar ciudades. Además de La Serena, de que te he hablado, fundó Concepción, donde ahora está Penco, —de ahí que a los habitantes de Concepción se les llame penquistas—Imperial, Valdivia, Villarrica y Angol. También fundó fortalezas, entonces llamadas "fuertes", que no eran nada que se pareciera a las modernas fortalezas, sino simples recintos rodeados de empalizadas.

Hizo traer a Chile ovejas, cabras, vacas y bueyes. Con buen cuidado, estos animales se aclimataron y se multiplicaron rápidamente.

Trajo también duraznos, manzanos, membrillos, parras, semillas de sandías, melones, zapallos, cáñamo, olivos. El suelo respondía tan generosamente, que Chile ya en ese entonces empezó a exportar trigo para el Perú, y frutas secas. En cambio de estos productos, se traían del Perú, provenientes de España, géneros, arroz, sal. También se llevaban nuestros productos a Buenos Aires de donde enviaban yerba mate, y bueyes y vacas. Se multiplicaron con tal rapidez estos vacunos, que, sin necesidad de Comisariato de Subsistencias y Precios, una vaca, o un buey valían tres pesos. Los primeros caballos valían mil pesos. Pero, cuando ya hubo abundancia de ellos bajaron a cinco o seis pesos.

Al principio no se permitía la entrada de extranjeros —de no españoles— en Chile. Sin embargo, más tarde se encontró que era un buen negocio dejarlos entrar, exigiéndoles que pagaran una contribución. Pero siempre se conservaba la prohibición de que Chile comerciara con el extranjero, es decir, fuera de España o la América española. En los primeros ciento cincuenta años de la vida de Chile no llegó aquí un solo barco con mercancía que proviniera de países extranjeros.

Todo iba bien. Pero los indios del sur de Chile, que por algo eran llamados "aucas" por los incas, no se sometían. En verdad, los araucanos no capitularon nunca. No se sometieron

nunca, y sólo se pactó con ellos, dejándoles sus pertenencias, cuando nació la República.

En una expedición que Valdivia hizo al sur con doscientos soldados, fué hostilizado sin interrupción por los araucanos. En Concepción tuvo lugar una batalla encarnizada. Los españoles mataron a más de dos mil araucanos, y tomaron centenares de prisioneros, a los cuales Valdivia les hizo cortar la nariz y la mano derecha, dejándolos libres para atemorizar a sus compatriotas. Pero esto, como todas las crueldades, produjo efectos contraproducentes: exasperó más a los araucanos.

Tú sabes, sin duda, de la batalla de Tucapel. Allí fué vencido Valdivia por los araucanos, y tomado prisionero. Se vengaron de él los defensores de la Araucanía. Valdivia ofreció dos mil ovejas por su libertad. Pero los araucanos no tenían fé en su palabra. Lo mataron. Cuentan las relaciones de esos tiempos que le cortaron los brazos, los asaron en su presencia, y se los comieron. Los araucanos aplicaban la ley del Talión, ojo por ojo, diente por diente.

Tienes que ver en Valdivia, a pesar de las crueldades que cometió con los indios de nuestro suelo, —que hay que cargarlas a la época, más que al hombre— al fundador de Chile, al creador de ciudades, al iniciador de la agricultura chilena, al gran organizador que transportaba una civilización superior, a pesar de sus defectos, a la

primitiva civilización araucana. En Santiago hay una Avenida que se llama Pedro de Valdivia, hay una estatua suya en el Huelén; hay una ciudad maravillosa que lleva su nombre. Pero este nombre debe estar también en el corazón de todos los chilenos. Con la llegada de Pedro de Valdivia a nuestro suelo muere la prehistoria de Chile, y nace la historia de Chile.

VII

LAUTARO, EL INDIO INDOMITO

YA sabes que el nombre "indios", que se dió a los nativos de Chile es inapropiado. Se les dió este nombre, como a los aborígenes de toda la América, porque Colón creía que había descubierto a la India, y no a un nuevo Continente.

Siempre hablamos de los araucanos como de los primitivos pobladores de Chile. Pero la verdad es que el territorio que ahora llamamos Chile estaba habitado por diferentes grupos de indígenas. No formaban un imperio homogéneo, como el de los Incas. Los atacameños eran tan celosos de su independencia como los araucanos, y opusieron vigorosa resistencia a los incas durante mucho tiempo. El hambre empujaba a las tribus de toda la América en busca de nuevas tierras. Chile era invadido desde diferentes puntos. Por cada parte donde la Cordillera permitía el paso, entraban hombres de otras tierras en nuestro territorio. Por Atacama y Coquimbo

entraron los diaguitas. Los guaraníes, que venían del Brasil, a través de las pampas argentinas, entraron en Chile por donde está ahora la provincia de Bío Bío. Los nativos los llamaron mapuches, —hombres del oriente. Largo y tedioso sería que te nombrara en detalle todas las invasiones que sufrió Chile antes de la llegada de los españoles. Con quienes éstos tuvieron que luchar más denodadamente fué con los araucanos, los que dominaban en la región sureña, más allá del Bío Bío.

Los araucanos se han hecho además famosos, en el mundo entero, debido al poema épico de Ercilla, "La Araucana", que equivale a los cantos de los Nibelungos de los alemanes, a la Ilíada de Homero, a las canciones del Rey Arturo de los ingleses. Simbolizado el pueblo araucano en el mármol de Nicanor Plaza, **Caupolicán**, su figura física idealizada, se ha hecho popular en todo el mundo.

Los araucanos, que son más de la mitad del alma chilena, porque los españoles no trajeron casi mujeres a nuestro suelo, y se mezclaron con las indias, han sido no sólo idealizados sino calumniados también. Algún día, algún araucano genuino, de los que quedan muchos, habrá de escribir un libro vibrante que los muestre tales como fueron y son.

Los araucanos eran guerreros, celosos de su independencia. Los incas no pudieron contra ellos. Y a los españoles, que aparecían como

hombres dioses, con sus arcabuces, con sus perros, con sus cañones, les opusieron tal resistencia que nunca pudieron dominarlos.

Te dije en mi carta anterior que Valdivia fué derrotado, hecho prisionero, ultimado y devorado por los araucanos en la batalla de Tucapel. Ahora te voy a hablar del héroe de esta batalla, del vencedor de Valdivia. Se llama Lautaro, el indio indómito.

Mozo joven, de menos de veinte años, había sido tomado prisionero por Valdivia, quien lo nombró su caballerizo. Lautaro tuvo que someterse durante el año, y poco más, que estuvo al servicio de los españoles. Pero, callado en cuanto a sus sentimientos íntimos, era un representante de su raza, de la Araucanía, entre las huestes españolas. Era lo que podríamos llamar ahora "una quinta columna" del patriotismo araucano en el seno de la españolidad. Lautaro era inteligente, tan inteligente o más que los españoles que lo habían subyugado con armas superiores, desconocidas en América. Lautaro estaba obsesionado por un solo pensamiento: cómo librar a su raza de la dominación extranjera. Observaba, estudiaba, meditaba. ¿Cómo derrotar a estos hombres que aparecían invencibles?

El, como los demás indios de América, creía al principio que jinete y corcel eran una sola criatura. Pero él los vió subir a caballo, y bajarse de él. El los vió cansarse, y enfermar, y morir. No, estos hombres no eran invencibles,

como se ha demostrado también ahora que los ejércitos alemanes, que vencían siempre al principio, no son invencibles. Mas, ¿cómo derrotarlos? Los españoles eran pocos. Pero, con sus corazas, que los convertían en tanques, hacían inútil y ridícula el arma principal de los araucanos: la flecha. Disparar flechas contra los soldados españoles vestidos de acero, sería como querer derribar una fortaleza con aleteos de mariposa. Y los españoles disparaban a la distancia con sus armas de fuego, que causaban la muerte instantánea. Y cargaban con sus caballos, y poseían animales que les obedecían, los perros, que no tenían miedo a nadie y que salían a cazar indios, como si salieran a cazar perdices.

¿Qué hacer? ¿Qué superioridad tenían los araucanos sobre los españoles? Conocían mejor el terreno. Pero eso no servía de mucho. Eran más numerosos, mucho más numerosos. Pero un español armado valía por mil araucanos desarmados. Jamás Julio César, jamás Napoleón, jamás Bismarck tuvieron un problema más serio, y más difícil de resolver. ¿Cómo podía aprovecharse la superioridad del número?

Y Lautaro resolvió ese problema. Lautaro es el primer estratega chileno. Esto puede parecer muy fácil ahora. Como parece fácil hacer fuego, o hacer una rueda. Pero cuando no se ha hecho nunca fuego antes, cuando no se ha hecho nunca una rueda antes, el primero que los hace tiene que ser proclamado genio. El gran nú-

mero de los araucanos, ante un pequeño número de españoles podía aprovecharse así: poner primero un ejército de araucanos a pelear con los españoles. Serían derrotados. Serían éstos guerreros suicidas. Sabrían que iban a morir todos. Pero el individuo tenía que sacrificarse para defender a la colectividad. Luego de vencidos, aparecería otro ejército que estaría escondido en la retaguardia. Sería vencido también. Otro sacrificio patriótico. Y luego otro ejército. Y luego otro. ¿No se cansaban los españoles? ¿No se cansaban sus caballos? ¿No tenían que comer para vivir? ¿No tenían que dormir? El plan era mantenerlos luchando, enfrentándose a un ejército tras otro, sin dejarlos dormir, sin dejarlos descansar, sin dejarlos comer.

Concebido su plan de gran estratega, ya no debía Lautaro permanecer cuidando los caballos de Valdivia. Una noche salió de Concepción a escondidas, y se pasó al lado de los araucanos, de los hombres de su raza, que eran mandados por Caupolicán. Lautaro llevaba un plan de guerra, que requería primero la unión de todos los araucanos, la disciplina para un ataque combinado, y luego el sacrificio en masa. Expuso su plan. Explicó su plan, y, en asambleas democráticas, fué aprobado.

El encuentro legendario fué en Tucapel. Los españoles hicieron frente al ataque con su bravura de siempre. Les parecía que su triunfo sería seguro, y triunfaron, naturalmente, contra

la primera embestida araucana. Se creían ya vencedores cuando... ¿qué pasaba? Una nueva polvareda, una nueva gritería de las huestes marciales, con tambores de pechos y gargantas, avanzaba hacia ellos. ¿Un nuevo combate? Pues a rechazarlos. Y los rechazaron. Los araucanos caían por centenares. Pero después otro ejército, y después otro. ¿Qué era eso? ¿Era la guerra sin fin? Los españoles ya estaban cansados. Sus caballos también. Sus perros también. La pólvora para sus fusiles y sus cañones se agotaba. Había que retirarse. Estaban vencidos; estaban derrotados. La estrategia de Lautaro había podido más que sus armas de fuego, más que sus caballos, más que sus perros, más que su valor de soldados siempre vencedores. Pero Lautaro también había previsto esto, y "les cortó la retirada". Los persiguió. ¿Cuántas bajas? Todos los soldados españoles, todos, sin exceptuar a uno solo. Los que no habían muerto, se tuvieron que entregar prisioneros. Y Valdivia, Pedro de Valdivia, el Gobernador de Chile, con nombramiento reconocido por el Rey de España, el fundador de Chile, tuvo que pedir misericordia a los araucanos. ¿Cuántos de éstos estaban sin nariz, hecha cortar por él; sin la mano derecha, hecha cortar por él? No; los araucanos no creían en sus promesas, no creían que se volvería a España y los dejaría libres, no creían que pagaría el rescate de las dos mil ovejas que ofrecía por su libertad. Había que castigarlo para escar-

miento de los demás españoles que intentaran someterlos. Y pasó lo que ya te dije; le cortaron los brazos, los asaron, y se los comieron en su presencia.

Pero no acaba allí la guerra. Esa era una contienda de represalias. Lautaro, vencedor, se marchó al norte, con una parte de los araucanos, para llegar a Santiago, adonde los españoles de Concepción y de las demás ciudades fundadas por Valdivia, habían huído. Ganó varias batallas en su marcha. Pero los españoles lograron en una ocasión atacarlo de sorpresa. Al principiar el combate, Lautaro cayó herido de muerte. Los araucanos que lo acompañaban, ya sin su jefe, fueron derrotados.

Caupolicán siguió dirigiendo a los araucanos contra los españoles. Pero éstos consiguieron tomarlo prisionero. Y la represalia fué como la de los araucanos cuando ultimaron a Valdivia. Clavaron en el suelo un palo grueso, que terminaba en punta. Sentaron a Caupolicán sobre esa punta, e hicieron que el palo le atravesara todo el cuerpo. Mientras tanto, los españoles le lanzaban flechas. Caupolicán no profería una queja. Era indigno de él quejarse, como era indigno para todo araucano quejarse. No pidió que lo libertaran, ni ofreció habitaciones llenas de oro y plata, como Atahualpa; ni dos mil ovejas, como Valdivia. Su muerte gloriosa es orgullo para todos los chilenos que llevamos sangre de su sangre en nuestras venas.

"Lautaro y Caupolicán te deben hacer pensar en las hondas raíces que tiene el patriotismo chileno. Cuando lees acerca del heroísmo de Arturo Prat en la rada de Iquique, tienes que pensar en que ese heroísmo tenía sus raíces lejanas, porque los chilenos, con o sin sangre de araucanos, siguen, consciente o inconscientemente, las huellas de esos hombres legendarios que son la mitad de nuestro abolengo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

VIII

LA EDAD MEDIA DE CHILE

ESTAS leyendo estas cartas mías cuando el mundo lleva ya más de cuatro años de guerra. De un lado están peleando países que quieren dominar a otros pueblos. Al lado contrario pelean los que desean que no haya pueblos dominados por otros, que desean que todos los pueblos rijan sus propios destinos, de acuerdo con sus ideales, con sus deseos, sin imposiciones extrañas. Este es un concepto moderno de la convivencia de las naciones.

En los tiempos antiguos se consideraba honor para una nación salir a conquistar tierras, como salir a cazar tigres y leones en la selva. Alejandro el Grande lloraba porque había llegado a la edad madura sin haber hecho las conquistas que había realizado su padre, Filipo. Julio César se vanagloriaba de haber hecho del

mundo su imperio. Carlos V se ufanaba de que en sus dominios no se pusiera el Sol. Hoy día, cuando se hace una guerra de agresión, los gobiernos atacantes escriben libros blancos, o azules, o grises, para justificar su agresión. Antes se escribían loas a la agresión y la conquista. De manera que no podemos censurar a los reyes de Castilla y Aragón, quienes a la vez que lograban librarse de la dominación extranjera en España, traían la dominación española a la América. Los empujaba el impulso de extender su poderío y su religión. Querían conquistar —y conquistaron— nuestras tierras con la espada y la cruz.

La América, este mundo nuevo descubierto por Colón, fué conquistada por España, Portugal e Inglaterra. Y después de conquistada, fué colonizada. En la historia de la humanidad hay un largo período que se llama la Edad Media, que se ha considerado el período del oscurantismo, porque no hubo en ese tiempo grandes genios como los que produjeron la Grecia y la Roma antiguas. Pero ese largo período no fué de muerte del espíritu humano. Fué sólo un descanso, como un retiro religioso. La ciencia y el arte se hospedaron en los conventos. El despertar de esa modorra se llama el Renacimiento. Esto era en el Viejo Mundo. En el Nuevo Mundo, podemos llamar al período de la Colonia, nuestra Edad Media, y al despertar que nos llevó a la independencia, el Renacimiento.

Chile tuvo tres siglos de vida colonial, desde que Pedro de Valdivia fundó a Santiago, en 1541, hasta los primeros años del siglo XIX, cuando despertó el afán de independencia. Toda la América española estaba dividida, para su administración, en virreinatos y sus dependencias. Chile fué primero una provincia del virreinato del Perú, y en 1778 fué convertida en una Capitanía General. Los araucanos eran esclavos. La instrucción se daba sólo a las clases acomodadas. La vida entre los chilenos era de extraordinaria pobreza, a lo que se debió que no se compraron aquí muchos esclavos negros, como se hacía en los Estados Unidos y en otras partes de América.

Sin embargo, también hubo esclavos negros traídos de Argentina o el Perú, adonde habían llegado desde Africa. En 1778 en el valle central de Chile, lo que era el Obispado de Santiago, el número de negros y mulatos era de 25.508. Pero muchos de estos negros murieron porque el clima no les era propicio. "La sangre africana mezclada con la europea o indígena fué la única que conservó su vida".

Pero las personas que gozaban de mayores consideraciones y privilegios en Chile eran los blancos nacidos en España, los chapetones, muchos de los cuales compraban títulos de marqueses o de condes con el dinero que ganaban con sus esclavos, en sus repartimientos. El título de conde o marqués valía veinte mil pesos.

Tú vives, Bernardo, una vida fácil y regalada. Tu mamá te reprende si no usas servilleta, o si tomas con la mano alimento que debieras tomar con el tenedor. ¿Te habría gustado más vivir en los primeros tiempos de la colonia, la Edad Media de Chile? Entonces los pobladores de Santiago eran tan pobres que no tenían mantel para sus mesas, ni servilletas, ni tenedores, ni cuchillos individuales, fuera de los que se usaban en la cocina, como los que se emplean para matar a los animales. Se comía "con los dedos", como tu mamá te dice que no debes comer.

Las casas, como te he dicho, eran al principio ranchos de troncos de árbol y ramas, con techos de paja. Después, como gran progreso, eran de adobe, y se fabricaron tejas para los techos. La mayor parte de las casas carecían de puertas y ventanas. Es decir, tenían sólo las aberturas correspondientes. Y las que tenían ventanas no tenían vidrios.

Si hubieras vivido en esos tiempos no habría habido peligro de que ensuciaras las alfombras, o las cortinas, porque no existían. Los pisos no eran siquiera de ladrillo, sino de tierra desnuda. No había ni sillas ni bancos para sentarse. Ni sábanas. Los platos y fuentes eran de greda.

Las calles no tenían luz, ni siquiera de parafina. En las casas se usaban sólo velas de sebo. Te estoy hablando, naturalmente, de los primeros años de la colonia, que en Chile, a dife-

rencia de otras partes, era paralela con la con-
quista, pues los araucanos no cesaron en su re-
sistencia sino después de que hubimos logrado
hacernos libres. Chile fué el país de América cu-
ya conquista le costó a España más dinero y más
hombres que otra región alguna. Desde 1603 a
1670 el tesoro real invirtió en gastos bélicos pa-
ra la conquista de la Araucanía más de 37 mi-
llones de pesos, y ocupó a más de 42,000 solda-
dos españoles.

En 1630 había en Santiago sólo doscientas cincuenta casas y setecientos varones peninsulares, de 14 años para arriba. En 1657 ya había 516 casas. Se habían construído como cien casas por año. Pero no como las de ahora, como ya te lo he dicho. La población de Santiago, con españoles, indios, negros, mestizos y mulatos, apenas llegaba a cinco mil. Cada uno de los españoles tenía diez o más esclavos, como en la Atenas de Pericles.

Pero estos dueños de esclavos santiaguinos no tenían la cultura de los atenienses. Muchos de ellos no sabían siquiera leer. Las preocupaciones de estos amos no eran filosóficas como las de Sócrates o Platón.

Para darte una idea de lo baladí y superficial que era la vida chilena de ese entonces, te narraré algunos incidentes. En una sesión del Cabildo de Santiago, en 1760, los regidores acordaron que era desdoroso para la Corporación que, en los entierros y pompas fúnebres, los parientes

de los difuntos ocuparan los sitios de preferencia para presidir el duelo, y que los regidores no asistirían a esas ceremonias si no se les daba los mejores sitios, con la pena de multa de quinientos pesos para los que violaran este acuerdo. Un Obispo de Santiago se quejó al rey porque, cuando hacía una visita de urbanidad al Gobernador, éste no salía a recibirle al patio de la casa, ni lo despedía acompañándole hasta la puerta de calle, ni le daba la mejor silla para sentarse, ni le ofrecía almohada o cojín. En septiembre de 1787, con motivo de una fiesta en la Iglesia de la Merced, se produjo un grave conflicto entre el Regente y los Oidores de la Real Audiencia sobre el modo de subir a sus respectivos carruajes al retirarse de la ceremonia, y la queja fué elevada al Rey en extensos memoriales.

Te cuento esto para que te des una idea de lo banal que era la vida en Santiago en tiempo de la Colonia, y el poco interés que había para consagrarse al progreso de esta Capitanía. Se sucedían los Gobernadores, pero todo seguía lo mismo que antes. Tenía, por ejemplo, Santiago el problema de las inundaciones de la ciudad por las crecidas ocasionales del Mapocho, y no se buscaba remedio a esto, a pesar de que a veces las inundaciones ponían a la gente en peligro de ahogarse. En 1783 una inundación le costó a la ciudad más de un millón de pesos.

El representante del rey en Chile se llamaba Gobernador. Había también aquí una Real

Audiencia, tribunal compuesto de un Regente, Cuatro Oidores y dos Fiscales, que eran nombrados por el Rey. Esta Audiencia era como una especie de Congreso, al cual estaba obligado a consultar el Gobernador en los asuntos administrativos. Lo que ahora llamamos Municipalidades eran los Cabildos de la Colonia. Los regidores del Cabildo no eran elegidos por el pueblo sino que compraban sus cargos. Esto, sin duda, tuvo su supervivencia en la República, cuando los regidores compraban sus votos, ya que no podían comprar el cargo directamente a la autoridad del país.

Con nuestras ideas democráticas de hoy podríamos censurar acremente la venta de las "varas" (cargos) de regidores. Pero en aquellos tiempos estaba bien que fuera así, pues no había educación popular y las elecciones con voto libre, independiente, no habrían dado por resultado la elección de los más capaces. Elegir a los más ricos como a los más capaces no resultaba muy absurdo en esos tiempos.

La incapacidad política del "pueblo" aun en los últimos tiempos de la Edad Media de Chile, cuando alboraba el Renacimiento, queda demostrada con el hecho de que parte del "pueblo", especialmente en el sur, se alistó en los ejércitos españoles para pelear contra la independencia de Chile. Y esto ocurría, a pesar de que los esclavos de entonces, los siervos, los vasallos, que fueron después los "encomendados"

y más tarde los inquilinos, eran tratados con dureza y crueldad que nos crispan los nervios.

Te explicaré cómo era el padecer de los hombres y las mujeres en la Edad Media de Chile. Pedro de Valdivia, siguiendo instrucciones de la Corona, concedió a sus soldados grandes extensiones de tierra y repartió a los indígenas entre ellos, para que, como sus siervos, trabajaran estas tierras. Fué esto lo que se llamó "encomiendas" y "repartimientos". Se hacía la guerra a los araucanos para tener más tierras y más siervos. El negocio de venta de esclavos, que se enviaban aún al Perú, fué el primer negocio de exportación de Chile, antes de la exportación de trigo. Exportar esclavos entonces era tan honorable como exportar cobre o salitre hoy.

El trabajo principal de los "encomendados" en Chile era la minería — lavaderos de oro — y la agricultura, ganadería, maíz, trigo, papas, cebada. Después, la vid, el lino. Se les daba, por toda recompensa, "por su trabajo de todo el año, en provecho de sus amos, en las minas, en los obrajes y en la labranza de los campos, cuarentas varas de bayeta del Perú, con la cual escasamente cada uno de ellos podía hacer vestidos para su familia — era como darles hojas de parra para cubrir su desnudez — y, como alimento, media arroba de charqui de cabra y un almud de cebada, cada quince días".

Los amos marcaban a sus esclavos arauca-

nos con hierros candentes, en la cara aún. Tal como se hace hoy con el ganado en las haciendas. Para evitar que huyeran, a los que trabajaban en los lavaderos de oro, se les cortaba un pie. "Los indígenas ponían el pié sobre un leño, y los soldados españoles cometían la barbarie de cortarles la extremidad con machetes. Sin dar un grito, ni hacer un gesto, los araucanos introducían en seguida el muñón sangriento en una olla de sebo hirviente para evitar la infección de la herida".

Había leyes españolas que protegían a los araucanos, como a todos los indios de las Américas conquistadas por ellos; pero a pesar de las protestas de religiosos humanitarios, estas leyes no se cumplían. Carlos II, rey de España, en cédula de 20 de diciembre de 1634, abolió la esclavitud de los indígenas chilenos.

Así era la vida, Bernardo, en la Edad Media de la historia de Chile. ¿Qué iba ocurriendo en todo ese tiempo de que podamos hoy estar satisfechos? Se iba formando este nuevo pueblo de Chile con el maridaje de españoles y araucanos. El español iba siendo reemplazado por el criollo, el nacido en Chile, que sentía más amor por Chile que por España.

Iba progresando la agricultura. Se principiaban a regar nuestros campos. Se creaban astilleros, para hacer nuestros propios barcos. Se creaban las primeras fábricas de jarcias, de sebo, y cueros, que se enviaban al Perú, para

que de allá nos enviaran azúcar, arroz y mercancías europeas. Se establecieron fundiciones de cobre y de oro. Progresaba la alfarería.

El rey de España prohibía que comerciáramos con "extranjeros"; pero en tiempos de Felipe V — principios del Siglo XVIII — buques franceses llegaban a nuestras costas con mercancía de contrabando. Llegan ya vasos de cristal; carrozas; mesas de billar; vidrios para mamparas; muebles tallados, de París; espejos de Venecia. Se usan ya, entre las damas ricas, las primeras medias de seda. Y pañuelos de seda, que ya nadie usa.

En 1748, el sacerdote alemán Haimhausen, de la Compañía de Jesús, hizo las veces de la Corporación de Fomento a la Producción de hoy, contratando a cuarenta obreros industriales para que vinieran a establecerse en Chile. Esta fué una inmigración de contrabando. Para que no se les prohibiera la entrada en el país, vinieron vestidos con traje talar, como hermanos coadjutores. Venían plateros, fundidores, relojeros, pintores, ebanistas, escultores, boticarios, tejedores, y de otras artes.

Te he hablado ya de lo que eran los Cabildos, que equivalían a nuestras Municipalidades de hoy que gobiernan las ciudades. Fueron estos Cabildos las incubadoras de la independencia de nuestra Patria. Te voy a hablar de una de las sesiones memorables del Cabildo de Santiago. Fué la del 2 de diciembre de 1713. El alcalde

Francisco Ruiz y Berecedo, chileno de nacimiento, presenta el primer proyecto que se conoce para pedir al Rey la creación en Santiago de una Universidad donde pudieran educarse teólogos, abogados y médicos. Sólo por real cédula de 28 de julio de 1738, se otorgaron seis mil pesos para la erección de esta Universidad. La cédula llegó aquí en 1740, y el Cabildo compró para la Universidad, que se llamó de San Felipe, media manzana, en la calle Agustinas, donde hoy está el Teatro Municipal.

En 1787 el Rey de España nombró al irlandés Ambrosio O'Higgins, Gobernador y Capitán General del Reino de Chile. Antes de esto don Ambrosio había desempeñado varios cargos importantes en nuestra tierra, en una carrera de ascensos que no había tenido interrupción, habiendo principiado en Cádiz como empleado de comercio, puesto en el que permaneció ocho años. Cuando tenía cincuenta y siete años, era Comandante de Caballería y Comandante General de Fronteras. Esto lo obligaba a viajar por todo el sur de Chile. Cuando llegaba a Chillán, se hospedaba en casa del Capitán Simón Riquelme. Le ocurre entonces lo que a Goethe, que en su ancianidad se enamora de la juventud. El Capitán Riquelme tiene una hermosa hija de diez y ocho años. Las leyes de la Corona prohiben el matrimonio entre los funcionarios de su alcurnia y los súbditos que están bajo su Gobierno.

En Chillán Viejo, en una casa que respetó

el terremoto de 1939, que echó abajo a todo Chillán, pero que no respetó la pica demoledora, pues acaba de ser demolida por insalubre, nació el 20 de agosto de 1778, Bernardo O'Higgins Riquelme, destinado a ser el Libertador de Chile. El padre de Bernardo O'Higgins fué el más progresista de los gobernadores que tuvo Chile. Abolió las encomiendas. Fué quien construyó las casitas que todavía ve el viajero que atraviesa la Cordillera, yendo a Buenos Aires, apegado a la tierra, y no por los aires. Fué tan íntegro y progresista este funcionario que el Rey lo nombró Virrey del Perú y Teniente General de los Ejércitos de su Majestad. Sin comprarlo, ni pedirlo, obtuvo el título de Marqués de Osorno.

Con don Ambrosio O'Higgins, el padre del padre de nuestra Patria, termina la Edad Media de Chile y principian los albores del Renacimiento. ¿Qué va a renacer? La independencia que tenían primitivamente los araucanos, pero injertada con una nueva civilización, la civilización greco-romana, la civilización europea, que nos había sido traída por los españoles.

Las mariposas, Bernardo, antes de tener alas, como te lo dicen en tus clases, pasan por un período de sus vidas que es el de crisálida. Este es un período como de sueño, como de muerte; es la edad media de la mariposa; renace después a la vida, al aire, al sol, volando de flor en flor. Así iba a renacer Chile a la vida independiente después de su sueño colonial.

IX

O'HIGGINS, EL LIBERTADOR

ESE niño de que te he hablado, cuyo mismo nombre tú llevas — ojalá te hagas digno de él — ese niño que nació en Chillán Viejo a fines de 1778, creció con el apellido de su madre — Riquelme — sin saber siquiera que era hijo del funcionario más importante de la Corona española en Chile, que fué después Virrey del Perú.

A los diez años, Bernardo apenas sabe leer. Don Ambrosio lo envió a Chillán, entregándoles la misión de educarlo a los padres franciscanos Francisco Javier Ramírez y Blas Alonso. Cuando Bernardo tenía doce años, don Ambrosio lo envió a seguir sus estudios en Lima, donde iba recomendado a un amigo del Gobernador de Chile, Ignacio Blaque. Allí ingresó en el colegio de San Carlos. En 1794, cuando Bernardo tenía sólo diez y seis años, su padre le envió a Cádiz a con-

tinuar sus estudios. Se fué por la ruta de Cabo de Hornos.[1]

Iba recomendado a Nicolás de la Cruz y Bahamonde, comerciante italiano que estuvo radicado mucho tiempo en Talca. Se llamaba "de la Croce", pero españolizó su apellido. Este rico comerciante lo trató con desapego. De allí fué enviado Bernardo a Inglaterra, donde don Ambrosio le asignó para sus gastos la suma de mil quinientos pesos anuales. Nombró de la Croce como sus tutores en Londres a unos industriales dedicados a la fabricación de relojes, que formaban la firma Spencer y Perkins.

Estos eran hombres avaros que trataron de usar más para su provecho que para la educación de Bernardo la pensión que le asignaba su padre. Bernardo tenía diez y siete años. Tomó pensión en casa de una familia, de apellido Eels, en Richmond, pueblo vecino a Londres. Pagaba sesenta libras al año, lo que no era poco. Cuando yo estuve en Londres, casi dos siglos después, pagaba menos por mi pensión, una libra semanal. Allí, en esa pensión, se enamoró de la hija de la dueña de casa, Carlota. Pero a pesar de ser correspondido, no llegaron a casarse.

Luego no consiguió que sus apoderados le dieran dinero, ni lo consiguió tampoco de su tutor, de la Croce. Pasó vida de privaciones. Las cartas que escribió a su padre no recibieron contestación. En Londres Bernardo aprendió el inglés, el francés, dibujo, música, y adquirió gran

afición por la lectura. Pero el gran maestro de Bernardo en Londres no fué un inglés. Fué un venezolano, Francisco de Miranda.

Francisco Miranda es una estrella de otra constelación política de nuestra América, propulsor de la independencia dé Venezuela. Había recorrido toda la Europa, hasta la Rusia, buscando ayuda para la libertad de la América española. Mientras permanecía en Londres, daba clases de matemáticas, y el adolescente Bernardo fué uno de sus alumnos. Este no fué un maestro que le buscara su padre.

Pero el general Miranda fué mucho más que profesor de matemáticas de Bernardo en la brumosa Londres. Fué su profesor de patriotismo. El padre de este chillanejo era un irlandés al servicio de la Corona Española. Pero Bernardo era hijo de nuestra tierra. Era chilenō criollo, mirado en menos, como tal, por los chapetones, por los nobles españoles, fueran españoles nobles o no lo fueran.

O'Higgins, aprendiendo la historia de Albión, supo de la Carta Magna, acta de libertad e independencia, firmada a la sombra de una encina. Bernardo se sentía más de la raza de Lautaro que de la de Ercilla. Fué en Londres, sin embargo, a las orillas del Támesis, no en las riberas del Mapocho, donde recibió su bautismo de patriota, como lo recibiera Cristo a las orillas del Jordán. Francisco Miranda fué el Juan Bautista de Bernardo O'Higgins, que soñaba con fir-

mar a la sombra de una araucaria, la Magna Carta de Chile, la declaración de su independencia.

No una carta, sino un libro tendría que escribirte para presentarte la actuación de Bernardo O'Higgins en Chile, cuando volvió a su patria, su alma encendida con la resolución de conquistar la libertad para nuestra tierra. Con José de San Martín, el argentino-chileno, el argentino-peruano, el argentino-americano, liberó a Chile del dominio español. Toda la vida de O'Higgins estuvo inspirada en su amor a Chile, en su ansia de libertad y felicidad para Chile y en el amor a los ídolos de su hogar, su madre, Isabel; su hermana, Rosa, y su hijo, Demetrio.

O'Higgins no sólo obtuvo la independencia de Chile con su esfuerzo y valor, sino que, siempre ayudado por San Martín, fué a liberar al Perú, estado mayor de las fuerzas españolas que dominaban esta parte de América. O'Higgins, ya Director Supremo de Chile, abolió los títulos de nobleza; fundó escuelas; puso a Chile en libre plática con el mundo. A pesar de los Cabildos, heredados de España, Chile no estaba preparado para un Gobierno democrático, y O'Higgins tuvo que hacer, en cierta manera, un gobierno de fuerza y autoridad. Los opositores a su Gobierno lo quisieron derrocar, y él abdicó de su mando, y pidió se le dejara ausentarse del país. Pero, cuando estaba en el ostracismo, en el Perú, sus propios enemigos

de antes lo llamaban para que volviera a gobernar al país y a poner orden en él. No alcanzó a volver. Murió cuando todo estaba preparado para su regreso.

O'Higgins sería llamado hoy un izquierdista, combatido por los derechistas, y derrotado por ellos. O'Higgins fué un reformador social que combatía las desigualdades sociales. "En 1817 ordenó quitar de las puertas de calle los escudos de armas y las insignias de nobleza; y poco tiempo más tarde, declaró abolidos los títulos de Castilla y las condecoraciones otorgadas por el Rey. Disolvió los vínculos llamados de mayorazgo. Envió a prisión a sacerdotes que se habían mostrado hostiles a la independencia. Autorizó la fundación de un cementerio de protestantes en Valparaíso. Fomentó la llegada de inmigrantes, sin exigir que fueran católicos, y pretendió incorporar al clero, tanto regular como secular, en el rol de los contribuyentes". De todo esto puedes leer con amplitud en el libro de nuestro historiador Domingo Amunátegui Solar, "Historia Social de Chile", cuya lectura te recomiendo para más tarde. A pesar de que O'Higgins llegó a ser un dictador, como Balmaceda, de quien te hablaré en otra ocasión, fué víctima de la clase conservadora de los tiempos de la colonia, de los que deseaban que sus prerrogativas no fueran aminoradas. Fué muy calumniado en su tiempo, como lo son todos los grandes reformadores que hieren los intereses

creados. Pero no se tardó mucho en hacerle justicia.

La estatua de Bernardo O'Higgins, que ves en Santiago, en la Avenida que lleva su nombre, pero que todavía conserva su nombre tradicional de "Alameda", porque era antes de puros álamos, como las de nuestros campos, lo muestra saliendo de Rancagua, donde estuvo sitiado con un puñado de patriotas, ya sin municiones para continuar la resistencia. O'Higgins no pidió parlamento. Irrumpió en su corcel, en medio del ejército español, en una de las más audaces embestidas de la historia, que tendría su igual, cuando Arturo Prat, desde la "Esmeralda", se lanzó al abordaje del gran buque enemigo, en la rada de Iquique. Binomio del heroísmo chileno, grandes intrepideces del patriotismo de que está tan llena la historia de Chile como un limonero de azahares en noviembre.

Estaba herido O'Higgins, con un brazo en receso, en Santiago, cuando San Martín libraba la batalla de Maipú, en las cercanías, y no pudo contenerse, llegando a tiempo al escenario de la gloria para perseguir al enemigo en la batalla que puso fín al dominio español en nuestra patria. Esto fué el 5 de abril de 1818.

Chile tiene que recordar a otros grandes generales que fueron próceres de nuestra independencia, entre ellos a José Miguel Carrera y sus hermanos. Cuando crezcas vas a leer mucho, quieras que no, acerca de la enemistad de José Mi-

guel Carrera y Bernardo O'Higgins. Se acusa a O'Higgins de haber hecho fusilar a los Carrera. Se acusa a los Carrera de haber sido sediciosos contra la autoridad de O'Higgins. Los partidarios de O'Higgins habrían llamado trotzkista hoy a Carrera, con lo que habrían querido decir que era un traidor a la Patria. La enemistad de O'Higgins y Carrera, como la de los Montescos y Capuletos, ha seguido a través de las generaciones, con los hijos, nietos, biznietos, de los héroes y de sus amigos. Todavía hay quienes denigran a O'Higgins. Todavía hay quienes denigran a Carrera. Pero la verdad es que ambos, a pesar de sus ambiciones, de las debilidades humanas que todos hemos tenido y tenemos, eran, primordialmente, verdaderos patriotas chilenos que querían, antes que todo, la independencia de la patria.

Espero, Bernardo, que durante toda tu vida seas un gran lector. Tal vez ahora te imaginas que la meta de tus estudios debe ser tu título universitario. Pero no; ni los programas de tu Escuela, de tu Liceo, de tu Universidad, deben satisfacerte mientras eres un estudiante propiamente tal, sino que debes ser y seguir siendo un estudiante independiente toda tu vida, un lector insaciable, y aun cuando espero que te especialices en alguna rama determinada de los estudios, te recomiendo que leas biografías de grandes hombres, escritas por grandes historiadores. De cada vida tendrás mucho que aprender. De esta

vida de Bernardo O'Higgins que te he esbozado en esta carta, debes aprender, esencialmente, que el amor a la patria debe primar sobre todos tus amores. Y debes recordar que éste no excluye el amor a la familia, como lo ves en el caso de O'Higgins, sino que es una ampliación de él, pues si se ama a la familia, hay que defender su seguridad, su libertad, su dignidad, defendiendo a la patria cuando esta seguridad, esta libertad, esta dignidad están amenazadas. La vida de O'Higgins debes leerla en toda su amplitud. Debes leer aún sus cartas. Y debes leer también la vida de José Miguel Carrera, y aprender esta otra lección que mucho necesitamos los chilenos: que no debemos estar peleando entre nosotros por causas fútiles o mezquinas cuando los grandes intereses del país están en juego.

IX

LOS CHILENOS

A ti te parecerá, Bernardo, lo más natural que así como un manzano da manzanas, un país como Chile debe producir chilenos. ¿Quiénes son los chilenos? Pues los que nacen en Chile. Pero hay chilenos que no han nacido en Chile. Tenemos aún diputados al Congreso que son chilenos y no han nacido en Chile. Y hay muchas personas nacidas en Chile que no son chilenos.

Según nuestra Constitución, es chileno todo el que nace en el territorio chileno. Y se entiende por territorio chileno el país sobre el cual nuestro Gobierno ejerce soberanía, incluyéndose los buques que aun en lejanos mares enarbolan el pabellón chileno, las legaciones, los consulados y embajadas que Chile tiene en el extranjero. Así también, si un niño nace en Santiago,

en la Embajada de un país extranjero, se considera que es extranjero.

Las leyes acerca de nacionalidad son diferentes en los diversos países. ¿Qué importancia tiene el que una persona que vive en Chile sea chileno o no lo sea? Los extranjeros, los no chilenos, tienen las mismas garantías y las mismas libertades que los chilenos. Pero si no se es ciudadano chileno, no se puede votar en las elecciones de congresistas o del Presidente de la República. Tampoco pueden los extranjeros ser elegidos para estos puestos. Tampoco tienen obligaciones que tienen los chilenos, como la de hacer el servicio militar en nuestro Ejército.

¿Desde cuándo viven los chilenos en Chile? ¿De dónde vinieron? Hay muchas creencias en cuanto al origen del hombre. Desde luego, está la creencia religiosa, que nos dice que el hombre fué creado por Dios, en el Paraíso Terrenal, habiéndolo hecho de barro, al cual le dió aliento de vida. Hay otros que sostienen que el hombre es una creatura que ha venido evolucionando de otros animales inferiores. Más tarde, tú te formarás tu propio criterio a este respecto. Pero todas las creencias están de acuerdo en que el hombre no apareció en muchas partes a la vez, sino que tiene un origen común.

Hubo mucho tiempo, millones de años, en que no había hombres ni mujeres en Chile. En realidad, durante millones de años, no había vida de ninguna clase en Chile. Todo lo que exis-

tía era inorgánico. Los hombres de ciencia estiman que la vida principió en nuestro planeta hace mil quinientos millones de años. Todo esto, naturalmente, es difícil, si no imposible, probarlo. Son suposiciones más o menos bien fundadas. Se cree que los primeros hombres propiamente tales se originaron en Asia, en los Himalayas. Esto ocurrió hace un millón de años. Los primeros hombres que vinieron a América, seguramente por Alaska, entraron en este continente unos 8,000 años A. de J. C. Fueron los Colones que descubrieron la América. Los Andes existían hacía ya un millón de años. Aparecieron en la tierra al mismo tiempo que los hombres.

Los hombres que vinieron a nuestro Continente se extendieron por toda América, y viviendo aislados unos de otros, en el curso de muchos miles de años, formaron razas diferentes, con lenguas y costumbres distintas. No hemos de pensar que venían rápidamente, como corriendo carreras de Marathon; ni siquiera que vinieran como vamos nosotros a pie de una ciudad a otra, por placer. Ellos no venían por deporte; venían para evitar el dolor del hambre. No sabían cultivar la tierra. Tenían que buscar su comida como los animales. Cuando se terminaba en una parte, tenían que ir a otra. Por eso los hombres, los primeros hombres mongólicos, fueron extendiéndose por todo este globo nuestro, dejando deshabitados sólo los lugares don-

de no se podía obtener ningún alimento. Fueron hasta las regiones semipolares, donde podían vivir de peces chicos y grandes, y aun de focas.

Así llegaron a Chile los primeros chilenos, de los cuales sabemos muy poco. Te aconsejo que cuando crezcas leas acerca de estas cosas libros muy interesantes que se han escrito. Aunque ninguno de esos hombres primitivos podía dejarnos libros, ni memorias, ni piedras talladas con inscripciones, han dejado, sepultados en nuestra tierra, huesos de sus propios cuerpos, y algunas herramientas de piedra que usaban. Pero con esos pocos mensajes mucho se ha podido aprender acerca de ellos, y mucho más se aprenderá.

La lista de las razas chilenas, que fueron amos de este territorio antes de la llegada de los españoles, es larga. Se han hallado en la provincia de Concepción restos fósiles de hombres prehistóricos, contemporáneos de los mastodontes, ahora extinguidos. Se han hallado hombres de la época paleolítica, o sea de la piedra tallada, y hombres de la época neolítica, o sea de la piedra pulida. Del Perú entraron hombres en Chile, hasta Pisagua, allá por los Siglos V y VI de nuestra era. Hasta el río Limarí entraron otros, allá por el Siglo IX. Los atacameños florecieron en su apógeo en el Siglo XII. Largo sería que continuara haciéndote la relación detallada de todos los pueblos que invadieron a Chile. Quiero que te quede en la mente esta

verdad: Chile estuvo poblado por muchos pueblos antes de que fuera invadido por los incas primero y por los españoles después. Los aborígenes que han influído de una manera más perdurable en nuestra nacionalidad, son los atacameños en el Norte y los araucanos en el Sur.

No somos una raza pura. No hay razas puras en el mundo. Ni hay ventaja alguna en que haya razas puras. La guerra actual se libra, en parte, con la bandera de que una raza que se cree superior debe dominar a las razas que cree inferiores. Pero puede comprobarse científicamente, y prácticamente, que no hay razas intrínsecamente inferiores y razas intrínsecamente superiores, sino que unas razas, de una especie común, la especie humana, están más evolucionadas, y otras están menos evolucionadas. Pero una raza atrasada podría ponerse al día en su adelanto mental en menos de cincuenta años.

XI

UNA PAGINA DE LA GUIA DE TELEFONOS DE SANTIAGO

TIENES, Bernardo, muchos textos de estudio, sin duda: de lectura, de gramática, de aritmética, de historia. Pero, hay un libro que está en tu casa desde que naciste — desde antes — y del cual se publican nuevas ediciones todos los años, libro que jamás se te ha ocurrido estudiar, sino sólo consultar de cuando en cuando, para buscar un número. Te estoy hablando de la Guía de Teléfonos de Santiago. Allí no están, como en tus libros de historia, los nombres de Lautaro, Caupolicán, Ercilla, Almagro, Valdivia, Camilo Henríquez, O'Higgins, Carrera, Portales, Prat, Vicuña Mackenna, Bulnes, Balmaceda. Algunos de estos nombres están, pero son de los nietos de los que figuran en tus libros de historia. La Guía de Teléfonos de Santiago, la que está ahora en tu casa, contiene sólo nombres de personas que viven actualmente.

Tomemos una página al azar, la página 75. Estos son los apellidos que encontramos: Guerrero, Guerris, Guerrucci, Guesalaga, Guevara, Guggenheim, Guglielmana, Guglielmetti, Guichetti, Guichou, Guideri, Guidugli, Guignard, Guijón, Guilisasti, Guiloff, Guillard, Guillaud, Guillemaux, Guilleux, Guillier, Guillou, Guimpert, Guinesta, Guinquis, Guinerman, Guiraldes, Guisado, Guiser, Guitart, Guldman, Gumpertz, Gumucio, Gundel, Gundelach, Gundián, Gundlach, Güngerich, Gunn, Günther, Gupitte, Gurau, Gurfinkel, Guridi, Gurovich, Guruchaga, Gurrieri, Gusovius, Gutiérrez, Gutkin, Gutman, Gutoviez, Guttmann, Gutwillig, Guy, Guyot, Guzmán.

¿Qué te llama la atención en esta lista? No tienes que ser extremadamente observador para percatarte de que casi todos los apellidos que te he señalado son extranjeros. No creas que he escogido una página especial, en la que predominen los apellidos extranjeros, como habría sido si hubiera escogido una página de las letras "H" o "K". Con "G" principian muchos apellidos que son netamente chilenos: Gómez, García, González, Godoy, Gana, Gálvez, Gajardo, Gacitúa, Gaete, Guzmán, Gutiérrez, Guerra, Grez, etc., etc. Cualquiera que sea la página de la Guía de Teléfonos que consultes, tendrá que sorprenderte el extraordinario número de apellidos extranjeros, no araucanos, no españoles, sino de los países de toda la rosa de los vientos.

Si tomas en cuenta que en la Guía de Teléfonos están los hombres más representativos, en el mundo social, industrial, comercial, llegaremos a la conclusión de que los extranjeros que residen en Chile son poderosa fuerza de su progreso.

Pero ¿son extranjeros todas estas personas cuyos nombres son extranjeros? Muchos de ellos no lo son más que los Edwards, los Mac-Iver, los Vicuña Mackenna, los Subercaseaux.

Chile se hace cada vez más un crisol de pueblos, un crisol de razas. Y esto es una garantía para nuestro progreso. Las civilizaciones humanas no han nacido ni crecido en las soledades, en los aislamientos. En el valle del Nilo, donde convergieron tantos pueblos, brotó una civilización superior. El intercambio de ideas, el roce de unos pueblos con otros, es levadura que hace fermentar la civilización. Los pueblos que han vivido aislados, como los fueguinos de Chile, y otras razas de Colombia y Brasil, que todavía viven enclaustrados en sus selvas, no han tenido ocasión de progresar.

En nuestro Chile, cuantos más pueblos distintos estén representados en su seno, cuantas más razas haya, tanto mejor para nuestro progreso. Estos "extranjeros" una vez que se radican en nuestro suelo, dejan de ser "extranjeros". Ellos mismos se hacen chilenos, o sus hijos. Pasan a formar parte de nuestra nacionalidad, de nuestra chilenidad. ¿No fué un hijo de extranjero, de don Ambrosio O'Higgins,

que recibió en la pila bautismal el mismo nombre que llevas tú, Bernardo, el padre de nuestra Patria? No era araucano. No era totalmente de descendencia española. Su padre era de Irlanda. ¿Y qué no hizo él por Chile? Ya te he hablado de él. Sólo quiero en esta carta ponerte de relieve el hecho de que debes mirar con tanto respeto al chileno como al extranjero que está radicado en nuestro país. Algunos dicen que les hacemos el favor de recibirlos en nuestra tierra para que se ganen aquí el pan, Pero la verdad es que ellos nos ayudan a ganarnos nuestro pan. Ellos nos ayudan a construir nuestra civilización chilena. Ellos son pedazos de Chile, como tú. A ellos les debemos gran parte de nuestro progreso.

Si con el torpe chovinismo de nuestros días, que le hace creer a un país que es el pueblo superior del universo, o con el espíritu del Chile colonial que imponía España en nuestro suelo, llegáramos a expulsar a los extranjeros de Chile, le daríamos un golpe de muerte a la civilización chilena, haríamos retroceder a nuestro país cien años en lo que se refiere a su progreso material y espiritual.

Tenemos en Chile, como en otros países, palabras denigrantes para designar a los extranjeros. A los del oriente los llamamos "turcos" en sentido despectivo; a los ingleses, y norteamericanos, "gringos"; a los franceses, "gabachos"; a los italianos "bachichas". Si alguno

extranjeros nos miran con desprecio es, principalmente, porque nosotros los miramos con desprecio a ellos. Ponte al frente de un espejo y sonríe. ¿No te sonríe el espejo? Frunce el ceño. ¿No te frunce el ceño el espejo? Como tú mires a los otros serás mirado.

En especial, sistemáticamente, se hace ahora en Chile una campaña contra la colectividad judía. Cuando se quiere insultar a un chileno avaro o codicioso se le llama "judío".

Ha nacido entre nosotros, sólo recientemente, el antisemitismo, que quiere decir odio y persecución a los hombres de raza judía. Debo inocularte desde niño contra este prejuicio, dañino e injusto, que tanto se ha extendido en otros países, y para ello principiaré por decirte que muchos de los patricios chilenos son de descendencia judía, de españoles judíos que vinieron de España a poblar a América.

El 30 de marzo de 1492 los soberanos españoles decretaron la expulsión de los judíos de todos sus dominios. Cristóbal Colón escribió en el relato de su primer viaje a América: "El mismo mes que sus Majestades publicaron el edicto, ordenando que todos los judíos fuesen expulsados del reino y de sus territorios, ese mismo mes diéronme la orden de emprender con suficientes hombres mi expedición de descubrimiento a las Indias". La expedición de Colón al Nuevo Mundo fué en gran parte, una empresa judía. Se cree aún que el propio Colón era judío cristia-

nizado. La expedición fué posible, no como dicen las historias escolares, con el producto de las joyas empeñadas de Isabel la Católica, sino principalmente, con el dinero que prestó Luis Santángel, judío. A él se debió, más que a ninguna otra persona, que la Reina prestara oídos a los proyectos de Colón. Gabriel Sánchez, "judío por los cuatro costados", fué otro de los que patrocinaron a Colón. Otro fué Alfonso de la Caballería. Todos éstos eran altos funcionarios de España. Entre los que hicieron la aventurada expedición estaban Alonso de la Calle, Rodrigo Sánchez, Luis de Torres, Rodrigo de Triana, todos judíos, el último de los cuales fué el primer europeo que avistó las tierras de América. Largo sería que te diera nombres de estos primeros judíos que llegaron a América y que son nuestros tatarabuelos. Baste decirte que fueron tantos los judíos en América, y en Chile, que luego se estableció la Inquisición contra ellos en México, en Lima y otras partes. Un judío chileno, el médico Francisco Maldonado de Silva, establecido en Concepción, se hizo cristiano; pero su hijo, que tomó la religión que abandonaba su padre, fué condenado por la Inquisición en Lima.

No puede negarse que algunos pueblos tienen ciertos rasgos característicos generales, comunes a todos, ciertas costumbres. Nos choca todo aquello a que no estamos acostumbrados. Encontramos más natural todo lo que hacemos

y hacen nuestros familiares, amigos, compatriotas, y encontramos ridículo y censurable lo que hacen en otros países, que no hacemos nosotros. En una ocasión, en China, un norteamericano asistía a una ceremonia fúnebre—dice una historia— y este hombre que estaba acompañado de un chino, muy culto, que se había educado en los Estados Unidos, le dijo a su acompañante, cuando vió que ponían arroz en la tumba del fenecido:

—¡Raro! ¿creen estas personas que el muerto se va a levantar a comer el arroz?

—Y en su país,—le contestó el chino,—cuando ponen flores en el féretro de los difuntos ¿creen acaso que los muertos van a levantarse a olerlas?

Todas nuestras costumbres tienen sus raíces en los tiempos lejanos; y muchas de ellas son comunes a todos los pueblos, a todas las razas. ¿Sabes tú de dónde viene la costumbre de darse la mano dos personas que se saludan? Viene de tiempos muy antiguos, en que los hombres desconfiaban unos de otros, y era necesario extender la mano para mostrar que no se empuñaba arma alguna. ¿Sabes de dónde viene la costumbre que hace que el novio tire monedas a los chicuelos que acuden a la ceremonia matrimonial, en la calle? De que, antes, los novios compraban a sus esposas.

El noventa y nueve por ciento de nuestro modo de ser es el mismo para todas las razas

humanas. Nuestra contextura física, nuestro sistema óseo, circulatorio, digestivo, cerebral, son los mismos. Y es natural que sea así, pues todos pertenecemos a una misma especie. Hay diferencias de educación, diversos grados de evolución, lo que significa algunos hábitos diferentes. Pero no es necesario que todos tengamos los mismos hábitos. No es necesario que todos tengamos las mismas costumbres. Como no es necesario que todos tengamos la misma religión. Los hombres han luchado en el pasado por imponer sus hábitos, su religión, a todos los demás hombres. De ahí las guerras religiosas de antaño. Nuestra América fué conquistada en parte, por los Reyes Católicos, para imponer el catolicismo a los indios.

Pero el mundo ha aprendido mucho desde entonces. Ha aprendido que los hombres pueden vivir en comunidad, aun teniendo diversas religiones, lo que hoy se permite, y antes no se permitía en Chile. También pueden tener diversos hábitos, diferentes costumbres, y vivir en sociedad en paz, bienestar y felicidad para todos.

Esto quiero dejar bien claro en tu mente: Chile es tierra para todos los que desean venir a trabajar con nosotros, a labrar aquí su felicidad, contribuyendo a incrementar la nuestra. Esperamos, sí, de los extranjeros que se vienen a vivir definitivamente con nosotros, que respeten a Chile, que amen a Chile, y que trabajen por Chile, como debemos hacerlo los chilenos.

Porque son parte de Chile. Porque Chile se ha expandido; porque la raza chilena está siendo cada día más una amalgama de todas las razas del mundo. Tanto es así que han sido mandatarios supremos de nuestro Chile, hombres con apellidos extranjeros, irlandés como O'Higgins; catalán, como Montt; italiano, como Alessandri.

XII

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION ES LA HISTORIA DEL AHORRO

En términos generales, pero con muchas excepciones, cada uno cree que lo que más importa en la vida es aquello a que en especial se dedica. Un militar cree que la historia humana es la historia de las guerras. Aquiles, Aníbal, Alejandro el Magno, Julio César, Napoleón, Wellington, Bismarck, son para ellos, jalones de la historia. El sacerdote cree que la religión debe ser la guía sobre la cual se debe escribir la historia, tal como se escribe un vals sobre una pauta de música. Cristo, los Doce Apóstoles, Santo Tomás de Aquino, San Agustín, Santa Teresa de Jesús, son, para él, las gradas de la historia. Los hombres de ciencia consideran que son otros los factores que alumbran la senda del progreso humano. Arquímedes, Galileo, Newton, Darwin son, para ellos, los faros que iluminan las avenidas del progreso.

Pero yo te digo que, por encima de todo esto, la historia del progreso humano es la historia del ahorro. Mientras el hombre vivía al día, de las plantas silvestres y de los animales salvajes, comiéndolos crudos, como los encontraba, como viven los animales herbívoros y los carnívoros, sin guardar nada, sin ahorrar nada, sin atesorar nada, era un salvaje, un animal silvestre, que iba de un punto a otro sólo en busca de su alimento inmediato. Pero cuando principió a hacer algo que durara, algo que pudiera guardar, un bote y remos, para pescar en el mar; una choza donde vivir; una herramienta con que trabajar, entonces, sólo entonces, comenzó a progresar; sólo entonces comenzó la historia de la civilización humana.

Quiero que entiendas esto bien claramente, porque es importante. Imagina que, a diferencia de los animales que los rodean, un grupo de hombres y mujeres primitivos, muy primitivos, salvajes, han aprendido a lanzar piedras a la distancia. Ya eso, de por sí, es un paso de progreso. Fuera del hombre, no hay otros animales que puedan lanzar dardos a la distancia. Supongamos que estos hombres ocupan todo el día lanzando piedras a pájaros que llegan a su vecindad, para procurarse alimento. Muchas veces yerran en su puntería. Alguien inventa un arco para disparar. Esto es mucho más preciso que la mano desnuda. Esta es un arma, una herramienta, en verdad, que hace su trabajo más

fácil. Y, lo que es más, esta herramienta, una vez usada, se puede usar otra vez, y la pueden usar varias personas sucesivamente. Y puede pasar su propiedad de padres a hijos. Este acto de guardar la herramienta, para usos posteriores, es un acto de economía, de ahorro. Como lo es la construcción de un bote, de una choza. ¿Comprendes?

El viaje de Almagro a Chile, de que te he hablado, no logró iniciar siquiera la civilización en nuestro suelo, porque ni él ni sus hombres hicieron nada durable, nada que se pudiera conservar, guardar, ahorrar, economizar, en nuestro suelo. En su jira temeraria esos hombres vivieron al día, como los animales, de la caza, de los frutos silvestres, de la rapiña. ¿Por qué decimos que la civilización española nació aquí con Pedro de Valdivia? Porque él principió a construir en nuestro suelo algo que se conservaba, que se guardaba, que se economizaba, que se ahorraba. Algo que se salvaba. ¿Sabes tú cómo se dice "ahorrar" en inglés? Se dice **"to save"**, palabra que significa también "salvar". Ve la diferencia que hay en los dos casos siguientes: Una familia tiene un manzano y se come todas las manzanas que el árbol produce tan pronto como han madurado. Otra familia tiene varios manzanos, consume lo que necesita, y guarda una buena partida para cuando ya el árbol no da manzanas. ¿Qué ha hecho esta segunda familia? Ha salvado — del consumo inmediato — ha economizado, ha

ahorrado, muchas manzanas, que podría comer después cuando estuviera produciendo otras cosas.

Creo que ya vas comprendiendo por qué te digo que la historia de la civilización es la historia del ahorro. Pero esto tengo que explicártelo todavía con mucho más claridad.

En mis cartas, como quiero darte una idea general, de conjunto, de la significación que tiene tu vida, del papel que desempeñas en el infinito panorama de la existencia, principié por hablarte del universo en su totalidad. Después, de la Tierra, después de Chile, que es el proscenio inmediato de tu vida. Pero la civilización humana no nació en Chile, y tenemos que abarcar otra vez toda la tierra para entender esto de que la historia de la civilización es la historia de la economía.

Tú has oído hablar de "civilización" y de "cultura". No son la misma cosa. Cultura significa cultivo del espíritu con fines netamente idealistas. Una persona culta es una persona cultivada. Una persona culta se diferencia de una persona inculta, lo mismo que un terreno abrupto se diferencia de un campo regado, cultivado. Una persona culta sabe mucho de historia; conoce bien su propia lengua, y además lenguas extranjeras; conoce bien la historia de su patria y de otros países; tiene conocimientos generales de todas las ciencias; sabe apreciar el arte en todas sus manifestaciones, música, poesía, litera-

tura en general, pintura, escultura, arquitectura, y demás expresiones de la belleza. La cultura no es opuesta a la civilización. En verdad, no puede haber civilización sin cierta dosis de cultura.

¿Qué es civilización? me preguntarás. Y te diré que es el aprovechamiento de los recursos y las fuerzas naturales para hacer más fácil la vida del hombre, con mejor salud, con más tiempo para pensar, para estudiar, para recrearse, para cultivar el arte y la belleza en todas sus formas. Si estos recursos se aprovechan sólo para matar el hambre del momento, sin guardar nada, sin construir nada que haga más fácil y fecundo el trabajo de mañana, como ocurre con los animales, no hay civilización.

Cavando la tierra, en diversas partes del planeta, se han encontrado muchos restos de vida de los siglos pretéritos, aun de miles de años atrás. Si encontramos simplemente restos de animales, como el milodón de la cueva de este nombre, del Sur de Chile, no decimos que hemos encontrado restos de una antigua civilización. Si encontramos aún restos de hombres antiguos, tampoco decimos que hemos encontrado los restos de una civilización. Pero si encontramos restos de utensilios, fabricados por el hombre, por muy rudimentarios que sean, decimos, con propiedad, que hemos encontrado los restos de una civilización antigua. ¿Por qué? Porque lo que caracteriza a una civilización es lo que el hom-

bre hace, lo que el hombre puede guardar, lo que el hombre puede economizar.

Tú te maravillas de algunos de los sorprendentes adelantos de la ciencia aplicada: el teléfono, el cine, lá radio, el aeroplano. Con ser muy grandiosas estas conquistas, y con la debida admiración para los hombres como Bell, Edison, Marconi, los hermanos Wright, que las hicieron posibles, si llevas tu imaginación a los tiempos prehistóricos, cuando el hombre vagaba todavía como los animales salvajes, cuando no había bibliotecas, libros, diarios, cuando apenas se principiaba a aprender a hablar, habrás de admitir que hicieron esos hombres descubrimientos de importancia trascendental. Hoy es lo más sencillo para tí crear la luz en tu pieza, con sólo apretar un botón, o crear una llama con solo frotar un fósforo. Pero el hombre primitivo no sabía del fuego sino cuando lo veía en incendios provocados por rayos o en erupciones volcánicas. El fuego es necesario para la vida. Se le necesitaba para iluminar la noche; se le necesitaba para ahuyentar a las fieras salvajes. Después se le necesitó para cocer la comida. Y más tarde todavía para fundir los metales, para las máquinas a vapor, para los trenes, los barcos. Antes de que el hombre aprendiera a producir el fuego por medio del frotamiento de dos trozos de madera, y del eslabón y el pedernal, descubrimientos maravillosos sin los cuales no se habría podido crear la civilización, el hombre se ingenió para conservar

el fuego, para mantenerlo en alguna parte siempre encendido, de manera que de allí se pudiera llevar para donde se le necesitara, por medio de teas. El primer fuego así conservado, fué la primera caja de ahorros de la humanidad.

Todavía hoy, para no tener que hacer fuego cada mañana, en muchas partes, en los braseros, y en otras partes, en las estufas de carbón, se dejan en la noche brasas encendidas, cubiertas con cenizas, que se descubren en la mañana siguiente, y sobre las cuales se pone nuevo carbón para que continúe el fuego de la víspera. Los antiguos romanos veneraban a una diosa, Vesta, que era la diosa del hogar. Las vestales, o sacerdotisas de Vesta, que hacían voto de castidad, se consagraban a mantener día y noche el fuego sagrado sobre el altar de la diosa. Quien las ultrajara tenía la pena de muerte. Cuando aparecían en público, todos les cedían el paso respetuosamente. Si algún reo, al ser conducido al suplicio, encontraba en su camino a una vestal, por ese solo hecho se le concedía la gracia de librarlo de su pena. Creo yo ver en esto una idealización de ese primer deber del hombre de conservar el fuego, cuando sólo se le podía obtener como un don del cielo, en medio de tempestades de truenos y relámpagos o de erupciones de los volcanes.

Pero volvamos a Chile. ¿Comprendes ahora lo que significó el que Inés Suárez economizara los huevos de la única gallina que quedó en San-

tiago, después de ser arrasada la ciudad por los araucanos? ¿Comprendes que al ahorrar ella los huevos para empollarlos, estaba proveyendo para el futuro, estaba economizando? Inés Suárez fué, en realidad, la primera directora de una Caja de Ahorros Nacional para Chile. Porque lo que se hizo con los huevos, se hizo con el trigo y con el maíz.

Y todo lo que Pedro de Valdivia y sus hombres fueron construyendo en Santiago y las otras ciudades que fundaron: casas, puentes, canales, todo lo que construían para que sirviera más tarde, todo lo que ahorraban, era la base de la civilización que estaban edificando. Eran los cimientos de la civilización chilena.

Pero a ti te hablan, Bernardo, de la necesidad de economizar, de ahorrar, dinero. Y debo explicarte qué es el dinero, y para qué sirve, y qué papel ha desempeñado en la marcha de la civilización. Esto lo dejo para mi próxima carta.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XIII

HISTORIA Y SIGNIFICACION DEL DINERO

EN los Estados Unidos, la casa del Gobierno, en Washington, se llamó la **Casa Blanca**. En Argentina, en Buenos Aires, se llamó la **Casa Rosada**. En Chile, en Santiago, tú lo sabes, se llamó **La Moneda**, iniciada en 1726, y terminada en 1821 por Bernardo O'Higgins. Se llamó así porque allí se acuñaba la moneda. Ves, pues, la importancia que se le daba al dinero en Chile desde el principio de su vida.

Tu papá, Bernardo, te da un peso cada domingo para que lo gastes en golosinas. ¿No es así? Cuando yo era niño mis padres me daban cinco centavos. ¿Te dan a ti, veinte veces más de lo que me daban a mí? No lo creas. Con un peso tú puedes comprar ahora unas cuatro frutillas. Con cinco centavos yo compraba entonces un centenar. Valían más los pesos de entonces que los de ahora. Y antes valían más todavía.

Ya te he dicho que en los primeros años de la vida colonial chilena una vaca costaba tres pesos.

Este problema del dinero, que te dicen economices, es muy complicado. Muchos hombres grandes, muchos hombres de alta cultura, no lo entienden. Te lo voy a explicar porque es muy necesario que lo comprendas.

El dinero es una invención del hombre. Los animales no tienen dinero. Los hombres primitivos tampoco. El hombre principió a economizar, a ahorrar, en el sentido que te mostré en mi carta anterior, mucho antes de que hubiera creado el dinero.

Te hablé en mi carta anterior de un hombre que producía tantas manzanas que no las podía consumir su familia tan pronto como habían madurado, y que guardaba muchas de ellas para consumirlas cuando ya sus árboles no produjeran manzanas. Supón que producía tal abundancia de ellas, que no las podía consumir toda su familia durante todo el año, y que los manzanos daban nuevos frutos cuando quedaban todavía muchos de la cosecha anterior. ¿Qué sería lo natural que hiciera con las manzanas que le sobraban? Podía dejarlas podrirse, pero esto sería muy torpe, porque estaría perdiendo el fruto de su trabajo. Podría regalarlas; pero como él necesitaba otras cosas, otras frutas que no producía, y otros artículos que no fabricaba, sería mejor cambiar sus manzanas por higos, por maíz, por zapatos. Y esto fué lo que se

principió a hacer antes de que existiera el dinero. Se cambiaban unos productos por otros.

En tiempos muy antiguos, los fenicios, faltes — buhoneros — del mar, llevaban a Grecia sus productos, cambiándolos por otros. Aunque metal estampado hacía las veces de dinero desde tiempos muy anteriores, en China, y aunque se usaban formas primitivas de dinero entre el Tigres y el Eufrates, casi todo el comercio, hasta los tiempos de Grecia, se hacía por medio del trueque de unas mercaderías por otras. Como unidad de medida se usaba con frecuencia el ganado. Nuestras palabras "pecuniario", "peculio" vienen de **pecus**, que significa "ganado". Pero esclavos se usaban también como moneda.

Desde el momento en que hubo cambio de unas mercancías, de unos productos, por otros, se hizo indispensable un sistema monetario. Voy a explicarte por qué. No habiendo dinero, tiene que cambiarse una mercancía por otra, en forma tal que no puede establecerse la equivalencia de valores. Supón que tú haces muchos volantines, que quieres cambiar por trompos que hace otro niño. Tú y él pueden llegar al acuerdo de que un volantín equivale a un trompo, y los cambios, los trueques, no serían difíciles. Pero supone que quieres pagar tu pasaje en un tranvía con tus volantines. No puedes hacerlo, en primer lugar porque la empresa de Tracción Eléctrica no necesita volantines, y en segundo lugar, porque aun necesitándolos, ¿cómo paga-

rías tu pasaje? ¿Con un volantín? ¿con medio volantín? Y los que producen zapatos no podrían comprar con ellos pan ni mantequilla, ni azúcar, ni arroz.

La invención del dinero significaba, pues, la reducción de los valores a un común denominador. Tú sabes lo que es esto, porque te lo han enseñado en la escuela. Tienes que reducir las fracciones a un común denominador para poder sumarlas. Tenemos que reducir el valor de las cosas a un común denominador para cambiar unas por otras.

Este común denominador no fué, al principio, ni una moneda de metal ni un billete. Conchas del mar, semillas de cacao, pedazos de cuero, a los cuales se les asignaba un valor determinado, fueron monedas que servían para las transacciones. Aun en nuestros tiempos hay monedas de níquel, de cobre, de plata, de oro.

Fueron los griegos los que crearon la moneda, tomando pequeños pedacitos de metal, dándoles un tamaño y un peso determinados, e imprimiendo sobre ellos el sello que les daba la autoridad del Estado. Las primeras monedas eran burdas, toscas; pero el instinto artístico de los griegos los inspiró para hacer monedas de tal belleza que no han sido superadas hasta ahora.

Esta invención de la moneda, que después se hizo de billetes de papel, con la garantía de bancos particulares primero y del Estado des-

pués, es una invención de una importancia decisiva para el progreso de la humanidad. Esto hizo posible que se pudieran no sólo hacer todas las transacciones comerciales, los cambios de unos productos por otros, sino también acumular, ahorrar lo que se produce, en forma tal que no se deteriora —salvo el caso de que se altere el valor de la moneda, lo que puede impedirse, como te lo mostraré más adelante— y que puede cambiarse en cualquier tiempo por cualquier cosa.

Porque existe el dinero, no es necesario que los hombres que quieren ahorrar para aprovechar el producto de su esfuerzo, ahora o después, en otros trabajos, guarden los productos mismos que elaboran, sino que lo guarden en forma de dinero. Podríamos decir que el dinero es esfuerzo en conserva, almacenado, como la energía eléctrica en un acumulador.

Porque existe el dinero, se pagan con él los sueldos y salarios. El obrero que trabaja en una fábrica de sacos o de medias, no es pagado con sacos o medias, sino con dinero, con el cual puede comprar lo que que quiera, siempre que su valor no sea superior a su salario.

Como tú ves, el dinero, propiamente tal, no es riqueza. Es, en cierta manera, como el receptáculo en que se guarda la riqueza, así como una botella no es el vino, sino el receptáculo en que se guarda el vino. Pero cuando tú economizas,

cuando tú guardas, cuando tú ahorras un peso, estás almacenando tu esfuerzo, si tú has ganado ese peso con tu trabajo, con tu esfuerzo. Y es importante que tú guardes ese peso, hoy uno, mañana otro, y así sucesivamente, porque con un peso no puedes hacer mucho, y con muchos pesos puedes hacer más: comprarte algo de mayor valor que hayas de necesitar más tarde, o puedes usar ese dinero para cuando te haga falta porque no puedes trabajar.

Y ese dinero que economizas ¿dónde debe guardarse? Ese dinero que economizas tú y economizan todos los demás niños de Chile ¿dónde debe guardarse? Ese dinero que todos los chilenos economizan ¿dónde debe guardarse? ¿Debe esconderse en un cofre? No; ese dinero, que es esfuerzo acumulado, puede servir a otros para trabajar y producir. Es decir, cuando tú ahorras dinero, si lo pones en la Caja de Ahorros, que es un banco que presta dinero al que lo necesita para su trabajo, no sólo te estás sirviendo a ti mismo, sino que estás sirviendo a otros: estás sirviendo a la prosperidad, al progreso de tu país. Y tú ganas porque te pagan intereses.

Habrás oído decir muchas veces que el país necesita capitales para el desarrollo de sus industrias. El capital no se puede crear, por obra de gracia, como con una varilla mágica. Se cuenta que un gobernante de México, Pancho Villa para tener más dinero lo mandó hacer en abundancia a unos impresores. Hizo imprimir millo-

nes y millones de billetes, y cuando se trataba de pagar este trabajo, quiso hacerlo con los mismos billetes que había hecho imprimir; pero los impresores no quisieron recibirlo. ¿Por qué? Porque el dinero así impreso, a destajo, sin control, sin responder a una necesidad, sin estar respaldado por valores reales, no tenía valor. El dinero sólo tiene valor si es representativo de productos que se pueden adquirir con él. Para esto es necesario que haya en el país sólo tanto dinero como se necesita para las transacciones comerciales de ese país. Si lo hay en exceso, el valor de ese dinero baja. Si hay escasez de dinero, éste vale más. Aun cuando el dinero en circulación sea de monedas de oro, éstas valdrán más o menos según si hay abundancia o escasez. Es a los Gobiernos a los que corresponde fijar y conservar el valor del dinero.

El dinero sirve no sólo para los negocios que se hacen dentro del país, sino para comprar lo que necesitamos fuera del país, lo que nosotros no producimos. Pero en este último caso no enviamos el dinero al exterior. Simplemente se anota en la contabilidad de cada país—lo mismo que en el banco donde tu papá tiene su cuenta— cuánto dinero le debe uno a otro país por la mercancía, los productos de la tierra, o los servicios que ha recibido.

XIV

NO SE PUEDE CONSUMIR MAS DE LO QUE SE PRODUCE

IMAGINA que sales con tu padre y tus hermanos, y unos arrieros, a hacer una excursión por la Cordillera, por parajes desolados, donde ustedes se proponen pasar el verano, a solas con la naturaleza bruta. Como saben que allí no van a encontrar recursos, cargan unas mulas con lo que van a necesitar para su consumo. Llevan harina, para hacer pan; llevan frejoles, charqui, té, azúcar, sal, y todo lo que creen les va a ser indispensable. Imagínate con tu familia, y los arrieros en esas alturas de tres mil metros, durmiendo bajo carpas y comiendo de los víveres que han llevado. Ustedes tenían provisión de alimentos para cuatro semanas; pero hubo dificultades para la vuelta, por el crecimiento de algunos ríos, que no podían vadear y tuvieron que estar lejos de todo centro poblado más tiempo del previsto.

El alimento principia a agotarse. Tu papá ha reducido las raciones, para que alcancen hasta que lleguen donde puedan procurarse más. Tú, y un hermano tuyo, que no tienen la clarividencia del padre, protestan, y piden más pan. Pero aunque ustedes lloren y griten, el papá no les da más pan, y les explica por qué: porque hay tal escasez, que si se lo comen inmediatamente, con los demás alimentos, no tendrán nada para más tarde, y es preferible comer menos cada día, que pasarse varios días sin comer nada.

Esto, Bernardo, tienes que comprenderlo: no se puede consumir más de lo que se tiene. Algo parecido ocurría en Chile en los tiempos de Pedro de Valdivia. Inés Suárez tenía unos pocos huevos. Pero ni ésos los repartía entre los conquistadores, porque, si los consumían, no iban a tener después huevos para nadie. Había que empollarlos para tener más gallinas y más huevos más tarde. Y aun cuando después hubo más huevos, no se podían repartir todos entre los conquistadores, porque había que guardar algunos para empollar.

Con lo anterior quiero ponerte en claro lo que es una verdad de Pero Grullo: no se puede consumir más de lo que se tiene. Y no sólo eso; hay que guardar una parte de lo que se tiene para el consumo de mañana, mientras se esté tratando de obtener nuevos productos. Este problema tan trivial, tan sencillo, adquiere los contornos de grandes conflictos

sociales cuando, en vez de tratarse de una excursión de tu familia a la Cordillera, o del establecimiento de los primeros colonos en Chile, se trata de las grandes masas obreras y de sus salarios. Lo que obscurece este problema en los grandes conflictos obreros, con sus huelgas, a veces sangrientas, es la intervención del dinero, que ofusca a muchos que no comprenden la misión que desempeña, que ya te expliqué en mi carta anterior. Si se tratara de repartir lo que se produce, si se ve cuánto se ha producido, y se cuentan las bocas que deben consumir, se sabe bien cuánto le corresponde a cada uno. Pero si lo que se reparte es dinero y no mercancía, se cree que la solución, para dejarlos contentos a todos, es repartir más dinero. Pero ya te he explicado que el dinero que no representa valores reales de nada sirve. Cuánto más dinero se reparta en estas condiciones, menos se podrá comprar con él, menos valdrá.

Si el valor total de lo que se produce en Chile es, digamos, de unos diez mil millones de pesos, es evidente que en tal caso no se pueden repartir en sueldos y salarios, más de diez mil millones de pesos.

Pero ¿se pueden invertir diez mil millones de pesos, es decir, el total de lo que se produce, sin correr el riesgo que habría corrido Inés Suárez al repartir todos los huevos que ponía la única gallina que había en Santiago?

No se puede tampoco invertir en salarios,

para comprar artículos de consumo, todo lo que se produce, por varias razones: en primer lugar, la maquinaria que produce los artículos se desgasta y hay que repararla y en parte reemplazarla. Hay que montar nuevas maquinarias para producir más en el futuro, tanto porque aumenta nuestra población como porque cada nuevo día debemos ir mejorando nuestro nivel de vida —standard de vida lo llaman— lo que significa consumir más.

Este problema de la distribución de lo que se produce, en forma de sueldos y salarios, es de suma importancia, porque, en último término, todo el dinero que circula se convierte en sueldos y salarios. ¿Que no? ¿Que hay hombres que acumulan fortunas y que no la reparten en salarios? Imposible. Supongamos que un millonario, que tiene varias fábricas, gana mucho dinero. ¿Qué hace con este dinero? ¿Lo guarda? Si guarda sus ganancias líquidas, seguramente no las esconde en un cofre, sino que las conserva en un banco. ¿Qué hace el banco con este dinero? Lo presta a otros industriales o empresarios que pagan sueldos y salarios con él. ¿Que no lo guarda? ¿Que monta nuevas fábricas? Entonces paga nuevos salarios. ¿Que no todo el dinero lo gasta en salarios, porque al montar nuevas fábricas tiene que construir edificios, y comprar acero, cemento, madera, pintura, etc?. ¿Pero no tienen que pagar sueldos y salarios los productores de cemento, de acero,

de madera, de pintura? Supongamos, todavía, que ni guarda el dinero ni lo invierte en nuevas instalaciones, sino que lo consume en lujos, en edificar un palacio para su familia, en automóviles, en dar banquetes. Pero todo esto, ¿no se convierte, en último término en salarios?

Cuando se trata de comprar automóviles u otros artículos importados, es cierto que los salarios no se pagan directamente en Chile; pero también es cierto que, en último término, los salarios equivalentes vienen a invertirse en nuestro país, porque nosotros pagamos en el extranjero por lo que importamos, con productos de nuestro suelo, como el salitre y el cobre, de manera que cuando compramos algo en los Estados Unidos, ese país nos devuelve el dinero respectivo en forma de salarios para nuestras industrias de exportación.

Entonces, dirás, si comprendes bien todo lo que te estoy diciendo, ¿por qué hay conflictos obreros? ¿No se reparte en sueldos y salarios todo lo que se produce? ¿Cómo podríamos repartir más si no se produce más? Para comprender esto conviene que volvamos al caso de la excursión a la Cordillera que supuse la hacías con tu familia y con algunos arrieros. Supón que tu padre y tus hermanos se reparten las provisiones en forma que Uds. satisfacen plenamente sus necesidades, que Uds. duermen con relativo confort en sus carpas, que Uds. disponen de frazadas para protegerse del frío de la noche, que

Uds. tienen jabón, y que los arrieros, que han llevado las mulas, que las han cargado y descargado, que de la harina hacen el pan, no reciben todo el alimento que necesitan, que no duermen bajo carpas, que no reciben frazadas ni jabón, ¿no tendrían razón para protestar estos arrieros? ¿No tendrían razón para pedir un trato más en armonía con el que tienen sus patrones?

Ahí está el conflicto. No se puede distribuir en salarios más de lo que se produce. Hay que sacrificarse, inclusive, para montar nuevas fábricas, para producir más el día de mañana. Pero en este trabajo constructivo, no deben unos pasar hambre y sufrir frío mientras otros disfrutan de abundancia y regalía.

Esto que te explico ahora, muy sencillo, es, sin embargo, uno de los problemas más serios de la humanidad; es causa de huelgas, de revoluciones, de guerras, todo lo cual podría evitarse con una más amplia e inteligente comprensión de este problema social y económico, acerca del cual te voy a hablar con más detalles en alguna otra carta.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XV

CHILE ESTA POR DESCUBRIRSE

HAS aprendido en tus clases de historia, y en estas cartas, que Chile, tu patria y la mía, fué descubierto por Almagro, hace cerca de quinientos años. Pero, si miras un mapa de Chile encontrarás que hay marcados en él muchos lugares con la anotación de "inexplorado", lo que quiere decir "no descubierto", porque lo que no se ha explorado, lo que no se ha visto de cerca, no está descubierto.

No basta con mirar a Chile en su conjunto, lo que se puede hacer ahora, desde que nos hemos añadido las facultades del cóndor y podemos volar sobre todo nuestro territorio. Vemos la luna, a la distancia, vemos a Venus, vemos los demás grandes planetas, y vemos estrellas. Si un Cristóbal Colón de los mundos siderales llegara a la Luna, y la recorriera, diríamos con propiedad que la habría descubierto. Pero mirarla a la

distancia, como la miramos, no es descubrirla, a pesar de que hablamos del descubrimiento de un cometa o una estrella.

Conocemos de Chile sólo aquello con lo cual hemos topado, casi podría decirse, por casualidad. Es cierto que ha habido cateadores de minas, que han descubierto, aquí y allá, vetas de cobre en las faldas de nuestras montañas; es cierto que hemos andado buscando el petróleo, que desde muchas partes nos hace señas; es cierto que hemos encontrado minas de manganeso. Hemos continuado, con intermitencias, explotando las arenas de nuestros ríos como lavaderos de oro, lo que principiaron a hacer Valdivia y sus compañeros. Extraemos salitre, yodo, azufre, en el norte. Cobre en el norte y en el centro; hierro en el Tofo; carbón y madera en el sur. Pero quedan todavía por descubrirse más riquezas de las que hemos encontrado. Chile, que ocupa extensión tan larga, con una Cordillera, cuyas riquezas son todavía para nosotros un enigma, es un tesoro latente, no sólo no explotado, sino ni siquiera explorado.

Nuestro país debiera crear un Ministerio de Exploración, de descubrimiento de nuestro territorio, con técnicos en minería, para descubrir todos nuestros recursos minerales; con técnicos en agricultura, para explorar las posibilidades de nuestra flora. Con técnicos en oceanografía, porque, siendo una tierra con mar en toda

su longitud, debiéramos saber aprovechar los múltiples recursos de nuestro océano.

Y lo que no tenemos debemos traerlo. Nuestro suelo puede producirnos todo lo que se produce en otras partes. Los Estados Unidos y la Unión Soviética, con ser países tan inmensos y de tantos recursos, han enviado especialistas a todo el planeta, en busca de plantas que puedan aclimatar en su suelo. Todo lo que se ha hecho a este respecto en Chile se ha debido a la iniciativa individual. Pero ya hemos madurado lo suficiente para que el descubrimiento total de nuestro territorio, pase a ser una actividad del Estado.

Te he dicho antes que no podemos consumir más de lo que producimos. Pero ¿producimos todo lo que podemos producir? Es cierto que no tenemos casi caña de azúcar, y que nuestro clima no se presta para cultivarla. Pero nuestra Isla de Pascua debiera ser el Hawai chileno. Además, producimos la remolacha — la betarraga — y más de la mitad del azúcar que consume el mundo es de remolacha. Se ha intentado crear en nuestro país el cultivo de la remolacha azucarera y la industria del azúcar. Se han hecho tentativas, pero han quedado a medio camino. Hay un dicho chileno que dice: "Todo está en principiar". Hemos interpretado esto al pie de la letra, y en muchas actividades todo lo que hemos hecho es principiar. Hasta edificios, construcciones importantes, de gran valor, los he-

mos principiado, y abandonado una vez comenzados. Debiéramos cambiar nuestro aforismo por este otro: "Todo está en terminar".

Y lo que ocurre con el azúcar, ocurre con el caucho; hay plantas chilenas que nos pueden dar la materia prima para todos nuestros neumáticos que ya estamos fabricando aquí, donde se ganó la batalla final de nuestra independencia política, con caucho importado. También hemos principiado este cultivo, pero sólo comenzado.

¿Y no estamos padeciendo de racionamiento de papel, pidiendo por favor una mayor cuota de celulosa a los Estados Unidos, siendo que tenemos bosques que podrían darnos toda la celulosa que se necesita para llenar de libros a toda la América?

Y mientras no salten los chorros de petróleo de nuestros esquivos yacimientos ¿por qué no aprovechamos los abundantes esquistos bituminosos del país, en vez de estar llorando por una cuota más alta de importación de bencina?

¿Eres muy pequeño todavía, Bernardo, para que te hable de estas cosas? ¿Debiera hablarte sólo de tu provisión de bolitas de cristal que haces rodar por la tierra y de tus volantines que encumbras en el aire? Estos son importantes juguetes de hoy, tuyos y de tus compañeros; pero conviene que desde temprano principies a darte cuenta de las posibilidades de tu país; conviene que desde niño desarrolles tu espíritu

inquisitivo, de explorador, de investigador, el que debe perdurar en tu mente toda tu vida.

Has oído hablar con frecuencia del maravilloso plan de la naturaleza. Parece, en realidad, que hubiera un plan universal, acaso lo haya; pero si lo hay, no ha sido hecho para el hombre. El hombre se creyó por mucho tiempo el centro del universo. Creyó que alrededor de la Tierra giraban el sol y las estrellas. Las ideas geocéntricas y antropocéntricas — que consideraban a nuestro planeta como el punto central del universo y al hombre como al centro de la creación — las ha echado la ciencia al cajón de basura de los errores de la humanidad.

La naturaleza obedece leyes, que algunos creen las ha dictado un Parlamento divino. Puede que sí, no lo sabemos; sólo sabemos que son leyes de lógica inflexible, que no hemos dictado los hombres. La legislación del universo no es democrática; es dictatorial. Contra esas leyes tiránicas de nada valdría una guerra de independencia.

Pero, dentro de esas mismas leyes, obedeciéndolas, el hombre se ha venido transformando en el ser pensante y creador por excelencia. Estudiando esas leyes, decifrándolas, se ha venido añadiendo poder que a los primeros filósofos del mundo, a los sabios de Egipto y de Grecia, habría parecido sobrenatural. ¿Habrían podido creer ellos que el hombre iba a ser capaz de escuchar la voz de otro hombre que está a miles de kiló-

metros de distancia, por medio de nuestro teléfono, y de la radio, y de verlo aún, por medio de la televisión? Estas son algunas de las maravillas modernas, de las cuales tenemos miles que habrían sobrecogido a Aristóteles.

El hombre es una creatura del universo, que tiene que obedecer las leyes del universo. Somos creaturas del medio geográfico en que nacemos y vivimos. Pero, aprovechando esas mismas leyes, no sólo podemos utilizar sino modificar aun nuestra geografía, nuestro clima. Con poderosos focos eléctricos convertimos la noche en día; con estufas, convertimos el invierno en verano; con aeroplanos, nos cambiamos, de animales terrestres en aves; con submarinos nos transformamos en peces.

La naturaleza nos dió la papa y el maíz en nuestra tierra chilena. Pero podemos traer a nuestro suelo casi todo lo que se produce en otras regiones del mundo, como hemos traído la vid, los melocotones, las paltas, los kakis, el arroz, los caballos, las vacas, las ovejas. Chile, con tierras semi tropicales y semipolares debiera ser un Edén artificial. Nuestra Canción Nacional dice que es la copia feliz del Edén. Hay que interpretar esos versos como interpretamos las frases bíblicas: no literalmente. Chile es, en potencia, la copia feliz del Edén. Los hombres que nos han precedido, desde Pedro de Valdivia y antes, desde Lautaro y antes, con todos sus pecados y todas sus virtudes, con todos sus errores y todos

sus aciertos, han empezado a hacer esta transformación. A nosotros, los adultos de hoy, a niños como tú, hombres de mañana, y a los que sigan después, les corresponderá terminar la realización de este Edén.

Con este espíritu, con esta mentalidad, deseo que crezcas. Hasta ahora hemos vivido, a la divina violeta, a la buena de Dios, sin plan de conjunto para construir nuestra civilización. Aun así, mucho hemos hecho, y mucho hemos aprendido. A la generación que ahora se educa, a ti como parte de ella, corresponderá hacer de Chile la "copia feliz del Edén".

XVI

LA POBREZA ES IGNOMINIOSA

PODRA un país poseer muchas riquezas naturales, muchos bosques, muchas caídas de agua, mucho carbón, mucho cobre, muchos peces en su mar. Pero si esto no lo aprovecha el hombre, ésa no es riqueza.

Tú oyes hablar de países ricos y de países pobres. Ricos son los países que han trabajado mucho y han economizado mucho. Toda riqueza es valor acumulado, valor ahorrado, sea éste una canoa, un buque, una casa, un puente, una fábrica.

Cuando Colón llegó a Cuba, se encontró con unos hombres que se llamaban siboneyes. Estos hombres vivían al día, comían los plátanos, las guayabas, las piñas y demás frutas tropicales, alimentándose día a día con lo que tomaban de los árboles. No guardaban nada, o casi nada; no construían casas, como lo hacen ahora los cuba-

nos, ni fabricaban ropa. No hacían casi nada que guardaran, que economizaran. Eran pobres. Hoy día Cuba, es un país inmensamente rico. La Habana es una de las ciudades más bellas y suntuosas del mundo. Su capitolio haría honor a París, a Londres, a Nueva York. No tenemos en Santiago un edificio más bello.

Simultáneamente podríamos decir que ese edificio, hecho de mármol, cuya cúpula termina en diamante, es de azúcar. Cuba ha acumulado su riqueza con el azúcar. Se le ha llamado "el azucarero del mundo". Ha producido mucho, mucho, mucho más azúcar de la que podía consumir, y durante años y años ha endulzado al mundo. De lo que ha recibido en cambio, con sacrificio de los obreros que hacían las zafras, ha acumulado muchos valores que principia a invertir en otras industrias.

Los siboneyes —los indios aborígenes de Cuba— eran pobres. Los cubanos son ricos. Se han cantado muchas loas a la pobreza. Como ha habido y hay tantos pobres en el mundo, se les ha querido consolar endiosando a la pobreza. Pero, Bernardo, la verdad es que la pobreza es ignominiosa. No te quiero decir que los pobres sean ignominiosos. La pobreza es ignominiosa, y si se hace necesario personificar, y no hablar en abstracto, te diré que los hombres que, pudiendo impedirlo, permiten que haya pobres, que haya mendigos, que haya miseria, hambre y frío, proceden ignominiosamente.

Que fueran pobres los siboneyes que Colón encontró en Cuba, que fueran pobres los araucanos que Valdivia encontró en Chile, era natural. No tenían ellos los recursos que tenemos nosotros ahora, para producir. Pero hoy día no hay excusa para que alguien sea pobre. Debe haber trabajo y pan, y techo y abrigo para todos. Los enfermos, naturalmente, como los niños y los ancianos, no deben estar obligados a trabajar, pero tienen derecho a vivir.

Habrás oído hablar, Bernardo, a pesar de lo pequeño que eres, de las cuatro libertades que preconiza el Presidente Roosevelt, como principios básicos de lo que debe ser la política mundial de post-guerra. Una de ellas es la de estar libres de la miseria, libres de la pobreza, como quien dijera: libres de una enfermedad, de una peste, que ha azotado a la humanidad. Así como se ha extinguido al mosquito que trasmite la fiebre amarilla y se lucha por extinguir al que propaga la malaria, hay que extinguir la pobreza.

La riqueza es producto del trabajo; la pobreza es producto del ocio. Un hombre ocioso, salvo que haya obtenido su dinero por herencia, en una lotería o por granjerías, no puede ser rico. Todo hombre debe tener facilidades para trabajar, y su remuneración debe ser tal que, en una forma u otra, pueda economizar siempre algo para el mañana incierto.

Ya te he explicado qué es el dinero y qué

funciones desempeña. Acostúmbrate desde temprano a ahorrar algo de lo que recibes. Los hábitos que nacen y se cultivan en la niñez son los que perduran.

¿Ves una luz encendida en una habitación en que no hay nadie? Apágala, y así economizará tu familia en el pago de la cuenta de luz que llega al final de mes.

¿Está corriendo el agua en la llave, sin que se la use en nada? Córtala, y así economizará tu familia en el pago de la cuenta de agua al final del mes.

¿Vas a anotar un nombre o el número de un teléfono? No uses una hoja completa del papel de cartas de tu papá, sino un retazo cualquiera, para economizar papel.

¿Te queda siempre un residuo de azúcar en tu taza de café? Pon menos azúcar en ella para no desperdiciar nada.

¿Quieres un bocado de pan? Toma esa mitad que está en la panera. No partas otra marraqueta.

¿Tienes un peso? Economiza cuanto puedas de él. Economízalo todo, si no lo necesitas. Te servirá más tarde. Y crecerá, como si fuera un ser vivo.

Hay un dicho inglés que dice: cuida los peniques, que las libras se cuidan solas. Todo desperdicio, toda dilapidación, es un paso hacia la pobreza, tuya o de alguien. O un escollo para la riqueza.

No creas que estoy tratando de convertirte en un avaro. Avaro es realmente el dilapidador, el que bota lo que tiene —o lo esconde— de manera que nadie lo pueda aprovechar. Todo dinero que se aprovecha con beneficio para ti, o para otros, está bien gastado: sea que compres un libro, un juguete, una manzana o una flor para regalar a tu madre o a tu hermana. Eso, aunque desaparezca, queda: el libro te deja con horizonte mental más amplio; el juguete con más alegría; la manzana con mejor salud; y la flor, con más cariño de parte de tu hermana o de tu madre.

XVII

LA DIGNIDAD DEL TRABAJO

HAY distintas clases de trabajo, Bernardo. Hay una variedad casi infinita de trabajo, porque si bien es cierto que las estadísticas nombran un número crecido, pero limitado, de profesiones y oficios, dentro de cada profesión y oficio hay especialidades diferentes. ¿Cuáles son los trabajos más dignos y cuáles los menos dignos? Todo trabajo que satisface una necesidad humana es digno. Creer que es más digno el trabajo de un abogado que el de un albañil es un error.

Hay, sí, algunos trabajos más valiosos que otros, de mayor responsabilidad, de más importancia, de más trascendencia, que requieren más preparación o más talento. No vale lo mismo el trabajo del que barre una casa que el del que la construye. No vale lo mismo el trabajo del que

cuida los cuadros de un museo que el de los artistas que pintaron los cuadros.

No todos podemos hacer todas las cosas, aun cuando casi todos podemos hacer mucho más de lo que creemos. Es conveniente saber hacer varias cosas; es necesario aún. Tú no te vas a dedicar a cocinero ¿verdad? Sin embargo, si no sabes hacer fuego, si no sabes preparar una taza de café y otras cosas elementales que hacen tu mamá y la cocinera en tu casa, serías bien inútil.

Pero, por encima de esas cosas generales que todos debemos saber hacer, cada cual debe especializarse en un ramo determinado de las actividades. Chile, el Chile de antes de Valdivia, y después de Valdivia, reconocía la profesión del guerrero como la más importante. Con razón; cuando la vida o seguridad de un pueblo están en peligro o amenazadas de estar en peligro, los hombres que tienen a su cargo su defensa son los más esenciales, los más importantes. Si tu papá está en peligro, enfermo, y a su lado están todos los miembros de la familia, y el médico y la enfermera ¿quiénes son allí los más importantes? El médico y la enfermera. Llegará el día en que la humanidad haya aprendido a vivir en paz, y entonces el soldado, el guerrero, no será necesario. Pero, desgraciadamente, todavía hoy lo es, como lo era en tiempo de los araucanos y de la Colonia.

Te dije en una carta anterior que el Cabildo de Santiago ya el año 1713 acordó pedir al Rey de España creara una Universidad en Santiago "donde pudieran educarse teólogos, abogados y médicos". Tú sabes lo que es un "teólogo", el que estudia lo que se refiere a Dios. "Teo" significa Dios; por eso "ateo" es el que no cree en Dios. Los españoles habían venido a América, en parte, con la misión de enseñar a los indígenas la doctrina cristiana, la religión española, que era desconocida en el mundo que descubrió Colón. Para hacer esta enseñanza se necesitaba de sacerdotes. Por eso el Cabildo pedía una Universidad, en primer lugar para educar teólogos. Esta la consideran todavía muchos como la profesión más importante: los que piensan más en la vida ultraterrestre; pero la del teólogo, la del sacerdote, es una profesión que ya no se enseña en las universidades del Estado. Esta enseñanza está a cargo de la Iglesia.

La Universidad de Chile la pedía el Cabildo de Santiago, en segundo término, para formar abogados. Siendo la misión de los españoles en en Chile no sólo enseñar el cristianismo a los indígenas, sino también hacerse ellos ricos, y enviar tesoros a la Corona de España, la del abogado era una profesión muy importante, porque siempre se presentaban disputas y litigios en cuanto a los derechos de cada cual, de acuerdo con la ley.

¿Y para qué otra profesión debía preparar

esa Universidad que pedía el Cabildo de Santiago? Para la de médico, que era especialmente importante, porque el español estaba expuesto aquí a las mismas enfermedades que en España, y a algunas otras.

Quiero llamarte la atención al hecho de que de estas tres profesiones, una se refiere a asuntos divinos, no terrenales. Tiene más que ver con la vida futura que con la vida presente. Las otras dos se refieren a los accidentes, a las emergencias, a las excepciones con que nos encontramos en la vida normal: las disputas y las enfermedades. Lo normal debiera ser no estar peleando, no estar en litigios, y estar sano. Las otras profesiones, las que debieran preparar para las actividades de la vida normal, del trabajo, de la producción — la agricultura, la mecánica, la ingeniería — se consideraban indignas de ser enseñadas en una Universidad.

Nuestra primera escuela de Artes y Oficios puede decirse que nació en Chile en 1748, cuando el padre Haimhausen trajo cuarenta obreros industriales de contrabando, con hábitos de fraile. Pero el sistema de enseñanza industrial era el de aprendices, como lo fué durante mucho tiempo en Europa, y como lo es todavía, en parte, en Chile.

Ahora tenemos cursos técnicos en las Universidades del país. Tenemos aún en Valparaíso una Universidad netamente industrial que se fundó por orden y con la legación de un gran

filántropo chileno, Federico Santa María, la que es orgullo de Chile y de toda la América española. Ahora se pueden estudiar, en planteles de enseñanza, privados u oficiales, casi todas las profesiones, casi todos los oficios.

De manera que, cuando crezcas, Bernardo, ya no tendrás, para escoger, sólo el campo restringido de las profesiones del guerrero, del teólogo, del abogado o el médico. Podrás escoger entre más de cien especialidades diferentes. Y esto has de hacerlo de acuerdo con tus inclinaciones y tus aptitudes, debiendo tener como meta el propósito de que cualquiera que sea la actividad que escojas no debes conformarte con ser un chapucero en ella sino un maestro.

Te dije, al principiar, que todo trabajo que satisface una necesidad humana es digno. Tengo que hacer una rectificación: todo trabajo mal hecho carece de dignidad. Lo que se hace "por hacerlo", "por concluirlo", por "salir del paso", "como salga", es un trabajo indigno.

Todo trabajo debe ser, en primer lugar, preciso, exacto. Si tu profesor te da una suma para hacer y tú trabajas en esa suma, pero la haces mal, para los efectos de las notas que te da el profesor quedas en peores condiciones que si no hubieras ido a clase y no hubieras hecho la suma.

Es sorprendente, Bernardo, ver, en todas partes donde miramos, trabajo mal hecho: una puerta que no ajusta en las jambas; la gaveta

de una mesa que no se puede cerrar, que no se hizo con madera seca; una pared mal pintada; un cuadro mal colgado; un tejado que se llueve.

Naturalmente, mientras se está aprendiendo, no se puede esperar la perfección, y por eso es preferible que hagas una suma mal a que no la hagas. Pero tú mismo debes revisar tu suma para determinar si está bien o mal hecha, y para corregirla en el último caso.

Cuando se adquiere el hábito de la precisión, de hacer bien algo, es más fácil hacerlo bien que hacerlo mal. Sé de un caballero norteamericano, famoso arquitecto, que construyó su casa para su familia, en el campo, en los alrededores de Nueva York. Su plan era hacer una casa de gran valor, de varios millones de pesos chilenos, pero rústica, a pesar de tener todas las comodidades modernas. Estudió el extenso terreno, que tenía altos y bajos, que tenía rocas y lagunas, para que la construcción armonizara con el conjunto. Las vigas del bello salón eran desnudas, comprando a muy alto costo los troncos adecuados que, no con cepilladoras, sino con hacha, hizo tallar, tal como lo hacían los pobladores primitivos que no tenían cepillos. Las lámparas las hizo de hierro, a golpes de martillo, toscas y con bombillos (ampolletas) eléctricos que estaban escondidos, haciendo creer que la luz venía de velas de cera. Las rejas de las ventanas también de hierro forjado. Las paredes las quería enyesadas en forma dispareja, como si el

trabajo fuera hecho por obreros inexpertos. Quería dar la sensación de una mansión primitiva, con todas las comodidades modernas. Cuando ordenó su trabajo a los obreros que debieran enyesar las paredes, éstos le pidieron el doble de lo normal. Y el arquitecto les pagó gustoso lo que pedían.

—Es natural —me dijo;— a estos hombres les cuesta y les demora mucho más hacer mal el trabajo, porque sólo están acostumbrados a hacerlo bien.

Acostúmbrate desde niño, desde ya, Bernardo, a hacer bien todo lo que hagas. Después no podrás — o te costará mucho — hacerlo mal.

XVIII

ES BUEN NEGOCIO SER HONRADO

NO sé, Bernardo, si alguna vez has jugado al juego llamado "solitario" Si no lo has hecho, sin duda lo has visto jugar. Este juego — hay gran variedad de ellos — se llama solitario porque se juega solo. No es como el ajedrez o las damas, que se juegan entre dos, o como el bridge, que se juega entre cuatro, para ver quién gana. Es concebible — aunque censurable — que alguien haga trampas en las damas, en el ajedrez o en el bridge. Pero resultaría absurdo que alguien hiciera trampas cuando está jugando solitario; se estaría engañando a sí mismo. El juego perdería todo interés, porque se podría ganar siempre con sólo hacer trampas.

En Chile —en otras partes también— es frecuente engañar al Fisco en las más variadas formas. Algunas veces se trata de grandes escándalos, de funcionarios dolosos que reciben, a

escondidas, soborno para realizar operaciones de compra o venta que benefician indebidamente a ciudadanos particulares. Debo advertirte desde luego que estamos expuestos a formarnos una idea equivocada en cuanto a la honradez de nuestros funcionarios públicos porque se publican casi siempre los grandes "negociados"; cuanto más grandes más publicidad tienen, y no se publica nada acerca de la honradez cuotidiana de miles y miles de funcionarios, porque lo normal es que sean honrados. La publicidad de los escándalos y el silencio acerca de la honradez, nos hacen creer, equivocadamente, que casi todo es escándalo y robo en la administración pública.

Donde es más frecuente engañar al Fisco es en el pago de las contribuciones, de los impuestos, que según la ley deben pagarse. Este engaño al Fisco debiera considerarse como el engaño en el juego del solitario, porque las contribuciones que cobra el Fisco son para atender servicios que nos interesan a todos. El país necesita protección, y en consecuencia ejército, armada, aviación; necesita salud, y, en consecuencia hospitales y demás servicios sanitarios; necesita educación, y en consecuencia escuelas, liceos, universidades; necesita de muchos otros servicios que nos benefician a todos, y que se costean con las contribuciones directas o indirectas que hagamos. Contribución indirecta es la que pagamos cuando al comprar algo se nos cobra un

sobre-precio debido al impuesto que el Gobierno pone a la internación o expendio de ciertas mercancías.

Si vas tú a un teatro, como al Caupolicán, a asistir a una concentración política, podrás presenciar, con frecuencia, que se les pide dinero a los asistentes para fines determinados; colectas para ayudar a los aliados, a los refugiados, para un partido político, etc. Y es sorprendente ver cómo el público da para esos fines mucho más, diez, veinte y cien veces más de lo que paga en impuestos indirectos al Fisco, al comprar sus entradas para el Teatro. ¿Por qué esta generosidad? Porque el público da para un fin determinado y tiene confianza en que el dinero que da va a ser empleado en los fines para los cuales se pide. En cambio, cuando paga las contribuciones e impuestos al Gobierno, no tiene siempre confianza, en cuanto a la honrada e inteligente inversión del dinero que paga en impuestos. Esto hace que sea reacio y que aun engañe al Fisco con respecto a los impuestos que debe pagar.

El Gobierno de Chile está tomando cada nuevo día a su cargo nuevos servicios, lo que significa que todo el pueblo tiene que pagar más contribuciones, más impuestos cada nuevo año. Para que el pueblo pague con honradez y con placer sus contribuciones, se necesita, en primer lugar, que se le muestre que el dinero que paga se invierte con honradez e inteligencia — sin

despilfarros— en servicios de verdadero interés para toda la comunidad.

Te voy a hablar del primer fraude a los intereses generales de la América de que yo tengo noticias. Fué el año 1493 cuando Colón preparaba su segundo viaje, cuando, en realidad, se hacía, en diez y siete barcos, la primera "remesa" de civilización europea a la América. Salió esta expedición de Puerto de Cádiz; traía cañones, armas, y cerca de 1,500 hombres; semillas, plantas, animales. El proveedor de vinos engañó en los envases y la mayor parte de él se perdió en las bodegas; los caballos comprados, de pura sangre, fueron sustituídos por animales inferiores, por malos rocines. Tales proveedores eran inescrupulosos.

Esto es el equivalente moderno a que un funcionario público o un empresario contratado por el gobierno pongan menos cemento que el necesario — que el estipulado en las bases — en los cimientos de un edificio público, para quedarse ellos, personalmente, indebidamente, con el dinero dolosamente economizado.

Te dije en otra carta que la pobreza — no los pobres — es ignominiosa. Pero debo decirte ahora que la riqueza, adquirida sin honradez, es mucho más ignominiosa. Dentro de las leyes del juego de la vida, con su comercio, con su industria, lo normal es que la gente rica haya hecho su fortuna honradamente, y ayudando a otros a vivir y a prosperar.

El mundo entró en una era industrial a principios del Siglo XIX, con la invención de los telares movidos con máquinas a vapor. Antes había telares caseros, como los tenían aún los araucanos. La instalación de telares con motores requería el montaje de fábricas, que producían con mucho mayor rapidez y economía. Hombres, mujeres y niños iban a trabajar en esas fábricas. Era una escena patética ver a esos obreros miserables salir de las fábricas, y principió ya a hablarse de la manera cómo el capital explotaba la miseria. Pero no era eso lo que ocurría, sino que la miseria, callada, y escondida, que antes existía, era invitada a trabajar, a exhibirse agrupada, y a vivir mejor de lo que antes vivía.

Desde entonces, hasta nuestros días, la industria ha venido avanzando en tal forma que la producción de todo lo que el hombre necesita se hace ahora con mucho mayor facilidad que antes. A los industriales forjadores del mundo capitalista se les ha juzgado con dureza, por su crueldad, como a los conquitadores de América. Pero llenaron ellos una necesidad de la época en que vivieron. Los industriales no repartían todo lo que se ganaba entre todos los obreros. Conservaban buena parte para hacer crecer sus fábricas. Era necesario para el crecimiento de la industria. Era una economía obligatoria, con grandes sacrificios. Pero necesaria. Esos industriales se hacían ricos, es cierto; pero crea-

ban mejores condiciones de vida para la masa de la población y creaban nuevos medios de producción. Aun hoy, en el mundo individualista, capitalista, no se puede crear una industria próspera sin beneficiar a muchos, y esa industria debe economizar parte de lo que gana para crecer, para montar nuevos medios de producción, para que el país tenga más abundancia y una vida mejor. De manera, pues, que aun cuando se habla de la explotación, de la crueldad del capitalista industrial, la verdad es que este hombre se gana honradamente su dinero dentro de las condiciones actuales, y contribuye al progreso de su país.

Claro es que dentro de este sistema puede haber —y hay en muchos casos— abusos que deben reprimirse y que el Gobierno, por una parte, y los sindicatos obreros, por otra, tratan de reprimir. De todo esto te hablaré más en detalle en otra de mis cartas.

Te darás cuenta, Bernardo, de que te estoy hablando —escribiendo, en verdad— acerca de cosas de que generalmente no se les habla a los niños. Pero la vida de hoy gira toda alrededor de estos problemas. Oyes hablar de ellos a tus mayores varias veces al día, y tú no debes ser como el gato de tu casa, que oye sin entender lo que oye, sin comprender otra cosa que el llamado que le hacen cuando le van a dar de comer.

Muchas veces habrás oído decir: "los niños chicos no entienden estas cosas", y no les par-

miten siquiera hacer preguntas acerca de lo que no entienden. De esta manera los acostumbran a oír sin entender, a oír sin pensar. Por eso hay tantos "grandes" que oyen y leen sin entender. Yo quiero librarte a ti de que, más tarde, figures entre ellos.

Antes de concluir està carta, quiero explicarte que "es un buen negocio ser honrado". Imagina que, estando en el colegio, necesitas un peso, y lo pides prestado a uno de tus condiscípulos, y que no se lo devuelves. ¿Has hecho un buen negocio? Has ganado un peso —no lo has ganado, en realidad, te has quedado indebidamente con él— ¿crees que ese condiscípulo o alguno de los otros que sepan lo ocurrido, querrán prestarte dinero si alguna otra vez lo necesitas?

Si en el almacén donde tu mamá compra sus provisiones la engañan, en el peso o en la calidad esperados, de acuerdo con lo que paga, ¿volverá a comprar allí?

Si tú dices una mentira —mentir es falta de honradez— los que saben que mientes ¿te creerán cuando digas la verdad?

Se nos dice que algunos de los primeros exportadores chilenos que enviaron miel y cera al extranjero, para hacerse pagar más, ponían piedras en la miel y en la cera. ¿Qué pasó? Ganaron en exceso en su primera venta, pero no pudieron vender más después.

Todo el comercio humano, Bernardo, descansa sobre los cimientos de la honradez indivi-

dual. Por cada contrato firmado ante notario hay miles de transacciones hechas de palabra, en las que esta simple palabra, esta simple promesa verbal, tiene el valor de una letra de cambio.

Lo que más vale en la vida para un comerciante, para un industrial, para un político, para todo hombre, es su reputación de integridad, de honradez.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XIX

BARROS ARANA, EL MAESTRO

En mis cartas te he hablado, Bernardo, de algunos hombres representativos de nuestra nacionalidad, de Lautaro, de Valdivia, de O'Higgins, y te hablaré de otros. Esto no quiere decir que no hayamos tenido además otras personalidades, otras cumbres casi tan altas, así como en la Cordillera, además de los altos picos, hay otros de altura menor.

A estos grandes hombres les debemos mucho los chilenos. Han sido como los arquitectos de nuestra nacionalidad. Pero nada habrían podido construir si no hubieran tenido la cooperación de todos los demás chilenos que vivieron en su tiempo, y la herencia que les dejaron los chilenos que vivieron antes que ellos. De esto te podrás dar cuenta cabal más tarde cuando conozcas bien la historia de tu patria.

La altura de un pico de la Cordillera se pue-

de medir con precisión; los quilates de un diamante se pueden medir con exactitud; la ley de un mineral de cobre se puede medir también. Pero no es tan fácil medir lo que vale un hombre para la patria. En verdad, todos los hombres que hacen trabajo útil tienen valor. Decimos que Pedro de Valdivia fundó a Santiago, que construyó a Santiago; pero la verdad es que la planta de la ciudad la trazó Pedro de Gamboa, y que las calles fueron terraplenadas, y que las casas fueron construídas, con la eficiente ayuda de todos los españoles que acompañaban a Valdivia y de los pobladores primitivos de la región. En toda obra humana descuella un hombre, como en toda batalla descuella un general; pero un general solo, no puede ganar una batalla y ningún hombre solo puede realizar una obra de aliento.

Para perpetuar la memoria de los heroicos soldados anónimos de la primera guerra mundial, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos levantaron sus monumentos al "Soldado Desconocido". En la marcha de la civilización humana, así como se han levantado monumentos a sus grandes hombres representativos, habría que erigir monumentos al "Obrero Desconocido", símbolo de las masas de trabajadores que han dedicado sus vidas, en medio de privaciones, al trabajo inmenso, de generación tras generación, de la colmena humana, labor que ha hecho posible la capitali-

gación creadora de nuestra industria, de nuestra cultura, de nuestro progreso.

Quiero decirte con lo anterior que así como nuestra Cordillera no está formada sólo por altas cumbres, sino por todos sus altos y bajos, nuestra nacionalidad no está formada tampoco sólo por sus grandes hombres sino por toda la masa de su población, en la cual hay miles y miles de sacrificios callados, de heroísmos incógnitos, de virtudes ocultas.

Chile tiene, como te he dicho, muchas riquezas potenciales, carbón que duerme bajo la tierra, ignorante de la pica que lo va a herir; caídas de agua que se precipitan de nuestras montañas, ignorantes de la turbina que las va a disciplinar; bosques que no saben del hacha que los va a derribar. Pero, por encima de toda esta riqueza material, tiene Chile su riqueza humana, la gran masa de su población, de la gente humilde, resignada, que ponía antaño el pie sobre un leño para que un machete lo cortara, impidiéndole así que volviera a sus tierras de libertad, gente humilde, modesta, en cuya piel delicada se ponía la marca de fuego con que se distingue al ganado de nuestras haciendas. Esta gente estaba tan ignorante de quienes los iban a redimir como las caídas de agua de las turbinas que las iban a disciplinar.

Los primeros hombres que se ocuparon de pedir piedad y justicia para la masa de la población chilena, fueron sacerdotes de la religión

de Cristo. El padre Las Casas abogó por ellos en Madrid; padres dominicanos y jesuítas en Chile. Hubo muchos hombres, aun en la Edad Media de Chile, que se preocuparon por la suerte de la gran masa desvalida. Pero mientras se tratara únicamente de piedad, de caridad, por la gran masa de la población, ésta sólo podría aliviar algo su dolor; pero no podía progresar, así como una Sociedad Protectora de animales podrá proteger a los perros y a los caballos de las crueldades de sus amos; pero no podrá elevar su condición de simples animales.

El espíritu de estos benefactores de los obreros — proletarios se les ha llamado después — era, en cierta manera, como el de una señora de un Bando de Piedad. No se pensaba entonces en que estos hombres humildes tenían todos los derechos de que disfrutaban los chapetones, los hombres ricos de Chile. Esto era así no sólo aquí, sino en todo el mundo. Y era así porque unos pocos habían acaparado no sólo la riqueza sino también la cultura. El pueblo, el pueblo humilde, era ignorante, y no sospechaba siquiera que tenía derechos que reclamar. Cuando se abolió la esclavitud, muchos de los esclavos siguieron, por su propia voluntad, como siervos de sus amos.

Podemos decir, con propiedad, que Chile salió de su Edad Media y entró en el Renacimiento, con la obtención de su independencia política. O'Higgins fué el precursor de la verdadera libertad del esclavo pueblo chileno, con su inicia-

tiva de fundar escuelas para la gente humilde. Darle libertad a un esclavo sin darle educación no es darle libertad. Sólo el hombre educado, el hombre que sabe pensar con su propia cabeza, puede ser hombre libre. Todos los ignorantes, todos los analfabetos incapaces de pensar por su cuenta, son esclavos. Y para pensar por nuestra cuenta, tenemos que educarnos, instruirnos.

Al Gobierno progresista de O'Higgins, después de su abdicación, siguieron gobiernos que, en gran parte, estaban empeñados en conservar, en Chile independiente, las condiciones sociales de la vida de la Colonia. El general Francisco Antonio Pinto dictó la Constitución de 1828. Pinto quería seguir las aguas del Gobierno progresista de O'Higgins. Pero fracasó. Vino el llamado Gobierno fuerte del Ministro Portales, quien, sin ser Presidente—fué Ministro del Presidente Prieto— era en la práctica el verdadero jefe de la nación. Su espíritu conservador queda de manifiesto con el hecho de que restableció los mayorazgos que había abolido O'Higgins.

Chile estuvo gobernado durante algún tiempo por hombres que siguieron con la política de Portales, gobiernos de férrea disciplina que impulsaron en muchos sentidos el progreso nacional. Hay de parte de muchos sectores, hoy día, protestas contra el Comisariato de Precios y Subsistencias porque restringe la iniciativa privada y controla la ley de la oferta y la de-

manda, según la cual cada uno está autorizado para obtener el precio más alto que pueda por lo que ofrece en venta. Sin embargo, sin el nombre de Comisariato, el Partido Conservador, que gobernaba en Chile sin contrapeso, fijó los estipendios que los médicos podían cobrar durante la epidemia de fiebre escarlatina que visitó a Santiago los años 1831 y 1832.

Ese mismo Gobierno creó la Escuela de Medicina y la de Agrimensura.

A este período corresponde la creación de la Quinta Normal de Agricultura, la organización de la enseñanza pública en sus grados primario, secundario y superior. Se fundó la Escuela Normal de Preceptores de Santiago con Domingo Faustino Sarmiento como su primer Director. Se creó la Universidad de Chile, con Andrés Bello como su primer Rector.

Manuel Montt, Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, del Presidente Bulnes, merece reconocimiento por gran parte de esta obra. Creó también las escuelas de pintura, escultura, arquitectura, música, artes y oficios, agricultura.

Pero la obra de la educación no penetraba en las masas. Dos jóvenes progresistas que se habían educado en Francia, Francisco Bilbao y Santiago Arcos, fundaron en Santiago, el 18 de Septiembre de 1850, la "Sociedad de la Igualdad", destinada "a mejorar las condiciones de vida y trabajo de artesanos y obreros, y a instruirlos sobre los derechos políticos que le corres-

pondían". Fué precursora esa sociedad de la formación del Partido Demócrata (1887), del cual han nacido los partidos de izquierda de hoy día.

Mucho tendrás que leer, Bernardo, para que llegues a comprender la evolución social, los cambios políticos, que ha habido en Chile, desde que el Cabildo de Santiago nombró Gobernador de Chile a Pedro de Valdivia, hasta la constitución del Gobierno actual, con su régimen democrático, con tendencias socialistas. De muchos más conocimientos vas a necesitar para comprender las fuerzas que han estado operando estos cambios: de un lado las transformaciones económicas, los procedimientos de producción de todo lo que necesitamos, y de otro la educación del pueblo; son dos fuerzas paralelas que se influyen una en otra.

Los hombres que han actuado poderosamente en el proceso de iluminación de la mente nacional de las masas son numerosos, y el primero en orden cronológico es Bernardo O'Higgins, inspirado en su maestro Miranda, en Londres. Ya te he mostrado lo que hizo Manuel Montt. Te he hablado de Francisco Bilbao.

Quiero hablarte de don Diego Barros Arana, a quien ves sentado en su gran sillón, cabe el gran edificio de la Biblioteca Nacional, al lado de los libros que eran sus grandes amigos. Entrar en su casa, era entrar en una biblioteca.

Muchos de los libros que yo leí en mi niñez, me los recomendó y prestó él.

¿Caben en tu bolsón todos los libros de estudio que necesitas para tus clases? Los libros de estudio que escribió don Diego Barros Arana no cabrían.

Barros Arana fué político —diputado—; fué técnico del Gobierno para fijar los límites de Chile con Argentina; fué periodista, polemista; fué profesor; fué Rector de la Universidad de Chile, como Andrés Bello; fué historiador. Su Historia de Chile es el más grandioso monumento literario que poseemos. Pero por encima de todo esto, fué el planificador de la educación de todo el país. Fué aún el que escribió nuestros primeros textos de enseñanza, de historia, de geografía física, del manejo de nuestro idioma, de la historia de la literatura universal. El introdujo la historia de Chile y de América, y los estudios científicos en los programas de educación nacional. El escribió los textos respectivos. Estos textos se hicieron tan famosos, que se imprimieron aún en Alemania para el uso de varias repúblicas de nuestra América.

Nació en Santiago, en Agosto de 1830. A los nueve años ingresó como alumno en el Instituto Nacional, cuyos programas de estudio iba a transformar. Antes de cumplir veinte años principió a escribir en diarios y revistas. Tenía veintidós años cuando publicó su **Historia General de la Independencia de Chile**. Por sus

ideas progresistas, fué expulsado del país. En Buenos Aires, en Londres, en París, en Sevilla, estudiaba y estudiaba, principalmente historia de Chile. Fué el más inteligente investigador de los **Archivos de Indias**, donde está toda la documentación de la Edad Media de la América española. Su obra maestra, su gran monumento, es su **Historia General de Chile**, en diez y seis volúmenes.

Hasta los últimos años de su vida —murió en 1907— Don Diego, con sus zapatillas de fieltro, su cuerpo encorvado por los años, su grueso bastón, iba cuotidianamente, bajo el sol de medio día, a pie, de su casa, en la calle Diez y ocho de Septiembre, al Instituto Nacional, en la calle Arturo Prat, a hacer sus clases de Geografía Física y de Historia de la Literatura Universal, vale decir del pensamiento universal. Pero no enseñaba sólo por medio de sus clases personales, sino con sus textos, que se usaban en toda la República.

A don Diego Barros Arana se le puede presentar como al símbolo de la cultura chilena. Te he hablado, Bernardo, de que la riqueza es lo que permite al hombre el bienestar, la vida libre de privaciones y miseria. Pero la vida material fácil, sin un espíritu cultivado, sería como la vida de un perro faldero.

Muchos hombres ambicionan acumular tierras, espacio, lo que significa una lucha ardua. La mayor riqueza es la del que acumula tiempo

y no espacio. En nuestro estudio, con nuestras lecturas, podemos ser dueños de todo lo más valioso que ha pensado la humanidad antes que nosotros, a través de siglos. Cabe mucho más en el tiempo que podemos abarcar que en el espacio que podemos recorrer.

Si tú tienes un cesto o una fuente y les echas fruta o agua, y les sigues echando, y echando, llega un momento en que se llenan y no les puedes echar más. El único receptáculo del mundo que jamás se llena, en el cual cabe más cuanto más se ponga en él, es el cerebro humano. Con ninguna otra parte de tu cuerpo puedes hacer lo mismo. No puedes poner en tu estómago sino cierta cantidad de alimento, y en tus pulmones sólo cierta cantidad de aire. Pero el cerebro parece ser el universo donde cabe el universo.

¿Tú sabes unas dos mil palabras de tu lengua? Podrías saber diez mil, veinte mil. Y esas mismas palabras puedes aprenderlas en inglés, en francés, en alemán, en diez o más lenguas diferentes. Y lo curioso es que cuantas más palabras sabes, más fácil te es aprender nuevas palabras. Y esto se aplica a todos los conocimientos. El que más sabe, más fácilmente puede adquirir nuevos conocimientos.

Para aprender necesitas de maestros; primero tu madre, que te enseña a andar, a hablar y tantas otras cosas esenciales. Después tu profesor —tus profesores— en el colegio. Después tus maestros son los libros que lees y principias

con la preparación que ellos te han dado, a aprender lecciones con sólo oír, observar, comparar. Pero el maestro, en la Escuela, en el Liceo, en la Universidad, es el que más te ha enseñado, el que te ha enseñado, además, a aprender.

Quiero, Bernardo, que no sólo respetes a tus maestros; quiero que les tengas cariño, reverencia, como O'Higgins, en Londres, le tenía respeto, cariño, reverencia, a su maestro Francisco de Miranda, que fué su profesor de patriotismo americano.

XX

APRENDE A PENSAR

Te voy a relatar ahora, Bernardo, una anécdota que puede ser pura invención, pero que podría ser cierta. Se cuenta que un cura de una remota aldea del Brasil tenía un loro, al cual le enseñó a decir misa en latín. Tú sabes que los loros son muy hábiles para pronunciar palabras en cualquier idioma, de manera que nada tenía de raro que hubiera aprendido muchas palabras latinas. Un día el loro desapareció de su casa. Todo lo que se hizo por encontrarlo fué inútil. El cura perdió la esperanza de recuperarlo. Algún tiempo después, el sacerdote salió en excursión de misionero por tierras vírgenes de su país. Una mañana, fué despertado en su tienda de campaña por voces que hablaban en latín. Mucho se extrañó. ¿Que habría por allí otro misionero? Pero luego oyó otras voces, también en latín. Esto intrigó al cura, y se levantó para averiguar de qué se trataba. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver a un gran número de loros que en los árboles decían misa en latín! Uno decía: "Domi-

nus vobiscum". Otro contestaba: "**Et cum spiritu tuo**".

Esto podrá no ser cierto como te dije; pero, sí, es cierto que son muchos los hombres que hablan como loros, sin saber qué dicen.

Te hablé en mi carta anterior de la necesidad de estudiar, de aprender. Ahora quiero decirte que aprender cosas de memoria, sin entenderlas, no tiene ningún valor, no más que el aprendizaje del latín de los loros brasileros.

Sólo se puede aprender lo que se comprende. Cuando no comprendas algo, pregunta. Pregunta ahora, cuando eres niño; y pregunta después, cuando seas grande.

Es muy frecuente que las personas grandes, para darse importancia, aparenten saber lo que no saben y traten de no admirarse de nada, como si nada fuera nuevo para ellas. Los niños, como tú, son cándidos, muestran su admiración, su sorpresa, por las cosas nuevas que ven. Trata de conservar tu candor toda tu vida; trata de conservar tu entusiasmo por lo nuevo. No te avergüences de mostrar tu sorpresa. Sólo nos interesan, sólo estudiamos, las cosas y los problemas que nos entusiasman. Y toda la vida debemos entusiasmarnos con las cosas nuevas, y aprender cosas nuevas.

En tu organismo, el sistema digestivo tiene que someterse a cierta disciplina, obedeciendo ciertas leyes automáticamente, como lo hace tu sistema respiratorio. Tienes que comer ciertos

alimentos que acepta tu estómago, y rechazar otros que no acepta. Tienes que respirar el aire que necesitan tus pulmones y no aire viciado. Obedeces un mandato de la herencia de tus padres, de tus abuelos, de tus bisabuelos. No pasa lo mismo con el cerebro. Tus padres son chilenos. Pero, si de tus mismos padres, hubieras nacido en el Japón y te hubieras criado y educado allá, siempre tu estómago necesitaría la misma clase de alimento y tus pulmones la misma clase de aire. Pero tu idioma sería distinto; tus pensamientos, tus conocimientos, tu modo de considerar la vida, serían diferentes.

El cerebro ofrece posibilidades infinitas para cambiar. Pero hay que aprender a usarlo. Sabemos poco acerca de su mecanismo, del proceso del pensamiento. Sabemos mucho más acerca del proceso de la digestión y de la respiración, y de la circulación de la sangre. Podemos ver los alimentos en el tubo digestivo; podemos ver la sangre en nuestro sistema circulatorio. Pero no podemos ver las ideas en nuestro cerebro. Algo sabemos de cómo nacen y crecen las ideas; pero no te voy a hablar de eso ahora porque es demasiado complejo para ti.

Quiero sólo decirte algunas cosas esenciales que te prepararán para aprender a pensar con claridad. La primera es que te acostumbres a observar. Hay diferencias entre "mirar", "ver" y "observar". Se mira todo lo que está al frente de nuestros ojos abiertos, si hay luz. Miramos,

tengamos o no interés. Podemos muchas veces "mirar" sin "ver".

—Ud. me miró en la calle, y no me saludó, — le puede decir, quejándose, una persona a un amigo.

—No lo vi— le puede contester éste, sin mentir; porque lo había mirado sin verlo. Si le hubiera visto lo habría reconocido.

"Mirar" es una función pasiva; "ver" es una función activa. Tú no le preguntarás nunca a nadie: "¿Miraste tal o cual película?" sino ¿viste tal o cual película?

"Observar" es una función mucho más intensa que "ver". Observar es estudiar, comparar, clasificar.

—Mira para acá.

—Miro.

—¿Qué ves?

—Un bicho.

—¿Qué bicho?

—Un insecto.

Ya cuando dices "un insecto", has llegado al grado de observar, y clasificar con precisión. Te has dado cuenta de que el bicho tiene seis patas. Si hubieras encontrado que tenía ocho patas, como la araña, no habrías dicho que era insecto.

Tú y todos los niños, en general, son muy observadores. Con frecuencia son más observadores que la gente crecida. Los hombres van perdiendo el hábito de la observación a medida

que se les van dando los conocimientos "hechos". Te aconsejo que, ni ahora, ni cuando seas grande, delegues en otros la función de observar por ti. Trata de comprobar con tus propias observaciones todo lo que te digan. No te quiero sugerir que rechaces los conocimientos que te han dado, los que has adquirido con tus lecturas, para que reconstruyas, con tus propias observaciones toda la ciencia y toda la historia de la humanidad. Sería imposible hacerlo, y absurdo intentarlo. Pero, observa todo lo que esté a tu alcance y ve siempre si encuadra dentro de los conocimientos anteriores que posees.

Por ejemplo, supongamos que alguien te dice que O'Higgins, antes de abdicar consultó por teléfono a San Martín ¿no ves que eso no encuadra con los conocimientos que tienes? Puede que no sepas que Bell, creador del teléfono nació después de que murió O'Higgins. Pero, en todo caso, sabrás que no había teléfonos en los tiempos de San Martín y O'Higgins.

El anterior es un ejemplo muy infantil: pero siendo tú tan niño como eres, puedes, con tu solo criterio y tu observación, encontrar que algunos conocimientos que te imparten no encuadran, —no ajustan— con otros conocimientos que tienes. No hay casi libro de historia de Chile que no diga que los araucanos eran perezosos, que odiaban el trabajo, el esfuerzo. Ponte a pensar. ¿Cómo se aviene eso, como encuadra eso, en su espíritu guerrero y la defensa de su

libertad? El hombre perezoso, el que odia el esfuerzo, se somete a la esclavitud antes que pelear por su libertad. Es natural suponer que no querían los araucanos trabajar para sus amos crueles, como esclavos, como animales. Por eso los conquistadores los llamaban perezosos, porque no querían trabajar para ellos. Eso lo dijeron los cronistas de esos tiempos; eso han repetido los historiadores. Pero ¿es cierto? No puedes observar a los araucanos, por lo menos a los araucanos de aquellos tiempos; pero puedes ver si eso que te dicen armoniza con todo lo demás que tú sabes acerca de ellos y de sus descendientes.

Te dicen que los chilenos, el pueblo chileno, los obreros chilenos, son perezosos. Esto te lo dicen sus amos, sus patrones, tal como los españoles lo decían de los araucanos, sus esclavos. Pero ¿es cierto? ¿Encuadra dentro de los demás conocimientos que tenemos? "El pueblo norteamericano, ése sí que es trabajador, se nos dice. Si así fueran los obreros chilenos, no estaríamos tan atrasados". Tú sabes del 1.o de mayo, el Día del Trabajo. ¿Sabes qué se conmemora ese día? La lucha sangrienta de los obreros de Chicago por la reducción de las horas de trabajo. Ellos pedían que sólo se les exigiera ocho horas de trabajo al día, cuando aquí los chilenos no protestaban de trabajar de sol a sol.

Te pongo estos ejemplos para que te acostumbres a relacionar siempre lo que oigas o lo

que leas con tus conocimientos anteriores. Si hay discrepancia, observa, estudia, piensa. O tus conocimientos anteriores estaban equivocados, o las informaciones nuevas son falsas.

No te conformes jamás con una explicación que no comprendas.

—¿Por qué una piedra se va al fondo del agua y un tronco de árbol flota en la superficie? — preguntas.

—Porque la piedra pesa más que el agua, y el tronco pesa menos que el agua— te explican.

¿Quedas satisfecho? ¿Te basta esa explicación? ¿La comprendes? ¿Pero cómo es eso de que una piedra pesa más que un tronco? La piedra de que hablamos puede pesar un gramo y el tronco mil kilos, y siempre la piedra, que pesa menos que el tronco, se va al fondo del agua, y el tronco, que pesa más que la piedra, queda en la superficie. ¿No entiendes bien eso? Pregunta hasta que te den una explicación que entiendas. ¿Que la piedra pesa más que el agua? ¿Cómo así? ¿Pesa una piedra que cabe en tu bolsillo más que el mar? Pregunta, pregunta, Bernardo, hasta que comprendas. No te conformes con simples palabras.

Cuando decimos que el plomo pesa más que el hierro, queremos decir, que un pedazo de plomo de cierto tamaño pesa más que otro pedazo de hierro del mismo tamaño. Así también cuando decimos que una piedra pesa más que el agua, queremos decir que una cantidad de agua

del mismo tamaño —volumen decimos— que la piedra, pesa menos que ésta.

Por cierto, alrededor de esta observación, hay muchas otras cosas que explicar y comprender. ¿Por qué sube en el aire un globo lleno de gas de alumbrado? Porque el gas de alumbrado pesa menos que el aire y se va hacia arriba. ¿Por qué cae una piedra que se suelta en el aire? Porque pesa más que éste. Hay otra razón que entenderás más tarde, cuando tengas conocimientos científicos superiores. Si alguien te la da y te dice:

—Por la ley de gravitación— no te conformes con esas palabras y pide que te expliquen qué es eso. Como esta carta no es una lección de ciencia sino una lección acerca de que debes pensar por tu cuenta, no sigo explicándote qué es la gravitación. Quiero sólo decirte que una explicación que no comprendes, que no encuadra, que no se ajusta, que no armoniza con los conocimientos anteriores que posees, no es explicación. Desgraciadamente la mayoría de los hombres se conforma con esta clase de explicaciones.

Muchos son los hombres se conforman con explicaciones que no comprenden.

¿Por qué las lagartijas de las tapias son del color de las tapias, y las lagartijas que viven en el follaje de los árboles, son del color de ese follaje?— Cien personas contestarán:

—Por el mimetismo,— sin saber lo que eso significa ni cómo se produjo.

—¿Por qué el agua sube sola en una pajuela que ponemos en ella?— Cien personas contestarán:

—Por la capilaridad,— sin saber lo que eso significa.

Una explicación que no se comprende, Bernardo, no es una explicación.

El mundo en que vives y en que vas a crecer, está lleno de problemas interesantes para todos los cuales hay explicaciones científicas, aunque algunas de ellas no conocemos todavía; pero muchas que la ciencia conoce, nosotros las ignoramos. A la ciencia le falta mucho camino que recorrer para explicar los fenómenos del universo. Pero si los conocimientos que ya posee la humanidad estuvieran más extendidos, si fueran del dominio de todos los hombres, si todos pensaran científicamente, razonablemente, dándose cuenta cabal de cada problema, de manera que su solución encuadre en el conjunto de las verdades encontradas y comprobadas, la humanidad habría llegado a tal grado de progreso que la vida del hombre, de todos los hombres, de todos los países, de todas las razas, sería feliz, sin conflictos sociales, sin huelgas, sin guerras, sin odios, cooperando todos para la felicidad de todos. Lo que se necesita, Bernardo, es que no nos conformemos con aprender como los loros brasileros aprendieron a decir misa. Tenemos que aprender no a repetir sino a pensar.

XXI

RUTINA

TENEMOS todos, Bernardo, una tendencia, que nació con nosotros, a ser rutinarios, es decir, a hacer las cosas como se han hecho ántes. Es natural que así sea. Si todos quisiéramos hacer las cosas de manera diferente cada día, el mundo sería una confusión caótica. ¡Imagínate que al sol se le ocurriera un buen día aparecer por el Oeste, para variar su viaje rutinario! Rutinario es entrar todos los días en tu casa por la puerta. ¿Aplaudirías al que quisiera interrumpir esa rutina y entrara por la ventana o la claraboya? La rutina es la base de la educación. Te enseñan a escribir "amor" sin "h", porque así se viene escribiendo desde hace tiempo. ¡Qué te diría tu profesor, si, so pretexto de no ser rutinario, de ser innovador, escribieras esa palabra con "h"?

¿Por qué los verdaderos educadores tratan de crear hábitos, costumbres, en los educandos? Porque los hábitos, una vez adquiridos, se conservan a través de la edad. Si no se conservaran, si no hubiera esta tendencia a repetir las cosas que hacemos, como las hemos hecho antes, los cimientos de toda educación del carácter quedarían destruídos.

¿Te parece, Bernardo, que te estoy haciendo la apología de la rutina? ¿Aparezco como un conservador recalcitrante? No; precisamente porque te voy a hablar contra la rutina, para ser realista, para ser exacto, principio por reconocer la importancia que tiene. Los norteamericanos le dan a la palabra rutina un significado diferente del que le damos nosotros. Allá se llama **"routine work"**, al trabajo estandardizado, al trabajo que hay que hacer una, y otra vez, de acuerdo con normas fijadas de antemano. Y se llama **"creative work"**, trabajo creador, el que rompe la rutina y crea precedentes nuevos.

He contado en otras ocasiones la historieta del encendedor de lámparas, que relata Antoine de Saint-Exupery, en su libro, para niños y adultos, "El Pequeño Príncipe". Este pequeño Príncipe, que va viajando por diversos planetas, al llegar al quinto de ellos, el más pequeño de todos, se encontró con un encendedor de faroles. El principito no podía comprender para qué necesitaban un farol, y para qué había que en-

cenderio, en un planeta donde no había gente, excepto el encendedor de lámparas.

—Buenos días — le dijo al encendedor—. ¿Por qué ha apagado usted su lámpara?

—Son órdenes — contestó el encendedor de lámparas—. Buenos días.

—¿Qué órdenes?

—Ordenes de que apague la lámpara. Buenas noches.

Y encendió la lámpara otra vez.

—¿Y por qué la ha encendido ahora? — le preguntó el Príncipe de nuevo.

—Son órdenes — contestó el encendedor de lámparas.

—No comprendo — replicó el príncipe.

—No hay nada que comprender — dijo el encendedor de lámparas—. Son órdenes. Ordenes. —Y apagó otra vez la lámpara. Se secó el sudor de la frente, cansado de tan esforzado trabajo, y dijo:

—Yo tengo una profesión terrible. Hace muchos años, esto era diferente. Yo apagaba la lámpara en la mañana y la encendía al principiar la noche. Me quedaba desocupado el resto del día y de la noche, para divertirme y descansar. Pero el planeta, cada nuevo año, gira más rápidamente alrededor de su eje, y el día y la noche están casi juntos.

—¿Y las órdenes no han sido cambiadas?

—Las órdenes no han sido nunca cambiadas.

La historieta anterior es una sarcástica iro-

nía para condenar la rutina. Es frecuente que se establezca una costumbre, que resultaba adecuada dentro de las circunstancias; pero, por espíritu de rutina, conservamos esa costumbre aun cuando las circunstancias hayan cambiado, y no hagan necesaria esa costumbre, o aun la hagan perjudicial.

Durante mucho tiempo, hasta hace relativamente pocos años, las camisas de los hombres tenían cuello y puños almidonados, tan duros como si fueran hechos de metal. Esto era así antes para caracterizar a los nobles, a los hombres ricos que no tenían que trabajar. Después, cuando éstos principiaron a trabajar, a pesar de que los puños tiesos eran incómodos, los seguían usando. Todavía, cuando los hombres se visten de etiqueta usan cuellos y puños duros, siendo que el cuello y los puños blandos y suaves son mucho más cómodos y no menos elegantes.

Deseo que, al crecer, te vayas formando como un hombre de iniciativas, de espíritu creador, no rutinario; pero con suficiente respeto a la tradición, para no cambiar nada sólo por el prurito de hacer un cambio, sin mejorar lo que antes existía, a lo que antes hacías. Al variar las circunstancias, tienes que hacer cambios para no quedar en la situación del encendedor de lámparas.

Y si tu plan en la vida es, no sólo adaptarte a las nuevas circunstancias, a las nuevas condiciones, sino que también tratas de cambiar esas condiciones, para mejorarlas, entonces serás un

espíritu creador constructivo. Desde tiempos inmemoriales, por ejemplo, se ha mantenido a la masa popular sin instrucción. O'Higgins, al crear escuelas públicas, fué un innovador que hacía cambiar las circunstancias, para mejorarlas. Durante muchos años se estaban atravesando nuestros ríos en botes. Los que construyeron puentes fueron innovadores. Los creadores de la locomotora, del buque a vapor, del automóvil, del aeroplano, fueron innovadores, que rompieron lanzas contra la rutina anterior.

Debemos respetar la tradición, el pasado, las costumbres de nuestros abuelos. Pero casi todo lo que se hace puede hacerse de alguna manera mejor. Trata siempre de ser innovador. Trata siempre de ver cómo se puede mejorar tu trabajo, cómo mejorar las condiciones, las circunstancias, teniendo presente, Bernardo, que sólo es mejor lo que mejor sirve a la comunidad de los hombres, para su bienestar, para su felicidad.

XXII

OSTENTACION

A pesar de que es un recuerdo de mi infancia, lo he tenido presente durante toda la vida. No alcanzaba yo más edad de la que tú tienes ahora. Alojaba en casa de un pariente que debía asistir al entierro de un amigo. El coche que había sido pedido no llegó. Había urgencia, y me envió a mí a la Alameda en busca de otro coche. En aquellos ayeres no había autos. Yo iba en busca de un coche de alquiler. Tomé el primero que pasaba. Pero cuando mi pariente lo vió, se mostró indignado.

Era un coche viejo, destartalado. Mi pariente estaba vestido de negro, con dignidad y pulcritud, y se negó a subir en él, enviándome en busca de otro que estuviera en armonía con su importancia y su indumentaria.

No creas que yo era un filósofo a esa edad. No censuraba yo entonces la ostentación del lujo, especialmente cuando se asiste a un entierro,

donde debiera también enterrarse toda arrogancia, toda ostentación. Pero más tarde comprendí lo vano que es el hombre, en general, lo tanto que se parece al pavo real.

Desde hace mucho tiempo, cuando tengo que tomar un coche de alquiler, y hay varios entre los cuales puedo elegir, escojo el más viejo y destartalado, precisamente porque sé que todos lo van a desairar.

Quiero precaverte, con tiempo, Bernardo, contra todo posible anhelo de ostentación. Debes vestirte con decencia, con dignidad—especialmente con limpieza—; pero sin ostentación. Y lo mismo te digo acerca de cómo ha de ser tu casa, cómo han de ser tus muebles, todo lo que te rodee.

Hombres como Einstein, el primer genio matemático del mundo; como Edison, el mago de la electricidad; como Steinmetz, y tantos otros que son o han sido eminentes, visten o han vestido con sencillez que deslinda con la vulgaridad.

¿Has visto, Bernardo, la película **Tales of Manhattan**, que se ha dado en español con el título "Seis destinos"?

Allí aparece un gran músico — Charles Laughton—un gran director de orquesta, un genio recién descubierto que va a hacer su debut. Su esposa ha conseguido para él, en una tienda de viejo, un frac que le queda estrecho. Al principiar con la batuta, se le abre el frac en las axilas. El público rompe en risa. Porque es risible.

por contraste, Bernardo, ver a un hombre vestido de rigurosa etiqueta, que exhibe su frac roto.

Cuando el gran músico se dió cuenta de que se estaban riendo de él, cuando supo por qué, se llenó de vergüenza. Se sacó el frac; lo tiró al proscenio, y se reclinó a llorar. Su patrocinador, conmovido con su música — era la propia música, la propia creación del artista acongojado — se puso de pie en su palco sobre el proscenio, se quitó su propio frac, y, quedando en mangas de camisa, como el músico, le pidió que continuara.

La música subyugaba. Primero uno, y después otro, y otro y otro, todos al fin, se quitaron sus fracs. Se olvidaban del mundo, de sus ceremonias, de su ostentación, y quedaban frente a frente del arte, en mangas de camisa. Y entonces no era ridículo, Bernardo, sino supremamente conmovedor, ver a esa platea con todos sus grandes señores, vestidos de etiqueta, en mangas de camisa.

No te quiero decir con lo anterior que debes despreciar las costumbres, los hábitos del mundo en que vives, y que creas aceptable asistir a una ceremonia, en desacuerdo con lo que ya se ha hecho reglamentario. Tratando de ser demasiado sencillo, te puedes hacer demasiado conspicuo, llamar indebidamente la atención, y provocar justificadas censuras.

En una ocasión el gobierno de un país hispanoamericano, me concedió una condecoración, y se me invitó a la ceremonia respectiva para re-

cibiría. Hace mucho tiempo que yo miro con desdén todas las condecoraciones, y, tratando de hacerlo con el mayor tacto posible, pedí permiso para negarme a recibir esa condecoración, y no acudí a la ceremonia, a la que acudieron compatriotas míos que también habían sido condecorados. Comprendo que, a pesar de no tener yo la intención, herí la susceptibilidad de quienes querían honrarme. Seguramente, si volviera a encontrarme en las mismas circunstancias, procedería de igual manera. Pero no te aconsejo que procedas tú así. No debes nunca lastimar a quienes te quieran hacer un bien.

La ostentación, el afán de aparecer más importante de lo que se es, especialmente cuando se gasta más de lo que se tiene, y se recurre al crédito primero, y a las deudas crónicas después, para aparentar ser lo que no se es, ha pasado a ser, Bernardo, uno de los grandes defectos humanos, y sería poco todo lo que te dijera, en ésta tu temprana edad, para precaverte contra esta flaqueza, que, por lo general, sólo es como una chapa de caoba sobre madera de álamo, ó chapa de oro sobre jofaina de latón.

XXIII

APRENDE A VIVIR

SE dice con mucha frecuencia, Bernardo, que lo que los hombres necesitan para no odiarse los unos a los otros, para vivir en armonía, para amarse, es conocerse mejor. Esta es una de las tantas aseveraciones que se hacen, y se repiten, como los loros decían misa en la selva brasileña. "El libro, — nos dicen,— la radio, el aeroplano, nos acercan cada día más, nos permiten conocernos mejor, y, en consecuencia, respetarnos y amarnos más. ¿Cuadra esto con el panorama general de los conocimientos que tenemos? Para que te des cuenta de la verdad de alguna aseveración, para saber si es exacta, ve primero, como te he dicho antes, si encuadra, si ajusta con los conocimientos y las observaciones previas de tu experiencia.

Piensa. ¿Quiénes conocen mejor a los chilenos que los mismos chilenos? ¿Quiénes conocen

mejor a los peruanos que los peruanos? ¿A los mexicanos que los mexicanos?

¿Cómo se explica, entonces, que estos países hayan tenido tantas crueles guerras civiles? Y las guerras entre países ¿han sido entre los que menos se conocen, los que están más lejos unos de otros? ¿O entre los que más se conocen, los que están más cerca unos de otros? Las guerras, generalmente, tienen lugar entre los países limítrofes, entre los que mejor se conocen.

¿Y no hay disputas de familia, es decir, entre las personas que más íntimamente se conocen? Y los divorcios, la separación de marido y mujer, ¿tienen lugar cuando los casados no se conocen todavía, cuando están en la luna de miel? ¿No se efectúan cuando los casados ya se conocen?

Luego, Bernardo, conocer a las personas con quienes vivimos no es garantía para que vivamos en paz y armonía con ellos. Hay que saber vivir. ¿Qué quiero decirte con esto? ¿Quién no sabe vivir? ¿No sabe vivir un gorrión? ¿No sabe vivir un gato? Saber vivir, para los hombres, no es saber respirar, comer, dormir, producir, leer, estudiar, pensar, soñar. Si fuera eso sólo, sería muy fácil saber vivir. Pero por "saber vivir" quiero decirte saber vivir en armonía, amistad y cooperación con nuestros parientes, con nuestros amigos, con nuestros conocidos, con nuestros compatriotas y con los hombres en general. Y esto es más difícil, como lo has visto

en mis propias cartas, por ejemplo, en el caso de O'Higgins y los Carrera.

Este de "saber vivir con los vivos" no es tanto una cuestión de inteligencia. Es cuestión de emociones, de sentimientos, que son de primordial importancia en el arte de vivir. Las emociones nacieron en el hombre, antes que la inteligencia; las emociones —cariño, odio, miedo, alegría, tristeza,— son atributos aún de los animales inferiores. El pensamiento, el raciocinio, es una etapa posterior de la evolución humana, y en nuestra conducta nos guiamos más por los sentimientos primitivos, que por este privilegio últimamente conquistado por el hombre: su capacidad de pensar, de raciocinar. Pero este precioso privilegio de la inteligencia humana nos permite intervenir en nuestros sentimientos y modificarlos.

Primero que todo, ¿con quiénes vives tú? Con tus padres, con tus hermanos, con la empleada doméstica que ayuda a los quehaceres de tu casa. Tu primer problema, en consecuencia, es saber vivir con ellos. Y lo primero que tengo que decirte al respecto es que es más fácil conquistar cariño con cariño que de otra manera alguna. Esta verdad ha sido desconocida durante mucho tiempo. Cuando yo estudiaba, a tu edad, en el colegio, los castigos que nos imponían los maestros eran crueles. Si no sabíamos una lección se nos daba "guantes", es decir, se nos castigaba con un látigo. "Disciplina" lo llamaban

antes. ¿Qué ocurría? Que les teníamos odio a los maestros, que los considerábamos como si fueran nuestros enemigos. También nuestros padres nos retaban con dureza. Se decía que "la letra con sangre entra". Todavía hay quienes creen que para hacerse respetar y querer, lo mejor es la severidad, el temor, el castigo. Esto no es cierto, ni aun cuando se trata de enseñar a un perro, que responde mucho mejor al cariño que a la crueldad.

Tus padres te quieren. Nadie te quiere más que tus padres. Puede que alguna vez sean violentos contigo; pero tú debes ser siempre amable y cariñoso con ellos. Como debes serlo con tus hermanos, con la empleada doméstica. Aun cuando tengas razón para irritarte, domínate y contesta con palabras suaves, cariñosas, y también con tono suave, cariñoso. Después de la gente de tu hogar ¿con quiénes más tienes que vivir? Con tus maestros y tus condiscípulos.

Todos tenemos un sentimiento natural de propia estimación. Creemos que somos lo más importante del mundo. Desde el punto de vista personal, esto es no sólo explicable sino necesario. Un dolor de muelas que sientas tú es más importante para ti —te preocupa más— que la muerte de miles de chinos en su guerra con el Japón. Es necesario que los asuntos tuyos sean de primordial importancia para ti, porque tú eres el encargado de resolverlos.

Pero hay que tomar en cuenta que los asun-

gos de los otros, de los que viven con nosotros principalmente, nos afectan en forma indirecta. Y cuando se trata de sus relaciones con nosotros, nos afectan directamente. Aun cuando tú te creas más importante que los demás —y tengas buenas razones para creerlo— no lo muestres. A nadie le gusta que se le crea menos importante. No te gusta a ti que alguien te trate con desprecio o indiferencia. Tampoco debes tratar tú a los otros con desprecio o indiferencia. Si eres bondadoso con los demás, ellos serán bondadosos contigo. Este sentimiento de superioridad, cuando es colectivo, cuando no ye un individuo, sino un pueblo o una raza se creen superiores a los otros, provoca guerras, tratando unos países de someter y dominar a otros.

Algunos se creen superiores a otros porque son "de mejor familia". Esto es el equivalente a la insensatez de unas razas de creerse superiores. Un gran cocinero francés a quien su rey hizo marqués, fué insultado por un marqués de nacimiento, quien le dijo:

—No olvide que hay una diferencia entre nosotros, Ud. era un simple cocinero,— a lo que éste contestó:

—Sí que hay diferencia: Ud. era marqués, y se ha quedado marqués; yo era cocinero, y he llegado a marqués.

Antes — y todavía quedan resabios de esta costumbre estúpida,— los hombres trataban de "defender su dignidad", en "el campo del ho-

nor'', por medio de duelos. Si alguien está deshonrado, no podrá ''lavar su mancha'' con la sangre de un crimen.

Necesitas, Bernardo, desprenderte de toda arrogancia fundada en la creencia de tu superioridad personal. Unos serán menos inteligentes y sabrán menos que tú, ahora y más tarde; otros serán más inteligentes y sabrán más. Pero así como los más inteligentes y más sabios que tú no deben mirarte con desprecio, tú no debes despreciar a los menos inteligentes y menos sabios con quienes tienes que tratar, no sólo para que te estimen más y te traten mejor, sino porque, si observamos con cuidado, encontramos que aun los que parecen menos inteligentes tienen ciertas capacidades, en algún orden de cosas, que no tienen los más inteligentes. A la entrada de un puerto, el modesto ''práctico'', en su lanchita, sabe más y es más útil, con frecuencia, que el sabio capitán de un gran transatlántico. Fué un chiquillo inculto, analfabeto que estaba encargado de tirar una barra de metal cada cierto rato, para dejar entrar el vapor alternativamente a ambos lados del pistón de la primitiva máquina a vapor, el que, para irse a jugar, amarró la barra a un clavito que puso en una polea de la maquinaria. La máquina siguió automáticamente, con más precisión y regularidad que antes, después de diversos tanteos que él hiso en la colocación del clavo en la polea. De esta manera dió origen al mecanismo automático de la

caja de distribución del vapor. La historia está llena de grandes descubrimientos que no han hecho los ingenieros, y que han hecho obreros, a veces incultos.

En Chile sólo la mitad de sus habitantes de edad escolar asiste a la escuela primaria. Muy pocos a la secundaria, y muchos menos a la universitaria. Somos todavía, considerada toda la masa de la población, un país de ignorantes. Pero la educación, como la entendemos, la instrucción, en general, no enseña a vivir. Grandes enemistades hay entre grandes literatos, entre grandes escritores. Yo no sé por qué aprender "a vivir con los vivos" no se enseña ni en la escuela, ni en los hogares, como si esto debiera aprenderse solo. Es cierto que se enseña este precepto, en el cual está casi toda la ciencia de vivir: "no hagas a otros lo que no quisieras que hicieran contigo". Pero este es precepto negativo. Hay que considerar también su lado positivo: haz a los otros lo que quisieras que te hicieran a tí, que te trataran bien, con la debida consideración, con cariño, con bondad. Este es el secreto de saber vivir, ser bondadoso con todos. Cuando Sócrates fué condenado a muerte, en Atenas, estuvo muchos días en la cárcel antes de que se ejecutara su sentencia. Su carcelero, por ley, tenía que ser su verdugo; tenía que darle el veneno, la cicuta, que lo privaría de la vida. ¿Crées fácil que un condenado a muerte le cobre cariño a su carcelero y verdugo? Pero ese verdugo de Sócrates, que no podía desobede-

cer la ley, trató de tal manera al filósofo, que se conquistó su cariño. Hablando Sócrates con sus amigos, minutos antes de morir, les dijo:

—Es un hombre lleno de encanto; me ha tratado siempre con generosidad y cariño.

Pero no debes desprender de lo anterior que te aconsejo seas meloso, adulador, servil. Conserva siempre tu dignidad y tu independencia de criterio. Debes ser tolerante con las ideas de los otros cuando sean dignas de respeto; pero no debes tener tolerancia con los malvados o facinerosos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XXIV

TU LENGUA MATERNA

LA tierra, Bernardo, está poblada por centenares de miles de animales diferentes. El hombre es uno de ellos. Somos hombres; pero somos animales, así como los leones son leones, pero son animales. Hay, sin embargo, una diferencia muy grande entre el hombre y los demás animales. Tomemos a los que más se parecen al hombre, a los antropoides. Se les llama antropoides precisamente porque se parecen tanto al hombre. Viene este vocablo de la palabra griega **anthropos,** que significa "hombre" y de **eidos,** que significa forma. Es decir, los antropoides son animales que tienen la forma de hombre. Hay muchas similitudes entre los antropoides y los hombres. Pero hay algunas diferencias esenciales. El hombre tiene más inteligencia, el hombre aprendió a hablar y transmitir sus pensamientos a sus semejantes, y aprendió a escribir y a dejar sus pensamientos a las nuevas generaciones. De manera que cualquier niño que nace hoy, recibe, lo que no ocurre con los demás animales, en he-

rencia, toda la ciencia y la sabiduría acumuladas por los hombres que vivieron antes que él. Para obtener la posesión efectiva de esta herencia no necesita ir a ninguna notaría a solicitar el testamento que se ha extendido a su nombre. Le basta sólo con aprender su propio idioma, y recoger la herencia en los miles y miles de libros que encuentra a su servicio, gratuitamente, en las bibliotecas.

Ya ves tú, por lo anterior, lo importante que es que conozcas tu idioma, al cual están vertidas casi todas las obras que se han publicado en el mundo, desde que existe la imprenta. No te voy a explicar cómo aprendió el hombre a hablar y a escribir. Este es un estudio muy interesante que debes hacer más tarde. Tu bicicleta, el tranvía, el tren, el buque a vapor, el aeroplano, son medios que tienes para trasladarte de un punto a otro. El lenguaje es el medio que tienes para trasladarte no sólo de un punto a otro de la tierra, al expresar tus pensamientos, o al escuchar o leer otros pensamientos, sino para trasladarte a cualquiera civilización, a cualquier siglo, y comprender lo que han pensado otros antes que tú.

Es indispensable que aprendas a conocer bien tu lengua. Es necesario que aprendas a comprender lo que te dicen, de viva voz o por escrito, y que tú puedas decir con exactitud y corrección lo que piensas, con palabra hablada, o por escrito. ¿Cuántas palabras crees que sabes tú?

¿Cuántas palabras de las que uso en mis cartas no conoces? Sin duda conoces todavía muy pocas. Para saber más, lo importante no es que tomes un diccionario y te pongas a aprender más y más palabras, que no entiendes. Eso sería algo así como el aprendizaje del latín de los loros brasileños de que te he hablado.

El mayor o menor vocabulario de una persona tiene estrecha relación con sus conocimientos. Cuanto más sabes de historia, de geografía, de ciencia, de arte, de todo lo que ha estudiado el hombre, más palabras conoces. Siempre que te encuentres con una nueva palabra, en la conversación o en tus lecturas, pregunta a tus padres lo que significa, o consulta un diccionario. Lo esencial es que aprendas lo que significan las palabras nuevas y lo que significan en las sentencias en que están usadas.

Así como son muchos los pueblos diferentes que existen, también son muchas las lenguas que existen. En América tan sólo, antes de que la descubriera Colón, había más de un centenar. Entre los negros de Africa hay más de un centenar. Muchas lenguas que han existido, se han extinguido ya. Para que una lengua pueda perdurar es necesario que haya tenido literatura escrita. Por eso, aunque ya no se hablan ni el griego de la Atenas de Pericles, ni el latín de la Roma de los Césares, estas lenguas, que son fuentes de la nuestra, y de muchas otras, todavía se estudian. Y se enseñan aún en colegios y universidades. Con-

vendría que más tarde aprendieras algunas lenguas vivas, fuera de la tuya. Pero no hay excusa alguna para que no aprendas tu propio idioma en forma correcta.

Saber hablar y escribir, es paralelo de saber pensar. Hablarás y escribirás con tanta más claridad y precisión cuanto más claro y preciso sea tu pensamiento. La civilización humana habría sido imposible construirla sin el lenguaje. Sin el lenguaje no habríamos podido progresar. Las hormigas son muy inteligentes. Tienen muchos de los atributos y rasgos de la civilización humana. Cuando crezcas, debes leer acerca de la vida de las hormigas y de las abejas. Pero, a pesar de que la hormiga ha vivido en nuestro planeta tanto tiempo como el hombre — se han encontrado hormigas fosilizadas, incrustadas a substancias resinosas de tiempos prehistóricos — su progreso a través de las edades ha sido prácticamente nulo. Si hubieran sido capaces de hablar, de escribir, de legar sus experiencias y aprendizajes, de una generación a otra, habrían progresado acaso como los hombres.

Naces sabiendo respirar. Muchos animales nacen sabiendo andar, o nadar, como los patos. Pero no naces sabiendo hablar, aunque los niños de hoy aprenden a hablar más temprano que los de hace siglos. Cada niño tiene que aprender su propio idioma. Si fuera dejado crecer en una selva, entre animales inferiores, no aprendería a hablar. Tienes que estudiar para aprender la

idioma. Pero una vez que has aprendido a ha-
blar, a leer, a escribir, estás en condiciones de
aprender aún sin tener maestros. Los libros
podrían ser tus profesores; ellos te podrían
enseñar todo lo que la humanidad ha aprendido
antes que tú. Lo que estás aprendiendo en la
escuela, todo lo que aprendas en el colegio y la
universidad, no será nada, comparado con lo qua
vas a aprender después con tus lecturas, que es-
pero sean muchas.

Tienes que aprender tu lengua para cuatro fines determinados: para entender lo que te hablan; para entender lo que lees; para hablar tú mismo, y para escribir. ¿Hablar? ¿Entender? Esto lo sabes, dirás. Pero no lo sabes; es un largo aprendizaje. No puedes hablar siro de lo poco que entiendes; y cuando te hablan, los que lo hacen sólo usan palabras que tú entiendes. ¿No es así? Veamos. Supongamos que oyes o lees esta frase: "El cuadrado construído sobre la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados construídos sobre los catetos". Has entendido algo? Nada. Cuando hayas avanzado en tus estudios entenderás eso.

No sabemos si más tarde te vas a distinguir como escritor o como orador. Pero, sí, sabemos que tendrás que hablar muchas veces en público, y tendrás que escribir para otros, por lo menos cartas.

El lenguaje que uses, será el ropaje de tu

espíritu, que es más importante, y tendrá más trascendencia en tu vida, que la ropa de tu cuerpo.

XXV

BALMACEDA, EL POLITICO

TE he hablado, Bernardo, de Valdivia, fundador de Chile; te he hablado de Lautaro, el indio indómito; te he hablado de O'Higgins, el Libertador; de Barros Arana, el educador. Quiero hablarte ahora de un político representativo de nuestra vida de nación independiente. De José Manuel Balmaceda. Pude haber escogido, para simbolizar al político chileno, a Diego Portales, el Canciller de Hierro, el Bismarck chileno. Pero creo que de todos nuestros políticos del pasado, Balmaceda es el más representativo de una política constructora.

Era yo un muchacho de tu edad, cuando presencié en Santiago el saqueo de multitud de casas, llevando todos los saqueadores una escarapela roja en el ojal. Era el distintivo de la revolución. Una revolución sangrienta, que ha llenado de odio a la familia chilena acababa de

triunfar. El Presidente Balmaceda había sido derrocado. Nuestro primer Mandatario se quitó él mismo la vida, para evitar que se la quitaran sus enemigos.

¿Por qué se había organizado una revolución contra nuestro Presidente? Ostensiblemente, porque había violado la Constitución. Porque había desconocido la autoridad del Parlamento; porque había puesto en vigor la ley de presupuestos de la nación, que había tenido el país el año anterior, sin la autorización del Congreso Nacional; porque se había hecho un dictador. De manera que los que se levantaban en contra de él eran, ostensiblemente, los defensores de la ley, los defensores de la Constitución, los defensores de la democracia.

Elegimos a nuestro Presidente, Bernardo, como al primer mandatario de la nación, bajo el juramento de que ha de respetar nuestra Constitución y nuestras leyes. El Presidente es el primer servidor del país. No es nuestro amo. El pueblo cumple con su deber cuando depone a un mandatario, que, abusando de su poder, transformándose en dictador, nos quiere gobernar a su antojo, como un tirano que desconoce la autoridad de quienes lo han elegido como Gobernante democrático.

Pero ¿cómo te explicas tú, Bernardo, que antes de haber pasado mucho tiempo desde que ocurrió esta revolución que derrocó a ese dictador, la figura de Balmaceda, en vez de ser exe-

erada por nuestra democracia es aplaudida y exaltada? ¿Cómo te explicas que se le esté erigiendo una estatua en Santiago? Se explica porque Balmaceda fué un gobernante lleno de patriotismo, como el Presidente O'Higgins, otro dictador de Chile, que tiene una estatua en Santiago y otra en nuestros corazones; fué, como el propio O'Higgins, un precursor de nuestra democracia. Ambos Presidentes fueron combatidos por los hombres que deseaban que perdurara en nuestro país el espíritu de la Colonia, con sus mayorazgos, sus privilegios, su desprecio por las clases populares, su creencia de que los humildes tienen obligaciones y no derechos.

Nació José Manuel Balmaceda en Santiago, en 1838. Era hijo de un rico hacendado, legítimo heredero de los chapetones, de los pelucones. Se educó en el Seminario, y pensó al principio seguir la carrera sacerdotal. Pero pronto cambió de opinión. En 1864 formó parte de la comisión de Chile en el Congreso Americano de Lima. Al año siguiente, de vuelta a la patria, se dedicó a los trabajos agrícolas de su padre. Se casa después con doña Emilia Toro Herrera, de una de las encumbradas familias de Santiago. Ahí tienes tú todos los antecedentes reunidos en un hombre, para ser el más genuino representante de la aristocracia, con el espíritu retrógrado de la colonia. Rico hacendado, familia de abolengo, educación en un Seminario, casado con gran dama aristocrática. Y, sin embargo, Balmaceda,

atraído a la política, se transforma en un reformador de la escuela ultra-liberal.

Siendo tú aún de tan corta edad, Bernardo, estoy seguro de que has oído hablar con desprecio de los políticos en general. Oyes decir que la política es sólo mugre y corrupción, que los políticos escogen esa profesión con fines egoístas de lucro personal. Este es un error. Es natural que haya políticos deshonestos, como hay hombres deshonestos en todas las profesiones. Pero la verdad es que la mayoría de los políticos son hombres de espíritu público; son hombres que desean ayudar al progreso del país. Que tengan ambiciones de popularidad, es explicable. Necesitan, por otra parte, de la popularidad, para hacer su labor. La necesitan tanto como los comerciantes necesitan de clientela. Desde luego, tenemos que reconocer que Balmaceda no fué tentado hacia la política por ambiciones de lucro personal. No necesitaba lucrar. Y no lucró jamás, lo que puede decirse de todos nuestros Presidentes. No ha ocurrido en Chile, como en otros países de nuestra América, que haya habido Presidentes que, llegados pobres a la presidencia, hayan salido ricos de ellas. Nuestra tradición de honradez debe llenarnos de orgullo.

Que haya políticos que quieran llegar a las alturas para lograr que tales o cuales intereses de clase perduren, es explicable. Y muchos proceden de buena fe, creyendo que de esta manera sirven mejor los intereses del país. Balmaceda

defendió, desde luego, los intereses de las clases oprimidas, dando gran impulso a la educación del pueblo.

En 1870 entra Balmaceda en la Cámara de Diputados, donde sigue, reelegido, hasta el año 1880. En el Gobierno de Santa María es primero Ministro de Relaciones Exteriores, y después del Interior. El liberalismo luchaba entonces por obtener algo que ahora nos parece absurdo que hubiera encontrado oposición. En el mensaje de Santa María al Congreso, el año 1883, dice: "Ha sonado en el reloj de los acontecimientos la hora de realizar las cuatro aspiraciones más antiguas y más queridas del liberalismo chileno: cementerio común, matrimonio civil, registro civil y libertad de conciencia". ¿Te das cuenta? Si me piden a mí un certificado de nacimiento, no puedo ir a solicitarlo al Registo Civil, porque no había Registro Civil cuando yo nací, y había un gran partido político en Chile que se oponía a que se creara, como se oponía a que los matrimonios se realizaran civilmente. Todo eso lo hacía la Iglesia. También se oponían a que hubiera un cementerio común, como el que hoy tenemos en Santiago. No debe extrañarte esto, pues siempre ha habido hombres, políticos de importancia entre ellos, que se han opuesto a los más indiscutibles pasos de progreso. A mediados del siglo pasado, hubo senadores que se oponían a que se construyera el ferrocarril de Santiago a Valparaíso. Después hubo senadores que

se opusieron a que se hiciera el alcantarillado de Santiago. Esto nos viene de lejos. En la España antigua, había quienes se oponían a la recolección de basuras, arguyendo que las miasmas que emanaban eran necesarias para que el aire que respiraban los hombres fuera saludable.

Balmaceda, como candidato único, fué elegido Presidente, y asumió el poder el 18 de Septiembre de 1886. Siguió la misma política liberal de Santa María, pero con mayor interés por servir la causa del pueblo.

Balmaceda, que no aparecería hoy sino como un liberal moderado, era un revolucionario en sus tiempos. Y era tanto más revolucionario cuanto que "derrochaba" el dinero en lo que entonces eran palacios para las escuelas públicas, para los "rotos", y traía profesores del extranjero para impulsar nuestra educación. Quería lograr que la industria del salitre y los ferrocarriles del norte fueran del Estado. Sin duda ante el criterio de aquella época, Balmaceda era un revolucionario, era un traidor a su clase, era un demagogo. Y ésa fué la razón de que se le pusieran obstáculos a su Gobierno, y la razón para que el Congreso le opusiera el impedimento insubsanable de no despacharle la ley de presupuestos de la nación. Y como había que seguir la marcha del país, como había que pagar a los funcionarios públicos, Balmaceda ordenó que entrara en vigor el presupuesto que el mismo Congreso había aprobado el año anterior. Tal fué el

pretexto para hacerle una revolución. Balmaceda no abdicó, como O'Higgins. Decidió hacer respetar su voluntad. Y perdió. Se refugió en la Legación Argentina, y allí se quitó la vida. Aparentemente, se había salvado la democracia. Lo que se había hecho era eliminar al hombre que quería crear democracia.

XXV

LUIS EMILO RECABARREN, EL DESPERTADOR DEL PUEBLO

Y ahora, Bernardo, te voy a hablar de otro hombre, que ya era un adolescente cuando estalló la revolución contra Balmaceda. Hablar de él, hacerle justicia a su patriotismo, a su clarividencia, reconocer sus virtudes, el benéfico papel que ha desempeñado en Chile, no es frecuente en nuestros libros de historia. Pero es necesario que tú conozcas su actuación si quieres apreciar debidamente la evolución democrática de tu país. Me refiero a Luis Emilio Recabarren.

Recabarren nació el 6 de junio de 1876, en Valparaíso. Su padre era un maestro de escuela. Esta familia no pertenecía ni a la aristocracia ni a la clase obrera. Hoy se diría que era de la pequeña burguesía. Como Balmaceda, su educación la adquirió en un colegio religioso, en los

Padres Franceses. Pero no terminó sus estudios. Las necesidades de la vida lo obligaron a abandonar el colegio e ingresar como aprendiz de tipógrafo, ramo por el cual sentía vocación, lo que mucho le sirvió durante toda su vida, porque fué un persistente fundador de diarios y periódicos, que muchas veces él mismo componía como cajista.

Recabarren era un estudioso. Fué grandemente influído por la prédica de Francisco Bilbao, de que te he hablado antes. Su espíritu se sublevaba ante toda injusticia. Se dió cuenta de que, aun siendo Chile país democrático en el nombre, su democracia no era sino simbólica. Era como la democracia de Atenas, donde había más esclavos que hombres libres. A Recabarren le interesaba la suerte de estos esclavos más que la de sus amos.

El año 1887 se fundó en Santiago el Partido Demócrata, que era el Partido que se proponía defender a las clases obreras. Hasta entonces los Partidos eran todos de las clases acomodadas, conservadores, liberales, nacionales y radicales. El pueblo, la masa campesina y obrera, daba número a las elecciones, como los **extras** en una película forman las multitudes, para dar ambiente. Pero no tenían los obreros convicciones políticas; votaban por su patrón, o por quien les pagara por su voto. El Partido Demócrata era un desafío al régimen imperante. Era una iniciativa para que el pueblo pensara y votara por su cuen-

ta. Recabarren ingresó en el Partido Demócrata el año 1894. Dos años después, cuando este nuevo líder obrero tenía sólo veinte años, fué elegido Secretario de la Agrupación Demócrata de Santiago, y en 1901, cuando tenía veinticinco años, fué elegido Vice-Presidente de la Convención Nacional del Partido.

En 1899 funda en Santiago un periódico, "La Democracia". En su primer editorial decía: "Trataremos de interpretar fielmente las aspiraciones e ideales del proletariado y de nuestra patria". Después se fué al norte, a las salitreras, donde el proletariado contaba con doscientas mil personas, incluyendo a obreros y sus familiares. Fundó allá la primera organización obrera, que tenía un carácter mixto, de ayuda mutua y de resistencia contra los patrones, para lograr más altos salarios, y mejores condiciones de trabajo. En dos ocasiones es elegido diputado al Congreso.

Por sus luchas en favor de los obreros, Recabarren es enviado a la cárcel en varias ocasiones. Una vez logró escapar, y salió al extranjero. Visita la Argentina, España, Francia, Bélgica. En otra ocasión va a la Unión Soviética. Amplía su criterio; adquiere una visión más ancha de los problemas de la emancipación obrera. Y predica, de palabra como fogoso orador; por la prensa, como escritor convincente. Funda en Iquique el diario "El Despertar de los Traba-

jadores", el primer gran diario obrero que se publicara en Chile.

Es necesario que veas en este hombre al despertador de la masa obrera, al más genuino pionero de la auténtica democracia chilena, que consideró que no podía haber democracia mientras la clase obrera, más del ochenta por ciento de la población, estuviera preterida, divorciada de la vida nacional, como simples bestias de carga, con obligaciones y sin derechos. En otra ocasión te hablaré, Bernardo, de lo que debemos entender por democracia. Quiero que ahora te quedes, primordialmente, con esta idea: Recabarren, modesto, de vida ejemplar, estudioso, abnegado, puso toda su inteligencia y todo su corazón en su programa de que la clase obrera debe unirse, educarse, para reclamar sus derechos y pasar a formar parte, en forma digna y benéfica, de la vida nacional.

No te asustes cuando oigas hablar de Recabarren; no es un cuco. Fué, sí, un agitador de la clase obrera. Pero agitador fué también O'Higgins, que deseaba la independencia política de Chile. Recabarren quiso que dentro de la independencia política de Chile, hubiera independencia económica para la clase obrera, que es la mayoría de su población.

A la labor de este hombre, a su prédica, a sus campañas en favor de la clase desvalida, se debe, en gran parte, la situación del obrero chileno, que cada nuevo día va haciendo nuevas

conquistas. Las Leyes sociales de Chile, que tienen que irse perfeccionando en su aplicación —una de ellas ordena que el diez por ciento de las utilidades de las empresas industriales se reparta entre sus empleados y obreros— colocan a nuestro país en lugar de vanguardia en toda nuestra América. Compara esta situación con la de los araucanos a quienes se les marcaba como al ganado, con un hierro candente, y se les cortaba un pie con un machete para que no huyeran de la esclavitud.

Te dije en una carta anterior, Bernardo, que Chile estaba por descubrirse, que su riqueza es más potencial que real, que tenemos tesoros inexplorados todavía. Debo decirte ahora que el mayor tesoro que tenemos en Chile es su propia población, sus propios hombres, sus propias mujeres, que todavía no han sido aprovechados integralmente. Cuando toda nuestra población reciba la educación que, por derecho, le corresponde, cuando no quede ninguna capacidad inculta, sin aprovecharse, Chile pasará a ser un gran país del cual todos nos sentiremos justificadamente orgullosos.

XXVII

DEMOCRACIA

DEMOCRACIA, Bernardo, quiere decir "gobierno del pueblo". **Demos** en griego, significa "pueblo" y **kratos**, autoridad. Fíjate en que muchas de nuestras palabras vienen del griego. "Aristocracia" (de **aristos**, mejor), significa el gobierno de los mejores. No debiera haber oposición entre estas dos clases de gobierno, porque no hay razón para que el pueblo no pueda escoger a los mejores para el gobierno. Pero hay oposición, porque los aristócratas no han sido elegidos como los mejores por la mayoría del pueblo, sino que ellos mismos se autodenominan los mejores, porque son los que por herencia se han perpetuado en el gobierno. "Oligarquía" quiere decir el gobierno de unos pocos que se suceden en el gobierno, es decir es el gobierno de unas pocas familias que se perpetúan en el poder. Hay una definición moderna de la

democracia, que es la que formuló Lincoln en su famoso discurso de Gettysburg: "el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo".

Se nos dice que en Atenas había una democracia. Pero era una democracia restringida, porque a los esclavos no se les daban los derechos de los ciudadanos. Nosotros no aceptamos la esclavitud, y estimamos, con razón, que los obreros, que equivalen a lo que eran los esclavos en Atenas, tienen los mismos derechos que los jefes o patrones para quienes trabajan.

La democracia moderna ha venido gestándose lentamente. En Inglaterra, al principio, no se concedía el derecho de voto sino a los que pagaban ciertos impuestos, a los que tenían cierta educación. Poco a poco se fué extendiendo el derecho de sufragio, hasta llegar a concedérselo a las mujeres. Pero simultáneamente se iba dando incremento a la educación popular. En nuestro país implantamos la democracia de golpe y porrazo. El resultado fué que, en verdad, tuvimos una democracia como la de Atenas, porque aunque los obreros incultos no estaban capacitados para votar, incrementaban los votos de los patrones a los cuales servían, o de los que les pagaban por ellos. En teoría, nuestro sistema era diferente al inglés, pero en la práctica resultaba similar. Tuvimos, hasta los tiempos de Balmaceda una aristocracia, un gobierno de los mejores, es decir, de los mejor preparados, porque el pueblo no tenía preparación alguna.

Y que se hizo bien en proceder así ha quedado demostrado en la práctica, pues nuestro Gobierno, a pesar de todos los contratiempos, a pesar de gobernar primordialmente para las clases adineradas, dió ocasión para que las clases populares se fueran educando, y fueran surgiendo. Es cierto que se le puso resistencia a Bilbao por sus ideas revolucionarias; es cierto que se encarceló a Recabarren. Pero es cierto también que fuimos avanzando a través de nuestros cien primeros años de vida independiente, en forma continua, tanto desde el punto de vista material como espiritual. Gobiernos aristocráticos crearon escuelas, bibliotecas, y no cortaron las cabezas de los opositores, como se hace ahora en los regímenes totalitarios. Desde hace ya tiempo, han ingresado en el Congreso, cada vez mayor número de genuinos representantes del pueblo.

Tenía razón, desde su punto de vista, la clase dirigente para excluir a los ignorantes, analfabetos, no sólo del Gobierno sino aun de las urnas electorales. Pero ¿se privaba a las clases obreras de sus privilegios electorales únicamente? Se les privaba también del privilegio que debieran haber tenido para educarse. Está bien que en un tranvía no se deje entrar a un hombre desnudo. ¿Pero está bien que se desnude a un hombre y se le diga después que no puede entrar en el tranvía? En verdad, se cometían dos injusticias con el pueblo: no dejarlo votar y, antes

que eso, dejarlo desnudo.... desnudo de cultura, desnudo de educación, analfabeto.

Como te he dicho antes, en esta guerra en que está empeñado el mundo, hay dos principios de gobierno en lucha: el de la democracia y el de la autocracia. Esta es otra palabra de origen griego, que significa el gobierno absoluto, hecho por una sola persona que nombra a su antojo a sus cooperadores. Los defensores del régimen autocrático se basan en la creencia de que el pueblo, de que la gran masa de la población, es estúpida, incapaz, de que no es, en consecuencia, hábil para elegir como gobernantes a los más capaces. Esto aparece con visos de verdad por el hecho de que a la masa, a la gran población obrera y campesina, se la ha mantenido alejada de la educación, privada de cultura. No creas que esto ha ocurrido sólo en Chile, como te lo he mostrado en cartas anteriores. Ha sido así en todo el mundo. Aun en la Atenas democrática, en sus tiempos de mayor avance, sólo el veinte por ciento de su población era de hombres libres—ciudadanos—; el cinco por ciento era de extranjeros, y el setenta y cinco por ciento era de esclavos. Hace menos de mil años, en 1086, había en Inglaterra siete veces tantos esclavos como hombres libres. Y hasta hace sólo unos doscientos años la educación en todo el mundo era privilegio de muy pocos. Hoy mismo ¿cuántos son en Chile, cuántos son en toda la América española, los que tienen una educación que equi-

valga a la de la enseñanza secundaria? Una mínima parte. En los países más avanzados, como los Estados Unidos y las naciones de Europa, no asiste a las universidades ni el uno por ciento de sus habitantes. De ahí que se crea que la masa de la población es incapaz, porque no es educada.

De manera, pues, que es condición necesaria para que una democracia triunfe en forma definitiva, que **toda la masa de la población sea educada.**

Democracia significa también libertad, primordialmente libertad de expresión del pensamiento, de palabra, hablada y escrita. De esta libertad ha venido disfrutando Chile, casi sin excepción, a través de su historia, a pesar de las persecuciones de que han sido víctimas los grandes líderes del progreso. Incluso Barros Arana fué expulsado del país, debido a sus ideas liberales. Pero Chile, comparado con los demás países de América, y, en verdad, del mundo, puede reclamar la honra de haber dado albergue a la libertad. Hemos sido fieles a la consigna de nuestra Canción Nacional: "Que la tumba serás de los libres, o el asilo contra la opresión".

Por cierto, tenemos libertad para expresar nuestras ideas; pero no para insultar, para injuriar, para calumniar. Esto último lo llamamos, con razón, "libertinaje", no libertad.

La democracia, Bernardo, que tú debes defender cada vez que se vea amenazada, es la única manera de vivir los hombres en sociedad con

respeto a la dignidad humana. Y esta libertad de la democracia tiene carácter dinámico, no estático. Es decir, lleva en sí el germen de su progreso, de su avance. A la libertad política de las masas le está sucediendo la libertad económica, que les permite pensar, actuar, votar, predicar, sin estar sometidas por su miseria, por su hambre, a callarse cuando tienen algo que decir.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XXVIII

GABRIELA MISTRAL, LA SOÑADORA

TE he hablado, Bernardo, de algunos hombres representativos de nuestro país. La actuación de todos estos prohombres ha tenido que ver con nuestra libertad política, con nuestro avance económico, con nuestra educación, que prepara también para hacer más fácil y holgada nuestra vida.

Pero, Bernardo, la vida no es sólo material, "no sólo de pan vive el hombre". Aun desde niños, a poco de nacer, nos dan, con la leche del seno materno, "canciones de cuna". Nacemos con hambre, no sólo de leche y de pan sino también de arte, de belleza, de poesía. Aun los hombres primitivos, los hombres que vivían en la barbarie, buscaban expresión artística. Muchos grandes poemas de tiempos en que no se sabía escribir llegaron hasta la época de la escritura por tradición oral, de padres a hijos, y a nietos.

¿Ha producido Chile grandes artistas? Muchos. En estos días un artista de nuestro país, un gran pianista, Claudio Arrau, está llenando de sorpresa a los Estados Unidos con sus ejecuciones de virtuoso del arte. Pero hemos tenido y tenemos también, no sólo otros grandes ejecutantes, sino compositores, como Enrique Soro. Hemos tenido, y tenemos grandes pintores, Valenzuela Puelma, premiado en exposiciones europeas de arte. Hemos tenido, y tenemos, grandes escultores como Rebeca Matte, algunas de cuyas piezas escultóricas tú habrás admirado, como la que está al frente del Museo de Bellas Artes. Y otros como Samuel Román Rojas, y antes que todos ellos, Nicanor Plaza que inmortalizó a Caupolicán con su cincel.

Hemos tenido, y tenemos, grandes literatos, novelistas. Nuestro Gobierno estimula la literatura vernácula. Ha concedido el premio nacional de literatura, con generosa ayuda económica, a Augusto d' Halmar, Joaquín Edwards Bello y Mariano Latorre.

Pero quiero hablarte ahora de Gabriela Mistral, la poetisa de renombre no sólo chileno, no sólo americano, sino mundial. Es producto típico de nuestra raza, la poesía hecha mujer.

En el Norte Chico de nuestro país, en la provincia de Coquimbo, hay un pueblerito que se llama Vicuña. Allí nació, hija de un maestro de escuela, Lucila Godoy Alcayaga. De familia de maestros, nació Lucila con alma de maestra.

Cuando tenía sólo quince años — había nacido en 1889 — fué nombrada ayudante de una escuela rural de la provincia de Coquimbo. A pesar de que Lucila Godoy ha vivido en grandes urbes, ha conservado siempre su alma rural, su alma campesina, en estrecha comunión con la naturaleza. Ella misma ha dicho: "Vengo de campesinos y soy uno de ellos. Mis grandes amores son la fe, la tierra, la poesía". Ya a esa temprana edad principió a escribir. Precisamente porque escribía con una nueva ancha visión del mundo, se negaron a recibirla como alumna en la Escuela Normal de La Serena. Sus poesías, publicadas en diarios locales, la presentaban ya como una promesa nacional. A pesar de la oposición con que se encontró en La Serena, logró rendir examen en la Escuela Normal de Santiago. Fué nombrada después profesora en el Liceo de Niñas de Traiguén. Fué profesora en Antofagasta, en Punta Arenas, en Temuco, en Santiago. Fué maestra de Chile. Cuando era profesora de castellano en Los Andes, decidió enviar algunos de sus sonetos a un concurso literario de Santiago. No se firmó Lucila Godoy. Se bautizó a sí misma, no en el Jordán donde Juan Bautista bautizó a Cristo, sino al pie de nuestra cordillera, y en la vertiente de su poesía: Gabriela Mistral.

Desde entonces Gabriela Mistral no ha venido sino aumentando su fama, hasta ser considerada la primera poetisa de América, aclama-

da en todas las tierras descubiertas por el hombre que salió de España a recorrer los mares, en busca de canela. Ningún otro chileno, hombre o mujer, político o mandatario de nuestros países, ha sido recibido en los países hermanos con los honores y el regocijo con que ha sido recibida esta mujer chilena. Nobel, si pudiera leer sus poesías, se extrañaría de que no le hayan concedido todavía el premio universal de literatura.

No te voy a hablar mucho más de ella. Que te hable ella misma con uno de sus poemas, que te reproduzco a continuación. Es un canto al Salto del Laja, más sencillo, y más hondo que el canto de Heredia al Salto del Niágara. Léelo.

SALTO DEL LAJA

Salto del Laja, viejo tumulto,
bervor de las flechas indias,
despeño de belfos vivos,
majador de tus orillas.

Avientas las rocas, rompes
tu tesoro, te avientas tú misma,
y por vivir y por morir,
agua india, te precipitas.

Cae y de caer no acaba
la cegada maravilla,
cae el viejo fervor terrestre,
la tremenda Araucanía.

Juegas cuerpo y juegas alma;
caes entera, agua suicida;
caen contigo los tiempos,
caen gozos con agonías,
cae la mártir indiada,
y cae también mi vida.

Las bestias cubres de espumas;
ciega las liebres tu neblina,
y hieren cohetes blancos
mis brazos y mis rodillas.

Te oyen caer los que talan,
los que hacen pan o que caminan,
los que duermen no están muertos,
o dan su alma o cavan minas,
o en los pastos y las lagunas
cazan al coipo y la chinchilla.

Cae el ancho amor vencido,
medio dolor, medio dicha,
en un ímpetu de madre
que a sus hijos encontraría.

Y te entiendo y no te entiendo,
Salto del Laja, vocería,
vaina de antiguos sollozos
y aleluya que cae rendida.

Salto del Laja, pecho blanco
y desgarrado, Agua Antígona,

mundo cayendo sin derrota,
Madre, cayendo sin mancilla...

Me voy con el río Laja,
me voy con las locas víboras,
me voy por el cuerpo de Chile;
doy vida y voluntad mías;
juego sangre, juego sentidos
y me entrego, ganada y perdida....

Como tu vocabulario es aún muy reducido, ha de haber en este poema muchas palabras que todavía no comprendes. Estudia este poema, Bernardo, que es canto a una de nuestras bellezas naturales. Consulta el significado de cada palabra que no comprendas. Te ayudaré a principiar. El Laja es uno de nuestros ríos del sur, que en un momento de su carrera tranquila, sin sospechar lo que le va a ocurrir, como un niño que camina confiado, se hunde en un precipicio, cae. El río se cae. Y su caída es un tumulto, un motín, como un asalto de los araucanos a los hombres intrusos que han venido a desafiar su libertad — hervor de flechas indias— Son los belfos (labios de briosos animales) que majan (machacan) sus orillas. "Por vivir, y por morir, agua india, te precipitas". ¿Recuerdas lo que te dije de Lautaro que derrotó a los españoles, muriendo los araucanos, suicidándose en su lucha en que sabían que tenían que morir muchos, por vivir, para vivir, para que viviera su

raza! Ya con esta explicación, Bernardo, lee otra vez estas estrofas y las comprenderás mejor:

Cae y de caer no acaba
la cegada maravilla,
cae el viejo fervor terrestre,
la tremenda Araucanía.

Juegas cuerpo y juegas alma;
caes entera, agua suicida;
caen contigo los tiempos,
caen gozos con agonía,
cae la mártir indiada,
y cae también mi vida.

Gabriela Mistral, la maestra de los niños de Chile, la maestra de los niños de América, es la maestra de los hombres y de las mujeres de Chile y de América. Lee, hoy y mañana y siempre, sus versos, como si fueran cartas de tu madre. El Tupungato es la más alta cumbre de la Cordillera chilena. Gabriela es la más alta cumbre de la poesía chilena.

XXIX

CHILE Y AMERICA

SE ha celebrado hace poco en nuestro país, Bernardo, el Día de las Américas, el 14 de abril. El Presidente de nuestra Cámara de Diputados, Pedro Castelblanco, al dar la bienvenida a los delegados de los Congresos hermanos en el seno de nuestra Cámara, dijo, en un bello discurso:

"Más perdurable que el granito de los monumentos, más reminiscente de epopeyas que los himnos de las naciones, flotará en este Día de las Américas, una gran idea, que viene a través de los años cruzando el umbral invisible del tiempo y que hoy cobra, más que nunca, caracteres de urgencia: la unidad americana.

... .

"La inevitable rotación de la historia nos trae en esta memorable fecha el recuerdo de un ideal que abre amplia perspectiva al destino común de nuestras naciones: la excelsa fraternidad bolivariana.

"Desde la alta cumbre del Chimborazo, majestuoso y eterno como el Ande, el espíritu del Libertador, el espíritu del Héroe de América, contempla la atormentada marcha de los pueblos americanos hacia la democracia y la fraternidad.

....

nos falta algo por hacer, un verdadero clima de comprensión interamericana que permita a cada país solucionar sus problemas nacionales con vista continental.

"Se impone, con caracteres de urgencia, una política de aprovechamiento efectivo de los recursos económicos de cada país para que puedan luego traducirse en un mejoramiento del standard de vida de nuestros pueblos y en el nivel cultural de nuestras repúblicas."

Como tú ves, el orador que recibió a los delegados de los países americanos, el Día de las Américas, habla del ideal bolivariano. Simón Bolívar, el Libertador, rivalizando con José de San Martín, es la figura máxima de la epopeya de nuestra independencia. Bolívar comprendió que la América española debiera nacer unida, como había ocurrido con la América anglosajona, y no rota en pedazos, como la nuestra.

Personas que no se detienen a pensar, dan como excusa para justificar el atraso de la América española el hecho de estar formada por países muy jóvenes. Ya te he dicho que Santiago fué fundado por Pedro de Valdivia el año 1541. ¿Estaba ya floreciente alguna ciudad anglosa-

joua en lo que son hoy los Estados Unidos? Los primeros colonos que llegaron a establecerse allá desembarcaron del "Mayflower" en 1620. Los primeros colonos que se establecieron en Nueva York llegaron en 1624. Ves que Chile es como un siglo más viejo que los Estados Unidos.

¿Y por qué ha avanzado ese país tanto más que los países de la América española? Por muchas razones, que no te voy a explicar aquí; pero una de las más importantes es la de que aquí nacimos separados y allá las colonias nacieron unidas a la vida independiente. Allí formaron los Estados Unidos de América y aquí fundamos los estados desunidos de América.

Es lema de Chile que "la unión hace la fuerza". Pero hemos crecido desgarrados del resto del continente, como todos nuestros países hermanos de la América hispana. No es necesario ser grande físicamente para ser grande espiritualmente. Esto lo hemos visto con el ejemplo de la Grecia antigua. No es necesario ser grande territorialmente para progresar económicamente, y vivir con holgura y felicidad. De esto nos han dado prueba países pequeños y prósperos como Suiza, Bélgica y Holanda, que caben siete veces en nuestro país.

Esto ha sido posible hasta hace poco, Bernardo; pero en los últimos tiempos ha venido tomando cuerpo una nueva política económica mundial, que han llamado "autarquía", palabra

con la que se define la política de que un país trate de bastarse a sí mismo, de producir lo más que pueda para su consumo, sin recurrir a otros países. Este sistema, que estaba en gestación desde que se impusieron las barreras aduaneras, ha tomado su expresión definitiva sólo últimamente. Cuando los países de Europa no se conformaban con llevar el azúcar de Cuba y de Java, y se pusieron a producir la remolacha para producir su propia azúcar; cuando después se dedicaron a producir salitre sintético y caucho sintético, dejaron ya establecida una nueva política de nacionalismo económico.

La América española, aunque obtuvo su independencia política de la metrópoli española, continuó, económicamente, como una colonia, como muchas colonias, produciendo materia prima, azúcar, café, cobre, hierro, caucho, frutas tropicales, estaño, etc. para los países manufactureros. Y con la autarquía, aun para exportar nuestros productos naturales, azúcar, salitre, cobre, hierro, hemos principiado a tener dificultades. Y, no teniendo qué exportar, no teníamos dinero con qué pagar lo que necesitábamos importar. Hemos vivido así, y seguimos viviendo en parte, de una civilización prestada.

Esto quiere decir, Bernardo, que el mundo nos impulsa, nos obliga, a una política de autarquía. Afortunadamente para nosotros, no hay ninguna nación en el mundo, ni los Estados Unidos, ni la Unión Soviética, que tengan tantos

recursos como la América española en su conjunto, donde se produce todo lo que consume el hombre, todas las materias primas de la civilización. Si logramos derribar nuestras tarifas aduaneras — no es necesario que seamos un solo país como los Estados Unidos—; si sólo derribamos nuestras barreras aduaneras, si planeamos la producción, y si impulsamos nuestra industrialización, podemos, como América española unida, ser la más grande de las potencias económicas del mundo, con los más altos recursos para planear la más grande y la más avanzada democracia que jamás haya existido. No necesitaríamos andar en busca de mercados, porque nuestros mercados estarían en nuestra propia América.

Mucho, mucho podría decirte acerca de esto, Bernardo; mucho se ha dicho desde que Bolívar propuso en Panamá que nos uniéramos para buscar juntos nuestro bienestar, nuestro progreso, nuestra felicidad. La realización de estos planes ya va en camino. Ojalá tú logres verlos totalmente realizados.

XXX

PATRIOTISMO

ME adviertes, Bernardo, que ya te vienes de vuelta a Santiago, de manera que ésta será mi última carta en esta ocasión. Me parece bien que las hayas guardado todas, para releerlas, como me dices. Sin haber seguido un plan como el que siguen en tu colegio para enseñarte, no habiéndote hablado de muchas cosas que debes aprender, te darás cuenta, sin embargo, de que mis cartas te presentan el esbozo de un panorama de la vida, con el telón de fondo de su pasado y con su visión del universo entero. Te has dado cuenta de que tú, en todo momento, estás en el centro del espacio infinito, y en el centro del tiempo infinito. Tú eres el centro del universo, todos somos el centro del universo, en todo momento. Y una mariposa, y una hormiga,

y un microbio, son el centro del universo. ¿Qué es Chile, tu Patria, en el universo? Sólo uno de billones, y billones, y billones de puntos casi invisibles. Y, sin embargo, Bernardo, los chilenos ardemos en patriotismo. Nos sentimos orgullosos de nuestro país, amamos a nuestro país más que a otro alguno. Estamos dispuestos a morir, a dar toda nuestra sangre, por defender la libertad y el honor de nuestro país. Esto es lo que llamamos patriotismo, lo que no es un privilegio de los chilenos, porque, en mayor o menor grado, todos los pueblos son patriotas.

Los hombres, Bernardo, vivieron al principio como los demás animales salvajes. Por circunstancias que vas a estudiar más tarde, lograron unirse primero en grupos, en tribus, que cooperaban entre sí para defenderse de las bestias feroces, y para procurarse su alimento. Se asociaron al principio primordialmente para esto: para comer y no ser comidos. Este principio de cooperación se fué extendiendo. Cooperaron más tarde para construir sus cuevas primero, sus cabañas o chozas después; para hacer y cuidar el fuego, para construir botes, remos, utensilios de toda clase, cada vez más complicados. Ya esas tribus primitivas tenían patriotismo. El patriotismo nació como una necesidad de defensa colectiva, y surgió como un medio de cooperación para vivir una vida de mayor seguridad y bienestar.

Este patriotismo nos llevaba no sólo a la labor común de defensa de nuestro grupo, sino también al reconocimiento de que nuestro grupo era superior a los otros, y que teníamos derecho legítimo a combatir, no sólo a los demás animales, sino también a los otros grupos que no pertenecieran al nuestro.

Te he hablado antes de la estimación personal de cada cual, de la importancia que atribuye a sus propios problemas, por encima de los problemas de los otros, y te he dicho que es natural que eso sea así. Pero el hombre no puede vivir solo; tiene que vivir en sociedad, cooperando con otros hombres; y con quienes más tiene que cooperar es con sus conciudadanos, con los otros hombres de su misma patria. Como esto ha llevado a cierto antagonismo con las otras patrias, ha habido un movimiento que trata de combatir el patriotismo como a un sentimiento nacionalista que está opuesto a los sentimientos de la humanidad. Se ha dado cierta beligerancia a la idea de que la "humanidad" está por encima de la patria. Hay quienes han dicho: "Mi patria es la humanidad". Se ha querido demostrar que los sentimientos patrióticos deben ser ya cosa del pasado. Se creyó aún que el país donde se implantó el socialismo como régimen de vida, iba a concluir con el patriotismo, advocando una patria universal. Pero hemos visto que en pocos países tiene el patriotismo una fuerza más impulsiva que en la Unión Soviética, donde se idea-

liza no sólo a los héroes de la guerra de hoy, sino a todos los héroes militares que aseguraron la independencia de Rusia en tiempo de los zares.

El patriotismo no puede morir nunca, ni conviene que muera. Lo que va ocurriendo, cada nuevo día con más énfasis, es que el patriotismo va siendo menos y menos antagonista con los países extranjeros, si éstos no son agresivos y están dispuestos a cooperar a la felicidad de todos los pueblos. Así como no hay oposición sino completación entre el amor a la familia y el amor a la patria, así también no hay antagonismo sino completación entre el amor a la patria y el amor a la humanidad. El hombre que sirve mejor a su patria sirve mejor a la humanidad.

Tu obligación para con la patria, Bernardo, es diferente en cada época y en cada actividad de tu vida. Ahora, cuando niño, tu obligación es prepararte, por medio del estudio, para llegar a ser un ciudadano útil a tu país. Después, tienes que mostrar tu patriotismo con tu trabajo honrado y perseverante en cualquiera actividad en que te corresponda actuar. No basta con que te dediques a ganarte tu vida y tu independencia económica; no basta con que te preocupes de tu prosperidad y la de tu familia. Debes preocuparte de la vida de tu país, de su independencia económica, de su prosperidad. Es decir, deben preocuparte los intereses tuyos, los intereses de tu familia, los intereses de tu patria.

"Ayúdate, que Dios te ayudará" dice un proverbio nuestro. Lo hemos interpretado al pie de la letra. Al que está luchando por surgir, le decimos que se esfuerce él, y que la ayuda le ha de venir de Dios, cuando la ayuda debiera llegar de todos sus compatriotas que lo ven luchar. Mostrarás mejor tu patriotismo si en vez de tratar de echar abajo al que se está esforzando, lo ayudas.

El hombre más patriota, el que hace más por su país. es el que más se esfuerza por dejarlo, al morir, mejor de lo que lo encontró al nacer.

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

Derechos literarios
reservados

Inscripción No. 10640

Precio:

$ 30.—

Extranjero: 1 dólar

IMPRENTA "ASIES"
Lira 363
Santiago - Chile